



46/26.

8.500 pt.

P. 19
LIBRERIA
ANTICUARIA "SAUZ"

FA. 10079

80744

~~XXXXXXXXXX~~

Fol.

• JOSÉ BALBIANI •

VILLALAR

CON UN PRÓLOGO DE

D. DOMINGO ORTIZ DE PINEDO

1.^a EDICIÓN



TRES PTAS

MADRID

ESCUELA TIPOGRÁFICA DEL HOSPICIO

1887

VILLALBA



VILLALAR

.

PRIMEIRA



SEGUNDA

VILLALBA

K. 107889



JOSE BALBIANI



VILLALAR

PRIMERA



EDICIÓN



MADRID

ESCUELA TIPOGRÁFICA DEL HOSPICIO

Fuencarral, 84

1887

JOSE BALBIANI

Es propiedad del Autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

EDICION

PRIMERA

MADRID

SEDELA TIPOGRAFIA DEL HOJERO

HERNANDEZ, 21

1887

INDICE

Á LA EXCMA.

DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE MADRID

Dedica esta modesta obra

José Balbiani.

XI	Algunos datos sobre...	1
XII	El...	2
XIII	La...	3
XIV	La...	4
XV	La...	5
XVI	La...	6
XVII	La...	7
XVIII	La...	8
XIX	La...	9
XX	La...	10
XXI	La...	11
XXII	La...	12
XXIII	La...	13
XXIV	La...	14
XXV	La...	15
XXVI	La...	16
XXVII	La...	17
XXVIII	La...	18
XXIX	La...	19
XXX	La...	20

A LA ENCARGA

DIPUTACION PROVINCIAL

DE MADRID

Logica esta materia para

José Haldem

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE LA OBRA

Capítulos.	Págs.
PRÓLOGO.....	IX
I. El regreso.....	1
II. La familia del hidalgo.....	6
III. Alegrias que matan.....	13
IV. Comienza Don Luis su narración..	17
V. La Misa Real.....	25
VI. La primera audiencia.....	30
VII. Los consejos de Don Gonzalo.....	35
VIII. Fernando V de Aragón.....	41
IX. Camino de Zaragoza.....	46
X. Un secreto de Estado.....	50
XI. Una misión deshonrosa.....	57
XII. Muerte de Ayora.....	63
XIII. La casa de campo.....	66
XIV. Un enemigo invisible.....	72
XV. A un astuto otro mayor.....	79
XVI. La abnegación de Esteban.....	83
XVII. En busca de la salud.....	90
XVIII. Los consejos del Cardenal.....	94
XIX. Las narraciones de Esteban.....	100
XX. La Zingara.....	107
XXI. La Centella en peligro.....	114
XXII. Una acción noble.....	119
XXIII. La muerte del Rey.....	121
XXIV. Doña Juana la Loca.....	138
XXV. Las veleidades de Germana y los arranques de Cisneros.....	141
XXVI. Cisneros como gobernador.....	150
XXVII. Una enemiga invisible.....	156
XXVIII. Un crimen misterioso.....	160
XXIX. Primeras pesquisas.....	165

Capítulos.	Págs.
XXX. La talabartería de Maese Requejo.	169
XXXI. Otra víctima.....	175
XXXII. Las pretensiones de Germana.....	180
XXXIII. La partida de Germana.....	183
XXXIV. La estratagema de Esteban.....	187
XXXV. Post Núbila.....	191
XXXVI. El verdugo y la víctima.....	197
XXXVII. La primera batalla.....	201
XXXVIII. Cisneros como Regente.....	209
XXXIX. Nuevos trastornos.....	214
XL. De Madrid á Aranda.....	220
XLI. El Rey de España.....	224
XLII. In te Dómine speravi.....	227
XLIII. Fin de la relación de Don Luis....	233
XLIV. Un año más tarde.....	236
XLV. La buena nueva.....	239
XLVI. La hostería de Toledo.....	244
XLVII. De Madrid á Zaragoza.....	249
XLVIII. Un proyecto de Don Luis.....	251
XLIX. El torneo	257
L. Dos ejecutorias de nobleza.....	263
LI. Un decidor.....	269
LII. Una cita y un encuentro.....	273
LIII. El baile de los Consellers.....	280
LIV. Las investigaciones de Don Antonio Agustin.....	285
LV. La sorpresa.....	291
LVI. Carlos y Germana.....	298
LVII. El motin de Tordesillas.....	302
LVIII. La despedida.....	308
LIX. Un día feliz.....	313
LX. Un poco de historia.....	321
LXI. ¡Alonsalvas per el Emperador!.....	326
LXII. El juramento de Don Luis.....	333
LXIII. El heredero.....	341
LXIV. Torre-Lobatón.....	248
LXV. ¡Cúmplase la voluntad de Dios!.....	353
LXVI. La batalla de Villalar.....	357
EPILOGO.....	367

PRÓLOGO

¿Qué razón puede haber influido sobre mi voluntad para que una firma tan desconocida como la mía figure en las primeras páginas de este libro? Ninguna, porque las afecciones privadas, por lo mismo que revisten este carácter, no deben pesar en la conciencia cuando se trata de realizar un acto público, sobre todo cuando se tiene la certeza de no poderlo desempeñar con provecho de nadie. Sólo la bondadosa amistad con que el autor me distingue, y su decidido empeño para que sea yo quien escriba algo semejante á introducción para ponerla á la cabeza de su nueva obra, han sido la causa, bien desprovista de argumentación por cierto, que habrá de producir un efecto desastroso; porque nada más difícil de desempeñar, para mí, que la obligación á que un sincero afecto me somete, pues aunque entusiasta en verdad por todo lo que sea ó provenga de la literatura ó del arte, hállome desprovisto de competencia y autoridad para exponer siquiera sea un boceto de juicio literario rayano en los linderos de la crítica.

Hará, pues, perfectamente el lector en pasar desapercebidas estas líneas, que semejantes á trinchera mal construída, pueden contribuir, si en ellas se detiene, á antojársele débil el trabajo de mi erudito amigo, cuando en realidad de verdad ha de encontrar al transponerla una posición fuerte, que no ha menester de esfuerzo ajeno para mostrarse enhiesta y gallarda, pues le bastan los bríos de su defensor para conquistar en buena lid nuevos lauros que acrecienten los ya ganados en otras sus obras de reputado mérito.

En mi humilde sentir, la novela de José Balbiani responde á la misma idea que informara el ánimo de D. José Muñoz Maldonado al escribir *La España Caballeresca*.

Las producciones de este autor, así como las de D. Mariano de Larra, Espronceda, Escosura y Don Enrique Gil en sus obras *El Doncel de Don Enrique*, *Sancho Saldaña*, *El Conde de Candespina* y *El Señor de Bemibre*, vigorizando el movimiento progresivo de nuestra cultura nacional, no exento de influencias extrañas, parecían obedecer á la inspiración del insigne novelista inglés el inmortal Walter Scott, el que enseñoreándose de sus triunfos, determinó por algún tiempo el deseo de ofrecer al mundo literario las historias más interesantes, envueltas en las galas de la novela, deseo realizado en la primera mitad del siglo actual por muy eminentes escritores.

Si el que tomare esta novela histórica entre sus manos, ha menester saborear éxitos producidos por empresas ó hechos inverosímiles, necesita para su recreo ver cómo estallan los odios ó las pasiones de

los personajes que puedan figurar en la trama, produciendo horribles hecatombes; ó siente la comezón de la intriga amorosa llevada á un exagerado realismo, puede desde luego abandonarla, porque sus aficiones se verán defraudadas.

La novela de mi amigo Balbiani está escrita con primorosa corrección y galano estilo. Natural en el sentir, se desliza su relato como manso río entre riberas alfombradas de grama y salpicadas de flores; da á los personajes que crea el carácter propio de la época en que la acción se desarrolla y del ambiente en que se mueven, sin salirse nunca del trazo que les distingue, aunque alguno resulte ligeramente bosquejado, y procura conservar en aquellos que pertenecen á la historia, los rasgos más salientes de su genio, y las líneas determinantes de su filiación y altura política y social.

Es difícil mantener vivo el interés de una narración de dimensiones tan extensas como la que refiere en el paterno hogar el protagonista de la obra *Don Luis Gutiérrez Navarro*, y sin embargo, Balbiani lo sostiene hasta la última página, tanto porque en general aparecen siempre simpáticas al lector las figuras más interesantes de la obra, como porque su claro ingenio ha sabido vencer en más de una ocasión esa misma dificultad, intercalando oportunamente entre el relato histórico, que nunca deja de rebosar erudición, la agradable intriga de amor ó la curiosa descripción de un secreto de Estado, con tal viveza de color y naturalidad, que pasaran por hechos rigurosamente verdaderos, á dejarnos arrebatados por la sentida expresión de la leyenda.

Sin embargo, á mí que tanto estimo al veraz escritor Balbiani, y por lo mismo que reconozco sus envidiables aptitudes para cultivar este género de literatura, me hubiera agradado mucho más que dejando en el polvo de los archivos los recuerdos gloriosos, si, pero al fin recuerdos, de nuestros triunfos en Italia y de la dominación austriaca, y sin evocar los manes del astuto y vengativo Fernando V, que al unirse tan pronto en matrimonio con Germana de Foix, demostró haber olvidado á la ilustre reina cuyas eminentes virtudes quedaron grabadas profundamente en el corazón de sus súbditos, nos ofreciera una novela contemporánea nacida al calor de su fecundo ingenio, y producto de esa observación tan sagaz que le hace ser especial para esta clase de trabajos; obra, en fin, en la que moviéndose su fantasía en horizontes más despejados, pudiéranse aplaudir sus consejos, admirar sus fines, y gozar con las palpitaciones de las alegrías ó de las tristezas, los deseos y las desventuras, las realidades y los engaños de la época en que vivimos.

No es ciertamente un consejo el que expongo en el anterior párrafo; libre estoy de tal pensamiento. He dicho que me hubiera sido *más* agradable que hubiese puesto á contribución sus hermosas facultades en una obra de este género, y cuando no, que acertase por lo menos las distancias. Nada perdería con acercarse al siglo, pues ejemplo vivo tiene en él, y viva por muchos años para nuestro orgullo y recreo, que no me tildaría de poco veraz.

Yo me felicitaré de que venciendo su natural modestia, así como yo por complacerle he dejado aparte

mis escrúpulos, abandone las carreteras reales, trocándolas por el camino de la electricidad y del vapor, por el que se llega antes á la estación del progreso; y progresar es el analizar la vida moderna y deducir de sus contrastes y de sus luchas, nobles ejemplos que imitar, ó lecciones dignas de tenerse en cuenta para procurarnos la posesión del mayor bien posible.

Las cien páginas que dedica el autor de VILLALAR al recuerdo de las Comunidades, forman un acabado bosquejo de aquella época de desdichas para la Nación. Nadie ignora que Carlos I empezó su reinado haciéndose impopular. Nacido en tierra extraña, educado en las costumbres de una corte ligera y suntuosa, desconociendo nuestro idioma, influido poderosamente por los cortesanos flamencos, cuya codicia no conocía límites, el hijo de Juana la Loca pudo observar desde su llegada á Castilla señales inequívocas de un descontento general, y en su ignorancia del carácter español, cometió el grave error de atribuir á causas que ofendian su dignidad real, el empeño que los populares y sus Juntas ponían por el afianzamiento y respeto á las leyes del reino, cuyas exposiciones y acuerdos exasperaban cada dia más el orgullo del joven monarca, el que con sus intemperancias avivaba de continuo el espíritu levantisco de los pueblos, los que nunca consideraron perniciosa la marcha de las Comunidades á la insurrección. El pensamiento popular, ante tales hechos, está en esta obra retratado á maravilla, exponiéndole un hombre nacido del pueblo, de sentimientos honrados, de corazón grande y generoso, Esteban, el antiguo criado

y fiel escudero de D. Luis. Después de batirse como un valiente, y habiendo vencido á los insurrectos en el ataque de Alonsalvas, Balbiani hace hablar así al soldado: «Los Comuneros tienen razón, lo que piden es justo.—Me direis—dice á su amo—que para sostener sus derechos no habían menester de tanto suceso sangriento. Pero ¿qué movimiento popular no ha tenido sus desórdenes? ¿Qué disciplina puede Vuesamerced exigir al que en su derecho soberano tiene la facultad de alzar un trono, y convertirlo en un cadalso? El pueblo se levanta en armas indignado porque su monarca, ni agradecido, ni español, sacude con el pesado látigo al dócil rebaño, pasto hoy de los insaciables flamencos.»

Ese, ese es el lenguaje de un alma viril que ve envilecida á su patria, olvidados sus fueros y despreciadas sus leyes. Con el mismo entusiasmo, el insigne Sellés, en un arranque sublime de lirismo, nos lo ha dicho:

.....
A pueblos, villas y corte
ó maltratan ó saquean;
rompen fueros, pisan leyes
y, hasta destrozan la lengua.

.....
El popular de Castilla,
con la chusma de Valencia,
pone el pie donde la frente
pone altiva la nobleza.

.....
Por el Rey luchan los nobles
junto al Turia y al Pisuerga,
y enrojecen ambos ríos
no de sangre, ¡de vergüenza!

También D. Luis Gutiérrez de Navarro, como noble, era acérrimo defensor del rey, agradecido á las muchas mercedes que había recibido de ambos soberanos, y si no fuera porque la hidalguía y la lealtad castellana cuadran bien aun á costa de grandes sacrificios que vencer, y como un perfecto caballero presenta el autor al protagonista de su libro, acaso se viera desfilár con alguna frialdad esta figura, que comprometida en otras más altas ó patrióticas empresas, hubiérase podido realzar á gran altura.

Aparte de esta digresión, me afirmo y ratifico en la bondad de la obra de Balbiani, cuya lectura es muy agradable y cuyo estilo y desarrollo corren parejas con el buen sentido y fácil manera de expresar sus efectos.

La Historia, de la que nuestro inmortal Cervantes dijo que era testigo de lo pasado, aviso de lo presente y advertencia para el porvenir, ha tiempo que se ha despojado de la severidad con que daba sus lecciones, abandonando el tono cortesano y guerrero que le habían dado antiguos y modernos historiadores, para abrazar la corriente popular, sobre la que mi buen amigo navega en buena nave y dirigiendo el timón como experto y hábil marino.

Ahora sólo falta que no se cumplan en él los vaticinios del eminente crítico D. Manuel Cañete, quien ha escrito, que «basta saber pensar y escribir en prosa ó verso para no encontrar, por nada del mundo, editor que imprima y recompense medianamente los trabajos del literato ó las inspiraciones del poeta.»

Yo no soy de ese parecer en el caso presente, porque no está el mercado literario tan exuberante de

obras de valía, como la novela VILLALAR, para que pueda encontrar grandes competencias. Seguro estoy de que se abrirá camino, alentando á su autor á nuevos y seguros triunfos, por lo que hace sinceros votos quien, sin tenerle pará prologuista, se resignó á la obediencia del grato imperio de la amistad.

DOMINGO ORTIZ DE PINEDO.

La Historia de la que nuestro inmortal Cervantes dijo que era testigo de lo pasado, vivo de lo presente y advertencia para el porvenir, de tiempos que se han despojado de la severidad con que daba sus fallos, nos abandonando el tono toscano y cuervo que le habían hecho antiguos y modernos historiadores, para abrazar la cordal popular, sobre la que ni buen amigo nunca se puede estar y dirigiendo el límite como experto y hábil marino.

Ahora solo falta que no se cumplan en él los requisitos del eminente crítico D. Manuel Gálvez, para ser escrito, que él debe saber pensar y escribir en prosa ó verso para no encontrar, por nada del mundo, editor que impida y resquebraje medianamente los trabajos del literato ó las inspiraciones del poeta.

Yo no soy de ese parecer en el caso presente, porque no está el mercado literario en exuberancia de

CAPÍTULO PRIMERO

El regreso

El cielo empezaba á colorearse con esa luz indecisa precursora del alba.

Las nubes, de color gris plumizo, bajaban hasta la llanura envolviéndola en sus húmedos celajes, y á lo lejos, á través de algunos jirones de la bruma, se advertían las primeras estribaciones de la cordillera Oretana que sirve de límite al horizonte.

Dos jinetes, envueltos en anchas capas de color ceniciento, cruzaban al galope de sus poderosos corceles la extensa llanura.

Uno de los viajeros caminaba á cierta distancia del otro; y cuando el que marchaba delante se veía obligado á refrenar la impetuosa carrera de su bridón, el que le seguía procu-

raba contener el suyo, guardando siempre el mismo intervalo.

Diffícil era ver los semblantes de los dos desconocidos; pues como el ambiente era frío y húmedo, procuraban resguardarse con los embozos de sus capas del rigor de la intemperie.

—¡Por Santiago, mi patrón!— exclamó el que marchaba delante.—¿Sabes, Esteban, que nuestros montes nos reciben de un modo poco amistoso? Bien pudieran guardar para otros, extraños á estos valles, el cierzo que nos envían y regalarnos con sus brisas y perfumes.

—Ya sabe vuesa merced — replicó sentenciosamente el llamado Esteban—que el cariño y la memoria no fueron nunca cualidades propias de los grandes.

Ese coloso, á cuyas plantas se han mecido nuestras cunas, en cuyos jarales hemos hecho nuestras primeras armas como cazadores, olvidó ya á los que, tras largos años de ausencia, vuelven á saludarle con lágrimas en los ojos y júbilo en el corazón.

El otro jinete, no creyendo tal vez oportuno replicar á las observaciones de su interlocutor, guardó un profundo silencio y metió espuelas á su corcel, que aumentó la velocidad de la carrera.

Esteban castigó también su cabalgadura y se lanzó en seguimiento de su compañero.

Una hora caminarían de este modo, hasta que el acompañado por Esteban detuvo repentinamente su caballo y dijo á aquél, extendiendo el brazo y señalando al horizonte:

—¡Alonsalvas!

Allá á lo lejos, entre los jirones de la bruma que comenzaba á disiparse, herida por los primeros rayos del sol, aparecía un pueblecillo asentado á la falda de la sierra.

—¡Alonsalvas!—repitió Esteban conmovido, haciendo alto á su vez.

Y los dos viajeros, obedeciendo acaso á la misma impresión, impulsados por la misma fuerza interior, bajaron los embozos de sus capas, descubriéronse y mandaron un respetuoso saludo hacia aquel rincón de España, hacia aquellos valles nunca olvidados, archivo perenne de las leyendas de su niñez.

De los sentimientos, el que más vive en el corazón del hombre, es el amor al país natal.

La casa solariega de robustas paredes, de ferrado portón, de ancho zaguán y espaciosa escalera; la ennegrecida chimenea, repleta de humeantes troncos de encina, á cuyo benéfico calor escuchó el niño las consejas del lugar, y refirió el guerrero las escenas de cien combates, todos esos recuerdos del pasado cruzan revueltos, confusos, ante los ojos del que, extrañado del patrio suelo, piensa en los valles que

le vieron nacer y que acaso no verá jamás.

No es de extrañar, pues, que los semblantes de los viajeros retrataran esa expresión, mezcla de alegría y tristeza, producida por los recuerdos dulces y dolorosos de la vida que brotan á la vez para hacer menos amarga la pena y más triste la alegría.

El rostro de Esteban, curtido por el sol y la intemperie, surcado de arrugas, cubierto de una barba encanecida y revuelta, se iluminó con un destello de ternura infinita, y de los ojos del anciano, ocultos bajo unas cejas espesísimas é indómitas, brotaron dos lágrimas, que fueron á perderse en el cerdoso bigote.

El compañero de Esteban podría tener como treinta años; era recio de complexión, y de rostro moreno y simpático. Una barba negrísima orlaba su semblante hermoso y expresivo, en el cual estaba estereotipada siempre una mezcla de audacia y franqueza que prevenía en su favor.

Llamábase Luis Gutiérrez de Navarro, hijo segundo de un hidalgo de Alonsalvas, sin más patrimonio que su espada y sin más compañero que Esteban. Había partido diez años antes, cuando aún era un niño, con rumbo hacia la Corte, donde la influencia de una hermana de su madre, dama de la Reina en aquél enton-

ces, le había conseguido un puesto de alférez en la Real Guardia, que el Rey Fernando había instituido para su custodia al mando del cronista Ayora.

CAPÍTULO II

La familia del hidalgo

Don Luis y Esteban salieron á sus corrales y una hora más tarde salían por las pendientes calles de Alcañices. Atravesaron el pueblo y bordeando la montaña fueron á detenerse en una hermosa planicie, donde se asentaba una casa solariega, mitad palacio, mitad fortaleza, patrimonio del padre de Don Luis.

No bien hubieron echado pie á tierra cuando en alegre tropel y lanzado penetrante gritos, se precipitaron fuera de la casa como hasta una veintena de lebreros. Dos de ellos obedecieron á los viejos, primero gruñendo en tono amonador, y después moviendo la cola con inervocas señales de alegría.

CAPÍTULO II

La familia del hidalgo

Don Luis y Esteban animaron á sus corceles y una hora más tarde subían por las pendientes calles de Alonsalvas. Atravesaron el pueblo, y bordeando la montaña fueron á detenerse en una inmensa planicie, donde se asentaba una casa solariega, mitad palacio, mitad fortaleza, patrimonio del padre de Don Luis.

No bien hubieron echado pie á tierra cuando en alegre tropel, y lanzando penetrantes ladridos, se precipitaron fuera de la casa como hasta una veintena de lebreles. Dos de ellos olfatearon á los viajeros, primero gruñendo en tono amenazador, y después moviendo la cola con inequívocas señales de alegría.

Los restantes, con la cabeza baja y lanzando miradas recelosas, se detuvieron á prudente distancia, como perplejos entre recibir cariñosamente á los recién llegados ó mostrarles desconfianza.

— ¡Hola! — dijo alegremente Esteban dirigiéndose á los dos canes que se habían acercado. — Parece que se aumentó la familia; ya vais estando viejos mi buen Loth, y tú mi pobre Ledan.

— ¿Qué tal, canalla? — gritó Don Luis. — Durante nuestra ausencia sólo os ocupásteis en la propagación de la especie, y ¡vive Dios! que lo habeis conseguido. Solo un monomaniaco por la caza, como mi padre, puede mantener á sus espensas tal número de ganapanes.

— ¡Vamos, fuera! — añadió dando puntapiés á derecha é izquierda entre los lebreles, que, lejos de mostrarse ofendidos ante insinuación tan enérgica, prorrumpieron en alegres y estrepitosos ladridos, dirigiéndose en revuelto tropel hacia la casa, y penetrando con tal ímpetu en el zaguán, que atropellaron á un anciano que de la casa salía y le hicieron dar con su cuerpo en tierra.

Los viajeros, llevando los caballos del diestro, se encaminaron al ancho portalón á tiempo de levantar al que en el suelo yacía, y que apenas hubo fijado su vista en Don Luis le echó

los brazos al cuello, y sin pronunciar una palabra, se contentó con cubrirle el rostro de besos y de lágrimas.

¿Para qué había de hablar? Aquellos besos, aquel llanto eran más elocuentes que todas las frases que hubiera podido tartamudear el anciano, trémulo por la emoción y el gozo.

¡Su hijo! Era el único pensamiento que embargaba al pobre viejo. Su hijo, que había partido de la casa solariega casi un niño y volvía robusto, fornido, con la faz curtida por el sol y por el humo de la pólvora.

Don Luis, pasado el primer momento de expansión, dijo á su padre, tembloroso y sonriente:

— Vamos, padre mío, parecemos mujerzuelas. ¿Y tú que haces ahí, bergante?— continuó Don Luis, volviéndose hacia Esteban, que á cierta distancia, en actividad respetuosa y con la cabeza descubierta se limpiaba á hurtadillas las lágrimas con el revés de la mano.

¿No vienes á saludar á tu amo? ¿O es que la ausencia te ha secado el corazón?

Esteban, sin pronunciar una frase, adelantóse, y cayendo de rodillas ante el padre de Don Luis oprimió entre sus manos temblorosas las del viejo hidalgo y las llevó á sus labios.

Levantólo el anciano con presteza y dijo, estrechándole entre sus brazos:

—¡Aquí, mi pobre Esteban, junto á mi pecho!
¡Tú, mi mejor y más antiguo amigo!

—Vamos, padre—dijo Don Luis abrazando al anciano,—vamos á ver á mi buena madre y á mi pobre hermano, bien ajenos de mi venida.

—¡Ah, hijo mío! Tu madre ha llegado á tal extremo de excitación nerviosa, que temo si tu repentina aparición podrá causarla una grave perturbación en su organismo; procuraré prepararla de tu llegada, antes de presentarte á ella.

Tu hermano—siguió el padre de Don Luis— sigue lo mismo. Agobiado por mortal dolencia, procura en vano sobreponerse al mal; pues aunque su inteligencia es privilegiada, su corazón, dotado de gran energía, se debate inútilmente bajo la mísera envoltura de su cuerpo, debilitado, exánime, y há largos años maltrecho.

Don Enrique María Gutiérrez y Avalos, hidalgo de Alonsalvas, en cuya villa poseía varias fincas y heredades, había tenido dos hijos de su matrimonio con Doña Clara Navarro, prima en segundo grado del Conde de Olivete.

El primer vástago, á quien se puso por nombre Don Fernando, y el segundo Don Luis, á quien ya conocen nuestros lectores.

Doce años antes de la época en que empieza

esta verídica historia, ya era Don Fernando un guapo mozo, que acompañaba á su padre en sus expediciones cinegéticas, rivalizando con él en arrojo y temeridad.

En una de las excursiones, Don Fernando se había separado de su padre en medio del monte yendo en persecucion de un jabalí, cuyas huellas había descubierto entre la maleza. Sin embargo, el animal no se presentó por ninguna parte, y el joven, cansado de buscarlo, sentóse al borde de un barranco, por cuyo fondo se deslizaba un pequeño riachuelo formado por las filtraciones de la montaña.

Ocupado se hallaba el mancebo en lanzar al fondo del barranco piedrecillas, que, rebotando en las salientes de la roca, iban finalmente á perderse en la cristalina corriente.

Entretenido en esta operación, no echó de ver que los jarales se agitaban con violencia, y que abriéndose paso por entre ellos, apareció á la vista del desprevenido joven un jabalí con la cabeza baja y la mirada encendida.

Don Fernando comprendió la inminencia del peligro y se aprestó á recibir á la fiera cuchillo en mano!

A sus espaldas el abismo abría sus inmensas fauces y enfrente el jabalí mostraba los retorcidos colmillos.

La actitud decidida del joven no intimidó

á la fiera, que se lanzó hacia Don Fernando.

El choque fué terrible: un grito y un gruñido resonaron á la par, y un grupo informe rodó hasta el fondo del barranco.

Cuando el sol, próximo á ocultarse en el ocaso, tenía con su rojiza luz las cumbres de los montes oretanos, una triste caravana bajaba por un sendero de la sierra, camino de Alonsalvas.

Don Fernando, que iba tendido sobre unas parihuelas, formadas de ramaje, había sido hallado casi moribundo, ensangrentado y con una pierna hecha pedazos, en el fondo del barranco; el jabalí yacía muerto cerca de él.

Don Enrique, haciéndose superior al inmenso dolor que le embargaba, dispuso que algunos de sus servidores condujeran con la premura posible el inanimado cuerpo de Don Fernando al cercano Alonsalvas, con el fin de administrarle los auxilios de la religión y de la ciencia.

La mala nueva llegó pronto á noticia de los vecinos de Alonsalvas, que vinieron al encuentro de la triste expedición.

Doña Clara, acompañada de su hijo Luis, salió al camino, y deshecha en llanto se arrojó sobre el inanimado cuerpo del herido.

Llegada al pueblo la comitiva, se hizo cargo la ciencia de Don Fernando, á quien después

de cuatro meses de titánicos esfuerzos consiguió arrebatárle á la muerte, si bien se hizo precisa la amputación de la pierna; un brazo quedó inútil, y el torax sufrió una gran depresión.

Don Fernando no fué desde aquel día más que un ser casi inútil, á quien los cuidados de su madre alargaban, en su esfuerzo colosal, la vida del primogénito de Don Enrique. Una enfermedad mortal, la tisis, minaba lentamente los días del *Muerto resucitado*, como le llamaban en el pueblo.

¡Con qué dolor contemplaban los pobres padres á aquel hijo, esperanza un tiempo de la familia, que había soñado para él un porvenir de gloria y riqueza!

Al año siguiente de estos sucesos, Don Luis partía para la Corte con varias cartas de recomendación, doscientos ducados en oro, ó sean cinco mil reales, y en compañía de Esteban, antiguo servidor de la casa, que había combatido al lado de Don Enrique en la Axarquía, en Ceriñola y Garellano.

CAPÍTULO III

Alegrías que matan

Según lo convenido entre Don Luis y su padre, éste se adelantó para preparar á su esposa y no recibir de improviso la presencia de su hijo segundo. Penetremos, pues, con Don Enrique en el aposento donde se hallan los dos restantes individuos de la familia del hidalgo.

Caído, más bien que sentado, en un sillón yacía un ser de edad indefinible; cubrían su cabeza, pocos y revueltos cabellos, lo mismo que la barba; los ojos giraban en las órbitas hundidos y apagados, y el brazo derecho pendía inerte á lo largo del sillón. Aquel hombre era el hijo primogénito de Don Enrique.

Una señora como de cincuenta años se ocupaba en poner ordenados los muebles de la

anchurosa habitación. Su pálido semblante indicaba la huella de profundos padecimientos y sus ojos estaban enrojecidos por el paso de lágrimas con frecuencia comprimidas, pero que brotaban con mayor violencia en los escasos momentos de soledad que disfrutaba.

Sus labios estaban contraídos por el rictus del dolor, de un dolor inmenso, inextinguible.

Vestía negro hábito, ofrecido al Santo patrono de la familia en aquellos momentos de amargura en que su hijo Fernando luchaba entre la vida y la muerte.

.....
Don Enrique empujó la puerta del aposento y se detuvo en su dintel.

Volvió Doña Clara la cabeza y preguntó bondadosamente á su marido:

—¿Por qué ladraban de manera tan desaforada esos bribonzuelos?

—La llegada de un forastero—dijo Don Enrique con voz temblorosa—los alteró de tal manera, que cuando yo salí á inquirir la causa del escándalo, tropezáronme y dieron con mi humanidad en tierra. El recién llegado es un viejo soldado que nos trae satisfactorias noticias de nuestro hijo Luis.

—¡De Luis!—prorrumpió Doña Clara—¡Oh, dí á ese buen hombre que pase; deseo agobiarle á preguntas, anhelo saber dónde se halla mi

pequeñuelo; vamos, hombre, ¿qué haces? ¿No oyes que deseo hablarle?

—Cálmate, esposa mía,—exclamó el hidalgo al verla con todos los síntomas de una violenta excitación nerviosa,—cálmate; yo puedo darte cuantas noticias quieras de nuestro hijo. Un permiso otorgado por el Rey nos proporcionará la inmensa dicha de abrazarle en un plazo de pocos días.

—¿De veras? ¿No me engañas, Enrique?—dijo Doña Clara, asiendo convulsa la mano de su marido.

—No, no te engaño; acaso mañana... hoy tal vez podamos estrecharle en nuestros brazos.

La puerta del salón se abrió violentamente, y Don Luis se precipitó en el aposento, y corriendo hacia su madre la estrechó entre sus brazos, exclamando:

—¡Madre! ¡Madre mía!

Doña Clara clavó los ojos en el semblante de su hijo, con una expresión de suprema alegría, y cayó sin conocimiento en sus brazos.

—¡Qué has hecho Luis? Acaso esta emoción tan violenta ocasione la muerte de tu madre—prorrumpió, pálido como un cadáver, el viejo hidalgo.

—Nó, nó, padre mío—contestó imperiosamente el joven;—si tal catástrofe sucediera se-

ría capaz de sostener la negación absoluta de la Providencia y de la bondad de un Dios. Esto es una emoción pasajera que no tendrá consecuencias funestas.

Doña Clara fué transportada á su lecho, donde se la dejó en reposo después de propinarla un calmante.

Don Luis, después de haber dejado á su madre en una calma relativa, volvió al aposento donde su hermano había quedado olvidado un momento por el repentino desmayo de Doña Clara.

— ¡Me has olvidado! — dijo con voz ronca y apenas perceptible el maltrecho Don Fernando, alargando su única mano descarnada y temblorosa.

— ¡Me has olvidado! — repitió. — Es natural, el pobre inválido, el sér inútil, cuya existencia es un sarcasmo, no merece un abrazo de su hermano, de aquel hermano que tuvo en sus rodillas de pequeñuelo y á quien enseñó los primeros rudimentos de instrucción militar.

Don Luis se contentó con estrechar silenciosamente la mano del pobre enfermo. ¿Y qué más podría hacer? ¿A qué despertar tristes recuerdos en la inteligencia clarísima de aquel hombre, joven aun, pero encadenado á una vieja poltrona por la poderosa influencia de una enfermedad incurable?

CAPÍTULO IV

Comienza Don Luis su narración

Doña Clara, gracias á los exquisitos cuidados de su familia, se restableció en pocos días.

Pasemos por alto las muchas pruebas de ternura y los repetidos halagos que Don Luis recibió de sus padres. Hasta el pobre Don Fernando procuró vencer su habitual hipocondría y trató de hacer más risueña la estancia de su hermano en Alonsalvas.

Don Luis había ofrecido á sus padres hacerles relación de sus aventuras desde que partió de la casa solariega, y ansiosa Doña Clara de conocer en todos sus detalles la vida de su hijo durante tan larga ausencia, díjole en una noche en que todos se hallaban reunidos en redor de la anchurosa chimenea que les regalaba con su benéfico calor:

—Luis mío, lo ofrecido es deuda y...

—Lo sé, madre mía; en ello pensaba yo, y, pues la ocasión es propicia, présteme ustedes atención, que allá va la relación de mis aventuras:

Ya saben ustedes que á fines de Enero de 1515, y cuando el sol comenzaba á teñir las cumbres de la sierra, Esteban y yo salíamos de Alonsalvas con dirección al puerto del Milagro para cruzar la cordillera y bajar al llano.

Los caballos marchaban á buen paso, y yo, sumido en mis reflexiones, no paraba mientes en acelerarle con la espuela si retardaba la marcha, ni en refrenarle cuando apretaba en la carrera, pues harto me preocupaban los arcanos del porvenir, que acaso me reservaba una vida llena de aventuras y vicisitudes.

Nada de particular nos aconteció en el viaje hasta Madrid. Al día siguiente á mediodía llegábamos á Toledo y tres días más tarde subíamos por la Cuesta de la Vega, en cuyo vértice se divisaba un inmenso caserón que, según me dijo el centinela que al comienzo de la cuesta se hallaba, era la morada de los Reyes.

Los corceles, fatigados de la jornada no interrumpida desde el amanecer, subían con lentitud la pendiente, cuando en dirección contraria vimos venir dos damas, que montando briosos corceles y seguidas de cuatro pajes, se encaminaban al llano.

Separámonos á un lado del camino para dejarles paso, y saludamos cortesmente.

Una de ellas representaba tener veinticinco años, y aunque no hermosa, con su semblante pálido, de un óvalo perfecto; su boca entreabierta por una sonrisa picaresca; sus ojos, de un azul oscuro, y sus cabellos rubios y abundantes, formaban un conjunto agradable y lleno de atractivos.

A mi respetuoso saludo contestó inclinándose graciosamente la cabeza y dirigiéndome una ligera sonrisa.

La otra dama, que daba la derecha á la joven, podría contar ocho lustros; era abultada de formas, y de tez morena y expresiva mirada.

Bien pronto la cabalgata se perdió en un recodo de la cuesta, y nosotros, que habíamos avivado los caballos, llegábamos á la esplanada que delante del palacio había.

—¡Ah, del hidalgo! ¡Téngase al Rey nuestro Señor!—gritó un centinela que, apoyado en su lanza, estaba en uno de los ángulos de la regia morada.

—A tales palabras, respetables siempre para un leal vasallo de S. A., descubrímonos, echamos pie á tierra, y marchando yo delante en dirección á la puerta principal del palacio, dejé á Esteban el cuidado de llevar los caballos del diestro.

Al llegar al pórtico salióme al encuentro un viejo soldado, que con aire jovial y un tantico chancero, me dijo:

—¿A dónde va el hidalgo?

—¿Doña Isabel Navarro—dije sin contestar directamente á su pregunta—tiene en Palacio su habitación?

—¡Doña Isabel!—replicó como asombrado el viejo.— Bien se ve que vuesa merced no la conoce; pues debe haberla visto no hace dos minutos en compañía de S. A. la Reina Germana.

—¡Cómo! ¿Esas señoras que conmigo se cruzaron eran la Reina y mi señora tía?

—Adivinólo tarde vuesa merced. La más joven es la Reina, nuestra señora, y la de más edad vuestra ilustre parienta, que por cierto goza de toda la confianza de S. A.

—Mucho estimaría, buen hombre, me indicáseis por dónde iré más derecho á las habitaciones de Doña Isabel, y al mismo tiempo hacédme la merced de guiar á mi servidor hacia una cuadra donde puedan los caballos recibir una empajada.

—Mirad—añadió el viejo soldado,—subid la escalera de la izquierda; á la derecha hallareis un corredor, y la última puerta que está de frente, esa es la de la habitación de vuestra tía.

Vos—añadió, dirigiéndose á Esteban,—ve-

nid conmigo y os conduciré á donde los caballos puedan reposar, y después os guiaré también á las habitaciones de la tía de vuestro amo.

Llamé á la puerta que me indicó el soldado, y apenas me dí á conocer al paje que salió á abrirla, cuando fué conducido á un cuarto que ya se hallaba preparado para mí.

Dijéronme que mi tía no regresaría hasta el toque de oración, pues S. A. acostumbraba á prolongar mucho sus cotidianos paseos.

Como me hallaba rendido de cansancio, resolví tenderme sobre el mullido lecho que se me había preparado, recomendando á Esteban (que ya había vuelto de dejar instalados los corceles) me despertase tan luego como mi señora tía regresase de su paseo.

A la caída de la tarde desperté sobresaltado á las sacudidas que Esteban me daba.

—Vuestra tía acaba de llegar con su alteza la Reina Germana; ¡levantáos presto!

Arrojéme del lecho, sacudíme las calzas llenas del polvo del camino, arregléme la ropilla y el jubón, y me dispuse á presentarme ante Doña Isabel.

Apenas supo mi llegada vino á buscarme mi buena tía, y con acento alborozado dijo estrechándome entre sus brazos y cubriéndome de besos las mejillas:

— ¡Hijo mío! Qué gozo tan grande tenerte en mi compañía. Desde que hace doce días tu padre me envió con un propio la noticia de tu llegada, mandé preparar esta habitación. ¿Y tus padres? ¿Y tu pobre hermano?

Perplejo me hallaba yo para contestar á las preguntas de mi buena tía, y avergonzado aun por las demostraciones de cariño de que había sido objeto, pues Doña Isabel, á pesar de sus cuarenta años, era todavía una hermosa mujer, y á mi mente no se alcanzaba que sus labios hubiesen rozado mis mejillas, tanto más, cuanto que yo tenía mis pretensiones de mozal-bete.

Así es que sólo se me ocurrió contestar balbuceando:

— ¡Señora!... tantas bondades.

— ¿Qué es eso de señora? ¿Al que salimos con que un Gutiérrez Navarro se siente turbado en la atmósfera palaciega y ante la hermana de su madre?

Es necesario que te presentes con desembarazo entre la turba cortesana, pues ó mucho me engaño ó estás llamado á desempeñar un importante papel en los futuros acontecimientos de la patria. Mañana, cuando los Reyes vayan á oír misa al cercano San Andrés, te presentaré á ellos.

Ahora—añadió mi tía cambiando de tono—

vamos á cenar, pues debes estar necesitado de alimento.

El aire jovial y comunicativo de Doña Isabel venció un tanto mi timidez, así es que exclamé con más desembarazo:

—A la verdad, querida tía, teneis una manera de ofrecer las cosas que no hay modo de negarse á vuestros deseos.

Ofrecíla galantemente el brazo y nos encaminamos al comedor, donde ya estaba servida la cena. Comenzamos á hacer boca con un gazapo sabrosísimo que procuré remojar con sendos tragos de añejo Valdepeñas; sirviéronsenos después unos pollos asados y á continuación riquísimas truchas de Rascafría, poniendo fin á tan opípara cena tres clases de frutas en dulce. Todo esto sazonado con la amena conversación de Doña Isabel, que, de sobremesa, me proporcionó dos horas de agradabilísima plática.

—Mi costumbre es—dijo mi tía— cenar con sus altezas; pero en gracia á tu venida he obtenido de la Reina retirarme temprano á mis habitaciones.

Por lo que te pueda servir, te aconsejo — prosiguió mi tía— que procures no hacerte simpático á la Reina Germana, pues bastará que ella te manifieste la menor deferencia para que incurras en el desagrado de su augusto esposo.

Don Fernando, que en su primer matrimonio no dió nunca cabida en su pecho al martirio de los celos, ha cambiado radicalmente desde que casó con Doña Germana, hasta el punto de sospechar que Don Gonzalo de Córdoba, modelo de caballeros y de leales vasallos, galanteaba á la Reina.

Tú, hijo mío, no sabes lo difícil que es vivir en paz con estos grandes señores.

Muchas cosas más contóme mi tía; pero en vista de que el viaje me había producido el natural cansancio, otorgóme la venia para retirarme á reposar, como lo hice, después de estampar un beso en la mejilla, que Doña Isabel me presentó con dulzura maternal.

CAPÍTULO V

La misa Real.

Al siguiente día, y bien entrada la mañana, levantéme del lecho, procurando, con ayuda de Esteban, vestirme mis mejores galas para presentarme con toda la decencia posible ante sus altezas.

Me encaminé á las habitaciones de mi tía, que ya estaba levantada, y después me ocupé, en su compañía, de visitar la mansión de los Reyes, que era un inmenso edificio de varios cuerpos y de sesenta mil pies en cuadro, propiedad de Don Pedro Laso de Castilla.

Los monarcas católicos vivían cerca de treinta y ocho años, con ligeros intervalos, en dicho edificio, pues el alcázar se hallaba cerrado en aquel entonces.

Seguimos á lo largo de las galerías, cuyas ventanas daban á una inmensa plaza, donde en orden de batalla se hallaban formadas cuatro compañías de caballería ligera de las creadas por el Cardenal Ximénez dos años antes. Cada compañía constaba de cien individuos llamados Estradiotes por la lanza de forma especial que usaban, nombrada estradiota, y era gobernada por un Capitán, un Teniente, un Alférez y cinco Cabos de escuadra; en cada compañía había además una sección de escopeteros.

Doy todos estos detalles, pues como las fuerzas del ejército habían estado hasta entonces careciendo de organización fija, llamaron mi atención poderosamente aquellos soldados uniformados de igual modo y haciendo las mismas evoluciones.

Por cima de la muralla, que servía de límite á la extensa plaza, se divisaba á lo lejos la Puerta de Moros, y un poco á la izquierda Puerta Cerrada ó Puerta de la Culebra, llamada así porque el camino que á ella conduce, recto al comienzo, hace luego dos revueltas en un pequeño trecho.

Ocupados estábamos Doña Isabel y yo en contemplar el panorama que á nuestros ojos se presentaba, cuando oímos á los clarines de la fuerza que en la plaza había.

—Los Reyes salen de sus habitaciones para oír misa—dijo mi tía;—ven, y pongámonos al paso.

Seguí á mi tía, y dando varias revueltas por las galerías, vimos por fin que al extremo de una de ellas, y precedidos de dos pajes conduciendo unos almohadones, venían los Reyes seguidos de su servidumbre.

—Esta puerta—dijo Doña Isabel señalando á una que á nuestra izquierda se hallaba situada paso á un corredor que pone en comunicación el palacio con la iglesia de San Andrés, por aquí han de pasar SS. AA.

Por más que yo quería hacerme el valiente, las piernas me flaqueaban de tal modo á consecuencia de la emoción, que tuve que apoyarme en el muro para no caer.

Notólo mi tía, y me dijo sonriente: «vamos, Luis, no seas pusilánime; es preciso demostrar que sólo á Dios temes.»

Hice de tripas corazón, como vulgarmente se dice, y aunque el temblor de las piernas no me cesaba, me atusé el incipiente bigote, dándome aires de conquistador.

Como los Reyes venían en dirección contraria, pude contemplarlos á mi sabor.

Vestía el Monarca un ancho gabán de terciopelo guarnecido con pieles de raposo, y cubría su cabeza un birrete de lo mismo, adornado con un precioso joyel de esmeraldas.

Aunque Don Fernando no contaba aún trece lustros, representaba más de catorce; tan envejecido y decrepito estaba.

Llevaba el Rey cuidadosamente afeitado el rostro, pero lleno de arrugas y descolorido; apoyábase en el brazo de Doña Germana, y caminaba arrastrando los pies, mas con tan gran trabajo, que para llegar al sitio donde nosotros estábamos se detuvo dos ó tres veces.

La Reina Germana era alta, esbelta y sumamente viva y graciosa; contemplando á Don Fernando y su esposa ocurríase que más parecían padre é hija.

La puerta de la tribuna se abrió para dar paso á SS. AA., que ya estaban muy cerca, y que al notar nuestra presencia se fijaron en nosotros.

Doña Isabel cogióme de la mano, y adelantándose, dijo á Don Fernando: — Señor, presento á V. A. á mi sobrino D. Luis.

Clavó el Rey los hundidos ojos en mí, y con voz pausada, y temblona, dijo á mi tía:

— Los hijos de mis buenos servidores encontrarán nuestro apoyo. Esta tarde os espero en mis habitaciones.

Y haciendo un gesto, que quería parecerse á una sonrisa, empujó el brazo de la Reina, que nos saludó afablemente, y desaparecieron por la entrada de la tribuna.

Yo debía estar horriblemente pálido y demudado, porque Doña Isabel me dijo con dulzura:

—¿Estás enfermo, hijo mío?

—¿Creeis en los presentimientos?—repuse sin contestar directamente á la interpelación de mi tía.

—¿Y por qué me haces esa pregunta?

—¡Porque al sentir posarse sobre mí la mirada de esos ojos inquietos que se revuelven bajo esas cejas grises y espesas he sentido algo así como frío en el corazón, algo que me presagia una desventura. No sé por qué creo que el Rey me ha de hacer sufrir!

—¡Bah! Me tienes á tu lado y yo sabré aconsejarte y guiarte en este revuelto mar, que se llama Corte.

Agarróse Doña Isabel de mi brazo y condújome también dentro de la tribuna, donde oímos misa mezclados con los demás cortesanos; y cuando terminó aquélla, y después que los Monarcas hubiéronse retirado á sus habitaciones, fuímonos á las de mi tía, esperando con ansiedad, por mi parte, la hora de recepción.

CAPÍTULO VI

La primera audiencia

En vida de la Reina Doña Isabel, que Dios tenga en su seno, estaba señalada la hora de audiencia algo después del mediodía, pues los Monarcas, que comían á esta hora, reposaban luego un rato, y más tarde se dedicaban á recibir y conversar con quien lo solicitaba.

Esta costumbre se había respetado escrupulosamente por Don Fernando, que dedicaba una especie de culto idólatra á todo lo que la difunta Reina Católica estableció.

Enterado, pues, de todo por mi señora tía, esperé á que ésta enviase á mi habitación recado, avisándome me dispusiera para presentarme ante los Reyes.

No se hizo tardar el aviso, y acompañado de

Doña Isabel, encaminéme al regio aposento rodeado de multitud de palaciegos, frailes los más y guerreros los menos, pues desde que Don Fernando ordenó al Gran Capitán licenciase sus tropas, que idolatraban á su caudillo, aquéllas no hallaron otro medio de manifestar su disgusto por la injusticia que con Don Gonzalo se cometía, que retirarse de los centros cortesanos.

Apenas nos divisó uno de los pajes que á la puerta de la regia estancia contenían la muchedumbre de ansiosos, hizonos seña de que nos acercáramos, y así lo pusimos en práctica, penetrando en un aposento donde se hallaban conversando en grupos altos servidores de los Monarcas.

Dirigióse el paje á una puerta que enfrente había, y levantando un pesado tapiz, donde estaban bordadas las armas de Aragón y de Castilla, se inclinó respetuosamente para dejarnos pasar.

Solamente cuatro personas había en la regia estancia: Don Fernando, que se hallaba sentado en un ancho y cómodo sillón tapizado con cuero de Córdoba; la Reina Germana, que se entretenía en acariciar un hermoso lebrel de piel lustrosa y leonada; un caballero que vestía media armadura y que, apoyado en el respaldo del sillón del Rey, sostenía con éste

una conversación en voz baja; y, por último, un anciano de fisonomía simpática y expresiva, el mismo que después ha sido el árbitro de mi destino, mi protector y mi segundo padre. En una palabra, el Cardenal Don Francisco Ximénez de Cisneros.

Arrojéme á las plantas del Rey, cogiendo su diestra, que besé con respeto, y con la cual me levantó cariñoso, y después hice la misma ceremonia con Doña Germana, que me saludó con extremada dulzura.

—He aquí, mi buen Ayora—dijo el Rey hablando con el caballero de la media armadura y señalándome con el dedo,—el joven que te recomiendo para que le enseñes á ser un buen soldado y un ardiente defensor de la religión y de la patria. Hijo de buenos vasallos míos que han servido con noble entereza en pro de mi causa, no trae á la Corte malos gérmenes. Le he señalado un puesto de Alférez en mi guardia: á tus órdenes queda.

—He aquí tu jefe, hijo mío—continuó el Monarca hablando conmigo.—Espero que sabrás hacerte digno de tu padre, al que no he olvidado, y de tu pariente el Conde de Olivete.

Llevaba yo la idea de que los Reyes eran personas distintas de las demás, y esta creencia, arraigada desde niño, la había conservado hasta el momento en que hablé á los Monarcas;

pero desde entonces no vi en un Soberano más que un ser parecido en un todo á sus vasallos, é inferior acaso á muchos de ellos.

Cuando Don Fernando se dirigió á mí en el sentido que ya sabeis, comprendí que se hallaba en un buen cuarto de hora de aquellos rarísimos que ya por entonces tenía el enfermizo Monarca; así es que con una soltura y un desembarazo que dejaron absortos á todos, contesté:

—No habrá menester, señor, que V. A. se esfuerce en encargarme á este caballero que me enseñe á ser un soldado leal y un defensor ardiente de la religión y la patria, pues tengo para mí que ya me lo enseñó mi padre, y no me hubiera dejado venir á la presencia de V. A. si no tuviese la seguridad de que su apellido había de quedar en la paz y en la guerra tan alto y tan brillante como el sol.

Gustóle al Rey mi desenfado, pues se sonrió con dulzura, diciéndome:

—Si como eres pronto en contestar eres ligero en esgrimir el acero, no te cojerán desprevenido los enemigos.

—Así lo creo yo también, señor.

La Reina Germana me hizo muchas preguntas acerca de mi familia y de mi infancia; á las que yo contestaba con mucho entusiasmo, haciendo sonreír con frecuencia á las personas augustas que me escuchaban.

—Ved, Cardenal, el entusiasmo de la juventud—exclamó Don Fernando, dirigiéndose al prelado.—Nosotros, los que sentimos en el corazón el frío de los años, vemos el horizonte preñado de negras nubes y marchamos al ocaso de la vida sin esperanzas de ver días bonancibles para la patria.

—Señor — le interrumpí,— el sol poniente ha visto muchas victorias; y conocí que al Rey no le había disgustado mi contestación á pesar de que me respondió:

—Pronto la lisonja palaciega hizo el nido en tu corazón.

Comprendiendo, sin duda, mi tía que ya habíamos molestado bastante la atención de las regias personas, les pidió su venia para retirarnos, á lo que accedieron.

Volví á besar la mano á los Monarcas, y salimos de la regia estancia acompañados de mi nuevo jefe, que también se había despedido de aquéllos.

CAPÍTULO VII

Los consejos de Don Gonzalo

Era Don Gonzalo de Ayora hombre de más de cincuenta años, corto de estatura, pero recio de complexión.

Desde el momento que me conoció intimó conmigo de tal manera que no sabía estar sin mí. Yo, por mi parte, no me hallaba sin él, hasta el punto de olvidarme, no pocas veces, de mi buena tía, que me echaba en cara mi desvío, bien que yo me disculpaba manifestándola que no era prudente que una mujer, joven y hermosa todavía, viviera en tal intimidad con un mozalbete, en lo cual no me faltaba razón, pues habían llegado á mis oídos habladurías cortesanas que en nada nos favorecían.

Accedió mi tía, aunque no de buen grado, á

que nos separásemos, y yo me fuí á vivir con Don Gonzalo, que vió los cielos abiertos cuando me tuvo en su compañía.

Era Don Gonzalo varón de tan claro entendimiento como afable de trato. Había desempeñado desde los tiempos de la Reina Isabel el cargo de cronista, de lo cual dejó pruebas indelebles escribiendo obras que pasarán á la posteridad, como son su *Historia de la Reina* y su *Relación de la toma de Mazalquivir*.

Como permanecía célibe, tomóme tal cariño que llegó á mirarme como hijo, no perdonando medio de complacerme y agasajarme: me costeó mi nuevo uniforme, regalándome además un hermoso caballo traído de las praderas andaluzas.

El Rey le distinguía en sumo grado consultándole no pocas veces en asuntos de estado de indudable gravedad; y esta confianza que inspiraba llegó hasta el Cardenal Cisneros, quien le estimaba de veras, convidándole con frecuencia á su mesa, y á mí con él, pues también el ilustre prelado me dispensaba su amistad y protección.

Gustáales mucho mi carácter impetuoso y gozaban grandemente cuando me escuchaban hablar con el Rey en las muchas ocasiones que tenía esta honra, pues nunca dejaba de contestar á sus observaciones, algunas veces con la

rudeza propia del que se crió entre jarales.

Yo me consideraba feliz por completo en mi nuevo género de vida; considerado por los Reyes y bien quisto con algunos personajes de la Corte, había dado bien pronto al olvido mis negros presentimientos.

Vivíamos en una pequeña casa inmediata á la Puerta de Balnadú; todas las mañanas, cuando salía de ella, mi primera obligación era ir á saludar á mi buena tía, á la que á la verdad quería entrañablemente, pues además de su extremada afabilidad para conmigo, no olvidaba de cuando en cuando enviarme con uno de sus servidores algunos ducados que con gran contentamiento guardaba yo en mi faltriquera.

Después acompañaba á Doña Isabel á la misa de obligación que los Reyes oían en el cercano San Andrés, y luego me dirigía á palacio á buscar á Don Gonzalo, que todas las mañanas esperaba órdenes.

El servicio no era penoso, pues rara vez el Rey nos ocupaba, así es que por la tarde solíamos mi amigo y yo dar buenos paseos á caballo, que se prolongaban hasta el toque de oraciones, hora en que volvíamos á palacio á saludar á los Reyes.

Después nos retirábamos á cenar y ya no salíamos de casa; Don Gonzalo se dedicaba á escribir un buen rato y yo á leer sus obras,

que me iban ilustrando y haciéndome cobrar afición al buen decir.

Divertíanme de cuando en cuando las disputas que de sobremesa solían trabarse entre Esteban, mi buen servidor, y Don Gonzalo, acerca de las pasadas campañas, pues Ayora, sin duda por escuchar al viejo soldado, le contrariaba en todo, cosa que ponía fuera de quicio á Esteban.

Pero lo que me complacía en extremo era departir con el buen Ayora, pues su conversación, llena de atinadas observaciones y sazónada de oportunos chistes, me hizo adquirir profundo conocimiento de las cosas de la Corte.

—¡Ah, hijo mío!—me decía—¡Si tu hubieras conocido á la difunta Reina, aun conservarías en tu alma el doloroso recuerdo por su pérdida! Su muerte es de sentir doblemente, porque desde que Don Fernando quedó viudo comenzó á cambiar de tal modo, como hombre y como Rey, que yo muchas veces me pregunto si el Don Fernando de otros tiempos es el mismo que tú conoces.

Siempre ha sido el Monarca sagaz y astuto de suyo, y nunca indigno de ceñir la corona de Aragón y de compartir el gobierno de la España con la Reina Católica; pero así como las flores, al desaparecer el sol por el ocaso,

pierden sus colores y su perfume, así el degenerado Fernando ha perdido aquellas luces de su inteligencia que le dieron á conocer como hábil diplomático desde que la Reina Isabel pasó á la mansión de la bienaventuranza; parece que la influencia que aquella mujer, modelo de reinas, de madres y de creyentes, ejerció sobre su esposo, fuese con ella á mejor vida.

Nueve años hace que Don Fernando casó en segundas nupcias con Doña Germana de Foix, y desde entonces sólo desventuras se ciernen sobre nosotros.

No puedes tú figurarte, hijo mío, lo impolítico de semejante casamiento. En primer lugar porque no hacía más que dos años que había muerto la Reina Católica, pareciendo muy duro que estas nupcias se celebraran tan pronto, y en Castilla además, reino propio de Doña Isabel, en donde esta señora no había tenido igual y en donde su memoria era aún tan venerada como su misma persona lo fuera en vida.

En segundo término, la diferencia de edades, pues cuando se verificó la boda, Don Fernando contaba cincuenta años y su consorte diez y ocho.

Y, por último, que el carácter serio y reservado de Don Fernando se aviene mal con el de Doña Germana, educada de una manera

demasiado libre, pero conforme, tal vez, con las costumbres licenciosas de la Corte de Luis XII de Francia, su tío.

En tiempo de la *Francesa*, como por aquí la llaman, han vuelto las corridas de toros, suprimidas desde hace larga fecha, pues Doña Isabel siempre fué opuesta á ellas.

Tornaron las alegres cabalgatas, los banquetes espléndidos y la algazara á estos salones que tantas veces cruzó la Reina Católica para ir en busca de miserias que socorrer y dolores que mitigar.

Muchas otras cosas me contaba Don Gonzalo; pero hago á ustedes gracia de ellas por no fatigar su atención con asuntos menos importantes.

Como he dicho á ustedes, aquella existencia era demasiado dichosa para que durase mucho. ¡Quién había de decir que en un corto espacio de tiempo mi vida había de sufrir un cambio completo!

CAPÍTULO VIII

Fernando V de Aragón

Al día siguiente del en que tuve la anterior conversación, cuando regresaba en compañía de Ayora del cotidiano paseo, vimos delante de palacio numerosos grupos que apenas dejaban paso á nuestros corceles. En todos los semblantes se veía retratada la consternación, y era de notar que de aquella muchedumbre apenas saliese un grito; parecía que todos á porfía procuraban reprimir la voz.

—¿Qué ha pasado aquí?— exclamaba Don Gonzalo dirigiéndose á los curiosos que interceptaban el paso.

Pero ó no le oían ó no creían oportuno responder, pues Ayora solo obtuvo en contestación á sus preguntas un silencio absoluto.

Llegamos á la puerta de la regia morada, y arrojando á un estradiote las riendas de nuestras cabalgaduras, subimos á escape las escaleras y penetramos en la antecámara, llena de muchos frailes, bastantes caballeros y no pocos soldados, encontrando allí á Esteban que nos sacó de dudas.

El Rey estaba en inminente peligro de muerte. Aquella tarde al entrar uno de sus servidores en la regia cámara, había encontrado á Don Fernando tendido en el suelo é inmóvil.

Salió inmediatamente á dar aviso á la Reina, quien al tener noticia de la gravedad en que se hallaba su esposo, sólo supo dejarse caer en brazos de sus damas acometida de un síncope.

Bien pronto acudieron á palacio, llamados con gran urgencia, algunos médicos, entre ellos uno afamadísimo, judío converso por más señas, que gozaba de la confianza del viejo Monarca.

Trasladóse á Don Fernando al lecho, sin que, á pesar de los medios que se pusieron en práctica, se consiguiese por el pronto hacer que perdiese la rigidez cadavérica que de él se había apoderado; como que hasta la mañana siguiente no se consiguió hacer al enfermo volver en sí.

En los primeros momentos, creyóse que

Don Fernando había fallecido, y esta noticia circuló con tal velocidad, que algunas horas más tarde llegaban á Madrid no pocos hidalgos de las provincias limítrofes y pueblos cercanos para ponerse á las órdenes del Gobierno y prestar sus servicios, caso de que se alterase el orden.

El Cardenal Cisneros mandó colocar en la antecámara un altar, ante el cual se ocupaban constantemente tres frailes en elevar preces al Altísimo por la salud del Monarca.

A última hora de la noche el Rey hizo un ligero movimiento, é inmediatamente se comunicó tan fausta nueva á Doña Germana, que no hacía más que llorar y entregarse á extremas manifestaciones de dolor, demasiadas tal vez para que fueran verdaderas.

A dicha hora, y por mandato del Cardenal, salió un gentilhombre á un balcón para anunciar al pueblo que ocupaba las avenidas y la extensa plaza, que el Rey había experimentado una ligera mejoría.

Así se hizo, y la mayor parte de los curiosos se retiraron, pues aun quedaron algunos grupos delante de palacio.

Era creencia arraigada en el pueblo (y no desprovista de fundamento), que el Rey sufría las consecuencias de haber tomado ciertas medicinas que la habían sido suministradas por el

médico hebreo, con el fin de dar vigor á su naturaleza y cumplir así sus deberes matrimoniales.

Desde que el heredero del trono de Castilla era el hijo del Archiduque Felipe, dióse á maquinár Don Fernando en tal asunto, pues el odio que profesaba á la casa de Austria le hacía desear un nuevo Príncipe que haría disminuir la vasta herencia que había de recaer en el Príncipe Carlos.

Poco noble era este deseo de alegrarse con la desmembración del grandioso imperio unificado á costa de tantos trabajos por la Reina Católica; y parece que la Providencia quiso dar una severa lección al descarriado Monarca; pues la Reina, que había quedado en cinta á los dos años de matrimonio, dió á luz un niño que vivió solamente algunas horas.

No se dió por vencido Don Fernando; y como su naturaleza, decadente ya, le negaba ciertas condiciones de virilidad, recurrió á procedimientos de artificio. Las medicinas que tomó dieron un resultado contrario al que apetecía, pues consiguió que la vejez y decrepitud se adelantaran más y más.

Esto se decía en las calles, hosterías y casas particulares; y no faltó quien advirtiese al Rey de tales cosas, bien que no hizo caso, como que siguió recibiendo todas las noches al médico

hebreo, que entraba y salía por una puerta trasera del palacio, no faltando centinelas que lo habían visto.

Diez días tardó el Rey en reponerse algo, pero desde entonces quedó con un ligero temblor que sólo desapareció con su vida.

CAPÍTULO IX

Caminos de Zaragoza

La última enfermedad del Monarca anunció de tal modo la irremediabilidad de su carácter, que era imposible recortar la manera de proceder con él.

Acometióle tal deseo de viajar y moverse sin duda por olvidarse de sí mismo, que desde entonces la Corte no cesaba un momento.

Una mañana me anunció Don Gonzalo que el Rey salía para sus dominios aragoneses con objeto de presidir las Cortes y hacer por estas la volada en subsidio.

— ¡Tí—me dijo Ayora— quédate aquí con parte de la fuerza para dar la guardia a la Reina. Yo parto con Don Fernando. Mucho te equivoques la mayor prudencia. Ya sabes por qué lo digo.

CAPÍTULO IX

Camino de Zaragoza

La última enfermedad del Monarca aumentó de tal modo la irritabilidad de su carácter, que era imposible acertar la manera de bienquistarse con él.

Acometióle tal deseo de viajar y moverse, sin duda por olvidarse de sí mismo, que desde entonces la Corte no cesaba un momento.

Una mañana me anunció Don Gonzalo que el Rey salía para sus dominios aragoneses con objeto de presidir las Cortes y hacer que estas le votasen un subsidio.

—Tú—me dijo Ayora—quedarás aquí con parte de la fuerza, para dar la guardia á la Reina. Yo parto con Don Fernando. Mucho te encargo la mayor prudencia. Ya sabes por qué lo digo.

Prometí á Ayora acordarme de sus consejos y sujetarme al estricto cumplimiento de mi deber.

Poco después de mediodía salió Don Fernando para Aragón, yendo acompañándole la Reina cerca de una legua.

Despedíme de mi buen amigo, á quien abracé tiernísimamente, y regresé á Madrid dando escolta á la Reina, que montaba una hermosa hacanea, y que reía como una loca con cuatro de sus damas que la acompañaban, complaciéndose en hostigar sus cabalgaduras. Y las señoras, poco acostumbradas á los saltos y cabriolas de aquéllas daban grandes gritos de terror.

.....
A la mañana siguiente, despertóme Esteban con la noticia de que me preparase enseguida para emprender la marcha.

El caso era bien sencillo. Víctima Don Fernando de aquellos rabiosos celos que le acometían de improviso, apenas llegó á Alcalá de Henares, donde pernoctó, dispuso que un emisario saliese para Madrid con el encargo de participar á la Reina que fuese á encontrarse con su esposo, pues él suspendía la marcha hasta no tenerla á su lado.

Vestíme apresuradamente mientras Esteban ensillaba los caballos, y cuando entraba en

el ancho zaguán del palacio, ví bajar á la Reina en compañía de dos de sus damas, una de ellas mi tía.

Coloquéme á un lado para dejarlas pasar, inclinándome respetuosamente.

—Hánme dicho, Don Luis—exclamó la Reina—que dormíais profundamente cuando fueron á avisaros para que me diéseis escolta.— ¡Cosas de mi dueño y señor!—añadió por lo bajo, pero no tanto que dejase yo de oírlo.

—Señora—repuse yo—dichoso despertar, si ha servido para tener la honra de acompañar á V. A.

Cuando levanté la vista encontré los ojos de mi tía que se clavaban en los míos con expresión de duro reproche, y comprendí que mi anterior galantería no pasaba de ser una imprudencia, atendido el carácter del Rey y el genio demasiado alegre de Doña Germana.

Miré después á esta y ví que también clavaba en mí su mirada, pero con bien distinta expresión que mi tía. Dios me perdone, creo que sus ojos se habían fijado en mí con demasiada intención.

Entró la augusta señora en una litera; hicieronlo en otras sus damas y emprendimos el camino de Alcalá.

Llegamos á la ciudad Complutense á la hora del mediodía.

El pueblo se apiñaba en las calles del tránsito para saludar á Doña Germana, y desde la carretera hasta el convento donde se hospedaba Don Fernando, á duras penas podían abrir camino los palafreneros que marchaban en descubierta.

Pocos momentos después estrechaba en mis brazos á Don Gonzalo, que no ocultaba su gozo de llevarme consigo. El me manifestó que el Rey estaba de un humor endiablado, añadiendo que dentro de dos horas partiríamos otra vez, pues el Monarca tenía gran priesa por llegar á Zaragoza.

.....
Aquí llegaba de su relación Don Luis, cuando advirtiéndome que era cercana la madrugada suspendió la historia para que todos diesen descanso al cuerpo, prometiendo continuarla á la noche siguiente.

El pueblo se agolpaba en las calles del tran-
sito para saludar á Dona Gertruda. Y desde la
carretera hasta el convento donde se hospedaba
la Don Fernando, á duras penas podían salir
cuando los palanqueros que marchaban en
desfilada.

Pocos momentos después estrechada en sus
brazos á Don Gertruda, continuó su camino
de llevarme consigo. El momento en que el
Rey estaba de un punto en adelante, en-
diendo que dentro de dos horas partíamos

CAPÍTULO X

Un secreto de Estado

Según lo ofrecido, al otro día, y después de
la cena, prosiguió D. Luis el relato de sus
aventuras de este modo:

—Ya dije á ustedes que el Monarca, que te-
nía mucha prisa por llegar á Zaragoza, había
ordenado salir dos horas después para la capi-
tal de su antiguo reino.

En los tres días que duró la jornada puede
decirse que no se paró más que el tiempo pre-
ciso para comer y reposar.

Los caballos había que mudarlos con frecuen-
cia, pues como la marcha era tan precipitada,
pronto se les veía jadeantes y llenos de es-
puma.

Los campesinos que nos veían pasar tenían

por cierto que éramos una expedición de fugitivos.

De cuando en cuando Don Fernando asomaba la cabeza por la ventana de su litera, gritando:

— ¡Avivad esos caballos! ¡Parece que retrocedemos en lugar de adelantar!

El palafrenero mayor aseguraba á S. A. que las cabalgaduras eran inmejorables y que marchaban con gran velocidad.

Con esto, y con sendos latigazos propinados á los animales, Don Fernando parecía que se daba por satisfecho y callaba por algún tiempo.

Los que escoltábamos á los Reyes íbamos rendidos y magullados, así que cuando llegamos á la capital de Aragón, tanto Don Gonzalo como yo y como Esteban, apenas dejamos alojadas á las augustas personas en el palacio del Virrey Don Alonso, Arzobispo de Zaragoza, hijo natural de Don Fernando, habido en la Princesa de Éboli, señora catalana, sólo procuramos buscar dulce y reparador descanso para nuestros condolidos cuerpos.

.....

La inflexible tenacidad de los representantes de Aragón hizo imposible la concesión del subsidio.

Mientras el Rey marchaba á presidir los debates, Doña Germana se dedicaba á visitar con-

ventos y nosotros á dar largos paseos á caballo en compañía de varios nobles aragoneses con los cuales habíamos trabado amistad. Entre ellos hallábase el Vicecanciller Don Antonio Agustín, hombre de tan hermosa presencia, como discreto y fino en sus modales. Teníasele por afortunado en lides de amor, y más de una dama de aquellas comarcas había sido víctima de sus seducciones, según daban á entender las bromas de sus compañeros.

Uno de los días en que la Reina daba audiencia á las personas de su intimidad, aproveché la ocasión para presentarla mis respetos, encontrándome allí con Don Antonio Agustín, que departía con la soberana.

—Señora—le decía—yo conservo gratísimos recuerdos del Vizconde de Narbona, vuestro padre, á quien he tenido el gusto de tratar; consérvelos también de vuestra madre, tan bella como discreta, y de la cual habeis heredado el talento y la hermosura; permitidme, señora, que os presente mis homenajes y que me felicite de vuestra venida á España.

—¿Vos habeis conocido á mis padres, caballero?—repuso Germana con melancolía.—Creed que nadie me ha proporcionado el placer que vos, hablándome de aquellos que me diéron el ser y que ya duermen el sueño eterno en mi pátria. Tengo hecha la súplica á mi

esposo y señor para que me permita ir á rezar una vez siquiera sobre aquellas tumbas que guardan restos para mí tan queridos.

Y la Reina al hablar así dejaba correr por sus mejillas dos hilos de lágrimas que desaparecían entre los encajes que cubrían su alabastrino cuello.

— ¡Ah, señora! — exclamó el Vicecanciller con vehemencia — perdone vuestra alteza al insensato, que sólo ha sabido provocar vuestro llanto.

Y al decir así, Don Antonio cayó de rodillas estampando un beso en la diestra de la Reina.

Sea que á ésta sorprendiese la acción, ó por otra causa, que no traté de inquirir, dejó caer un pañuelo que en su mano tenía y que Agustín se apresuró á cojer, presentándolo á la augusta dama.

— Guardadlo en memoria mía — exclamó la Reina — y ahora idos, os lo suplico.

El Vicecanciller, en un arranque de inaudito atrevimiento, llevó el pañuelo á su corazón con amoroso ademán, y saludando salió de la estancia.

Mi papel no había sido muy airoso, á la verdad, durante el diálogo anterior; pero como ya había tomado las mañas de la corte me propuse hacerme sordo y ciego para cuánto escu-

chase y viese. Así es que me adelanté, saludando á Doña Germana con la sonrisa en los labios.

Pero antes que mi boca se abriese para pronunciar la primera palabra, una pequeña puerta que daba paso al dormitorio de los Reyes se abrió con ímpetu, dibujándose en su dintel la figura de Don Fernando.

¡Pero qué Don Fernando aquel! ¡Dios mío! Sus labios estaban temblones como los de un accidentado, y tan blancos como su semblante, que parecía el de un difunto.

Adelantóse lentamente, porque no podía andar de prisa, y exclamó, dirigiéndose á mí:

—Por vuestra desgracia habeis presenciado una escena que atañe á mi honra. Tened entendido que no habeis mirado ni oído nada, y que vuestra vida es el pago del secreto. Vos, que habeis visto los atrevimientos de un libiano, presenciareis la indignación de un esposo. Cerrad esa puerta.

Conmovido di cumplimiento al mandato del Rey, y me quedé como clavado delante del cortinaje que cubría la puerta.

Dirigióse Don Fernando á la Reina, y la dijo con pausado acento:

—¿Sabeis, señora, cuánto cuesta al Vicecanciller el recuerdo que con tanta ternura le habeis dado?

—¡Señor!—exclamó la Reina en tono de reproche.

—¿Lo sabeis?—siguió Don Fernando—pues yo os lo diré: su libertad y acaso su vida. Desgraciadamente para vos, yo, que sueño con vuestra perfidia, he presenciado la escena detrás de esa puerta. Os espiaba, porque sé de lo que sois capaz; como que llevais en vuestras venas la sangre de vuestra abuela Leonor, de aquella Reina de Navarra tan infame como libiana.

—¡Señor!—volvió á repetir Doña Germana.

—Pues tan infame como ella sois vos—siguió el Rey oprimiendo un brazo de su esposa con tal fuerza que la arrancó un grito de dolor. Por vuestra causa he desterrado injustamente á mi buen caballero D. Gonzalo de Córdoba, á quien queríais hacer vuestro amante. Por vuestra causa hice víctima de mis iras á Bernardino de Velasco, gran condestable de Castilla, á quien queríais hacer cómplice de vuestros devaneos; por.....

—¡Sois un miserable ó un loco!—prorrumpió la Reina en un raptó tal de indignación que temí hubiese perdido la razón: tan descompuesto estaba su semblante.—Me insultais como un villano, como lo que sois, porque no tengo quien me defienda. Me haceis cargos inmotivados, porque nunca os he sido infiel ni

indigna de ser vuestra esposa. ¡La vejez os hace soñar con deshonras ilusorias; con amores apócrifos y con adulterios mentidos!

El Rey se adelantó, y con una velocidad de que no le creía capaz, se lanzó hacia su esposa tratando de echarla las manos al cuello, cosa que ella evitó dando un salto hacia atrás y preparándose á la defensa como una leona.

Yo estaba tan aterrado y violento ante aquella escena, que no ví más recurso para librarme de presenciaria, que salir de la estancia, aun á trueque de incurrir en el desagrado del Monarca.

Éste, que vió mi ademán, gritóme:

—¿A dónde vais?

—Señor,—le contesté—permita V. A. que me retire ya que mi condición me impide defender á una dama y volver mi acero contra el pecho de mi señor.

Calló el Rey un instante y luego me dijo con pausada voz:

—Teneis razón: no olvidaré la lección que me dais. Salid, Don Luis, y ya sabéis que el hacha del verdugo está suspendida sobre vuestra cabeza.

CAPÍTULO XI

Una misión deshonrosa

Cinco días después circulaba en Zaragoza la noticia de haber sido preso y encarcelado por causas políticas el Vicecanciller de Aragón, Don Antonio Agustín; y nosotros salíamos acompañando la Corte en dirección á Madrid.

Esperábanos allí nuevos y graves acontecimientos.

Don Fernando había llamado el mismo día de la llegada á Don Gonzalo Ayora, encargándole que sigilosamente, y con solo cuatro hombres de confianza, se dispusiese para salir en dirección á Loja, pueblo de la provincia de Granada, con objeto de reducir á prisión al Gran Capitán.

Cuando Ayora volvió á casa conocí que algo

grave bullía en su magín; y con efecto, no me engañé, pues contóme lo que acabo de decir.

—¿Y por qué causa—le pregunté—se usa tal rigor con el de Córdoba?

—Atribúyesele cosa tan grave—me contestó,—que sólo como calumnia puede tomarse. Ha recibido el Rey la noticia estupenda de que Don Gonzalo de Córdoba, en compañía de los Condes de Ureña y Cabra y del Marqués de Priego, sobrino suyo, se dispone á tomar el mando del ejército de Italia, para cuyo objeto tienen ya dispuesta una embarcación, que se hará en breve á la vela, añadiéndose que en aquella tierra se encontrarán con el Archiduque Carlos, que se pondrá al frente del ejército, proclamándose Emperador de España y Alemania.

—He expuesto al Monarca—siguió Ayora—lo absurdo de semejante proceder, de que juzgo incapaz al que es modelo de caballeros, pero han sido inútiles mis advertencias, toda vez que me ha ordenado de mal talante parta á cumplir la comisión sin excusa ni pretexto alguno. Y te aseguro, hijo mío, que creo tan insultante y bochornoso para mí el conferimiento de semejante empresa, que sólo la lealtad con que he servido siempre á Fernando V podrá vencer la repugnancia mía á encarcelar á uno de mis mejores amigos. Además, yo

me conozco y sé que el disgusto producido en mí por este asunto me acarreará una grave enfermedad.

No supe qué contestar al buen Ayora; y él sin duda no tenía más que contarme, pues quedamos sumidos en profundo silencio.

Aquella noche, y bastante después del toque de queda, salía Ayora para Granada.

Paso por alto los días que estuvo ausente, al cabo de los cuales, y en ocasión de estar yo en casa, sentí el rápido galopar de un caballo que se detuvo en el portal.

Momentos después, Ayora estaba en mis brazos llorando como un niño.

En pocas palabras he de contarte Luis—me dijo mi amigo—lo acaecido; y es tan triste el recuerdo que deja en mi ánimo esta expedición, que las lágrimas se agolpan á mis ojos y pugnan por desbordarse.

—Hallegado á ver morir al Gran Capitán.

—¡Cómo!— exclamé verdaderamente asombrado.

—Sí, hijo mío. Unas cuartanas malignas han dado al traste con la existencia de aquel héroe que llenó el mundo con sus proezas, y que aunque olvidado por la majestad Real deja un vacío imposible de llenar.

—Cuando entraba por las puertas de Loja noté

algo inusitado en los semblantes; sin embargo, como debía obrar con el misterio de la noche fuíme á un mesón situado al otro extremo del pueblo y pedí me sirviesen algo de comer.

En una mesa, al lado de la mía, dos soldados departían amigablemente:

—Mira tú—decía uno—para lo que sirve el ser bueno; ese caudillo, al que tanto queremos los hombres de armas, baja al sepulcro olvidado del Rey, que tanto le debe.

Al oír estas palabras, y lleno de emoción sin saber por qué, pregunté á uno de los soldados:

—¿Me hareis la merced de decirme quién se halla en tal peligro de muerte?

—Por lo que se vé — me contestó — no sois del país. Pues sabed que quien acaso habrá muerto en este instante es Don Gonzalo Fernández de Córdoba.

Al escuchar aquellas palabras, un estremecimiento recorrió mi cuerpo, poniéndome en pié como empujado por un resorte; y sin hablar más palabra salí como un loco de la hostería.

Pregunté por la casa del Gran Capitán, y no faltó quien, al verme tan descompuesto, me creyó pariente suyo, prestándose de buen grado á acompañarme.

La muchedumbre se apiñaba ante la casa; pero yo, dando empellones, conseguí penetrar

en el portalón, donde me detuvo un viejo soldado que, limpiándose las lágrimas con el revés de la mano, me gritó:

—¿Dónde vais?

—¡Abrid paso en nombre del Rey!—contesté.

Y aquellas palabras me franquearon el camino hasta la cámara del enfermo.

Alrededor del lecho se hallaban la esposa é hija del Gran Capitán y los Condes de Tendilla y Cabra. Hincados de rodillas y con la cabeza oculta entre las manos, lloraban en silencio sin que al parecer se apercibieran de mi presencia.

El ilustre moribundo, con el semblante contraído ya por la muerte, dejaba oír ese estertor propio de la agonía; su respiración se calmó de pronto y fué amortiguándose hasta no percibirse; sus ojos se abrieron un momento, cerrándose luego para siempre.

Cuando los gritos y sollozos de las dos damas indicaban que había dejado de ser aquel hombre ilustre, bajaba yo por las escaleras, salía de la casa, corría á la hostería, tomaba mi caballo, pagando una comida que no había probado, y salía de Loja, mientras las campanas doblaban por el alma de Don Gonzalo; y todo el camino ha venido persiguiéndome su sombra, gritándome: ¡Infame! ¡Infame!

Al escuchar estas palabras miré á mi buen Ayora, cuyo semblante me asustó.

Con el cabello erizado y con el semblante pálido y descompuesto se arrimó á mí sintiendo su cuerpo estremecerse con temblor espantoso.

—Es preciso que os acostéis—le dije—estais un poco enfermo y os conviene el reposo.

—Tal vez—me dijo.

Quando le dejé en el lecho, fuíme en seguida al palacio á participar al Rey la infausta nueva y la imposibilidad en que Ayora estaba de comunicársela verbalmente.

—Nada—me respondió Don Fernando; así es que apenas hube cumplido mi comisión solicité el permiso para retirarme, y salí de la real cámara.

CAPÍTULO XII

Muerte de Ayora

Al día siguiente llegaba un mensajero con la noticia de la muerte del Duque de Sesa, y el Rey envió con aquél una carta á Doña María Manrique consolándola y lamentándose de la muerte de aquel que le había prestado servicios inestimables, *y á quien siempre profesara tan sincero afecto.*

Cuando volví á casa encontré á mi buen amigo sin conocimiento y con una calentura espantosa.

Llamé inmediatamente un médico, quien me dió la noticia que más podía horrorizarme; Don Gonzalo estaba en inminente peligro de muerte, y era probable que no consiguiese vencer la dolencia.

Mandé á Esteban con esta nueva á palacio, y ya no me separé de aquel noble amigo, á quien bien presto había de perder para siempre, pues cinco días más tarde entregaba su alma al Creador sin haber abierto sus labios desde el día de su llegada.

Creo inútil decir á ustedes la pena y el inmenso dolor que llenaron mi alma con la muerte de aquel noble caballero y leal vasallo que había perdido la vida por servir á un Monarca injusto.

El delicado proceder de Ayora no pudo resistir se le encomendase tan infame comisión; y la vergüenza pudo más que su vida.

.....

Los Reyes, en honor de la verdad, dispusieron se le enterrase casi con pompa en la iglesia de Santa María, donde reposan sus cenizas.

Pasados los primeros momentos de dolor, ocupéme en tomar mis disposiciones y en abrir sus muebles para encontrar alguna nota sobre la última voluntad del difunto. Efectivamente encontré una cajita, en cuya tapa se leía:

«Este es mi testamento.»

En él me instituía por heredero de todos sus bienes, dejando solamente una manda para Esteban y otra para una vieja criada que nos servía de ama de llaves y cocinera.

Desde el momento aquel, padres míos, cambió mi vida, y comenzaron las emociones para mí.

¡Dios tenga en su seno á mi noble amigo!

La Casa del Campo

CAPÍTULO XIII

La Casa del Campo

Cuatro días más tarde de estos acontecimientos recibía un recado del Cardenal Cisneros para que sin pérdida de tiempo me presentase á Su Eminencia.

Hícelo así, y cuando penetré en su estancia estrechóme entre sus brazos, exclamando:

—Sé, hijo mio, el amigo que has perdido; pero ya que la voluntad Divina te lo arrebató, aún te queda otro que hará lo posible por labrar tu suerte.

—Ayer indiqué al Rey tu nombramiento para sustituir al pobre Ayora en el cargo de Jefe de la Real Guardia, y debe confesarte que no me costó trabajo conseguirlo, pues Don Fernando se hallaba favorablemente dispuesto.

Comprendí que mi silencio en cierto asunto me valía para encumbrarme, y desde entonces juré solemnemente ser más reservado, si era posible.

El Cardenal se acercó á una mesa y tomó un róllo del cual pendía una cinta con el sello Real. Era mi nombramiento.

Dí cumplidas gracias al Cardenal por sus buenos oficios para conmigo, y él me suplicó no le abandonase, añadiendo que todos los días me reservaría un lugar á su mesa, lo que yo no eché en olvido, pues con no poca frecuencia asistía á su palacio, situado cerca de la puerta de Guadalajara.

.....
Mi nuevo cargo no hizo cambiar en nada mi género de vida, toda vez que seguí habitando la misma casa y aprovechando los servicios de la anciana sirvienta.

Por las tardes continuaba dando largos paseos á caballo, siendo el sitio predilecto la Casa del Campo, que me agradaba en sumo grado por ser lugar solitario y poco frecuentado de cortesanos. Algunas tardes permitía á Estéban que me acompañase, lo cual le llenaba de júbilo, pues me hacía recordar los valles queridos que me vieron nacer.

Una tarde que marchaba solo por una de las grandes avenidas oí el galope de un corcel, y

al dar la vuelta en un recodo del camino tuve que agarrarme á la crin para no caer, pues el choque había sido tan violento con el otro caballo, que por poco no doy con mi cuerpo en tierra.

Pero cuál no sería mi asombro cuando al levantar la vista me encontré frente á frente con la Reina Germana que se sonreía burlescamente.

— ¡Señora!... — balbuceé.

— La manera de presentarme ha sido un poco ruda ¿no es verdad? — dijo la Reina en tono jovial. — Pero qué quereis, las emociones me encantan. Vamos, acompañadme; os permito pasear en mi compañía.

Yo sin hablar una palabra coloquéme á la siniestra de la Reina. Estaba verdaderamente con sobresalto por las consecuencias de aquel paseo, pues conociendo mi carácter arrebatado y el sensible de Doña Germana no preveía ningún buen resultado.

Un rato caminábamos en profundo silencio, hasta que la Reina cansada sin duda del mutismo, me preguntó:

— ¿Habeis amado alguna vez?

Era tan repentina la interrogación que, la verdad, me sorprendió. Esto no obstante, hice voluntad de resistir hasta el último trance, y respondí á la augusta dama:

—Señora, he amado y amo. Pregunte vuestra alteza á esa brisa de la tarde que agita vuestros cabellos y os dirá que mil veces ha sido portadora de un beso lleno de ternura para mis padres que habitan allá, al pie de aquellas montañas. Preguntad á esa brisa y os dirá los suspiros que he enviado á aquellos valles tan amados y tan llenos de recuerdos. ¿Quiere vuestra alteza saber más, señora?

—Sí, quiero — me dijo — Quiero que me digais si habeis sentido otra clase de amor, si habeis dado vuestro corazón á alguna joven, á alguna doncella de vuestra comarca, si la habeis hecho juramento de fidelidad y ella también á vos, si se han confundido vuestras almas en una.

—¡Ah, señora!—la respondí confuso—Entonces no he amado.

—Pues bien, yo tampoco: Reina y todo, soy la más infeliz de las mujeres y envidio á esas pobres aldeanas que se cruzan en mi camino acompañadas de su tierno prometido, que las adormece y extasía con el eco dulce y tranquilo de una balada de amor.

¿No me comprendéis?—siguió la Reina en un tono tan triste y melancólico que sentí latir mi corazón apresuradamente y abrasarse mis mejillas con una oleada de sangre.

Casada por razones de Estado con un hom-

bre que puede sobradamente ser mi padre, he ido al altar, como pudiera marchar al suplicio. No he sentido posarse en mi frente los labios llenos de fuego de un esposo joven y apasionado en cuyos ojos hayan podido reflejarse los míos.

—Señora—la dije—cuanto mayor es el sacrificio, mayor es el premio.

No debía querer la Reina escuchar sermones, porque al oirme, hizo un gesto de disgusto y castigó á su corcel que se encabritó violentamente como protestando de tan injustificado rigor.

—¿Y creéis—me dijo—que paseo con vos para que me deis lecciones de moral?

Y al hablar así estaba tan hermosa, tan enloquecedora, que sentí algo así como fuego circular por mis venas y repuse:

—¿Pues de qué quiere V. A. que hable?

—De amor—me contestó con ternura.

No sé lo que pasó por mí; una especie de locura me dominó, y decidido á atravesarme con mi acero si la Reina me reprochaba el atrevimiento, acerqué mi corcel al suyo y cogiéndola la diestra la atraje hacia mí estampando un beso en ella, exclamando:

—Señora, os amo.!!

Lejos de rechazarme, se abandonó por completo y me dijo con una voz ténue como un suspiro:

—¡Qué feliz me haceis, Don Luis!

No sé el tiempo que hubiéramos seguido de esta manera si el tañido de una campana que tocaba á oración no me despertase de aquel delirio.

Mi conciencia se sublevó y alzó el grito despertando mis sentimientos religiosos.

Rechacé nuevamente á la Reina, y dije apartando mi caballo:

—Señora, tenga vuestra alteza piedad de mí, pues ó soy un loco ó un miserable.

Y castigando á mi corcel desaparecí huyendo por la espesura.

CAPÍTULO XIV

Un enemigo invisible

Desde aquel día rehusé, siempre que pude, dirigirme á la Reina, y eso que ella formaba más empeño en conversar conmigo.

Hay sacrificios en la vida que pasan desapercibidos á los ojos del mundo, y sin embargo, ¡cuán dignos son de admirarse! Por eso nada era comparable al cruento martirio de aparecer indiferente con aquella mujer que había enloquecido mis sentidos, y cuya imagen tenía esculpida en mi pensamiento.

Sin embargo, mi sacrificio había de ser inútil, pues Satán, encarnado sin duda en el cuerpo de aquella mujer, procuró que el asunto se enredase y tuviese un fin poco agradable.

Corrían los últimos días de Diciembre; tanto en la mansión real como en las demás casas

de Madrid se celebraba la Pascua de Navidad.

El Monarca, cada día más enfermo y decaído, no tomaba gran parte en el regocijo, pues se le había declarado la hidropesía. Pero la que se holgaba en gran modo era Doña Germana, no perdonando manera de organizar sa-raos y banquetes.

Los Reyes habían establecido la costumbre de regalar por este tiempo á sus servidores de confianza algún objeto en señal de afecto; así es, que teniéndome sin duda en el número de aquéllos, encontréme un día al regresar á casa un precioso puñal, regalo de los Monarcas, con una expresiva carta.

Desenvainéle para reconocer la hoja, y al hacer este movimiento desprendióse un papel que recogí y leí con presteza. Decía así:

«Si Don Luis sabe tener en alta estima los favores de las damas no faltará el 30 de Diciembre á una cita en la Casa del Campo y á la hora en que el sol decline en su carrera.»

Sorprendióme la manera de remitirme el billete, que envolvía la hoja del puñal; y que más parecía envolver una amenaza. En lo que no tenía duda era en la procedencia del billete, pues aunque la letra me era desconocida, su-puse con fundamento que la augusta dama que me lo enviaba la habría desfigurado para pre-caverse contra una sorpresa.

Aquella misma noche, presentéme á los soberanos dándoles gracias por sus bondades; y conversando largo rato con Don Fernando, que me pareció más cariñoso que de ordinario, aunque la enfermedad hacía rápidos progresos, pues además de la hidropesía se le había declarado una gravísima dolencia del corazón que le impedía respirar, produciéndole gran fatiga.

—Don Luis—me decía el Monarca—esto lleva mal camino; es preciso que salgamos de estas grandes poblaciones, donde me ahogo, y vivir en el bosque y en el campo.

—Tengo pensado salir el último día de año para la posesión que mi buen vasallo el Duque de Alba tiene cerca de Plasencia, donde nos dedicaremos á la caza de venados, pues hay abundancia de ellos en tales parajes.

No repliqué al Rey y guardé para mi pellejo la contestación, que de ser leal y franca hubiera matado en un momento las engañosas ilusiones del Soberano.

Llegó por fin el deseado y al mismo tiempo temido día, que amaneció nuboso y triste.

Por la tarde monté en mi caballo y me dirigí á la hermosa posesión del licenciado Francisco Vargas, que tal era el dueño de la Casa del Campo, aun cuando algunos años después hizo donación de ella al Patrimonio Real.

Me interné en las espesuras, poniendo aten-

to oído á cualquier rumor que traía el viento, refrenando conforme avanzaba el paso de mi cabalgadura.

El más profundo silencio reinaba en derredor de mí, y sin darme cuenta, fuí sumiéndome tan profundamente en mis reflexiones, que dejando sueltas las riendas, dejé que mi caballo caminase á la ventura, dedicándome yo á pensar en lo imprudente del paso que daba acudiendo á una cita, que acaso me costara la libertad ó la vida.

Mi caballo, detenido por un obstáculo, se detuvo repentinamente, obligándome con tan brusco movimiento á volver en mi acuerdo y levantar la vista.

La Reina estaba delante de mí. Tenía el caballo del diestro y en la otra mano llevaba un junquillo con el que se sacudía el polvo del vestido.

Lancéme inmediatamente del caballo, é hincando una rodilla en tierra besé respetuosamente la diestra de la Soberana.

—¿Ante quién os postrais?—me dijo.—¿Ante la Reina ó ante la dama?

—No sé—respondí— qué contestar á vuestra alteza, que si la majestad real me inspira profundo respeto, esclavízanme aun más los muchísimos encantos con que el cielo dotó a vuestra alteza.

—Olvidad, por Dios, á la Reina, y dejad ese

tratamiento que me disgusta. Pensad que soy tan sólo una pobre extranjera que ha venido á conocer y admirar á esta raza de héroes y de enamorados.

— Doña Germana se apoyó voluptuosamente en mi brazo y me hizo marchar, mientras los caballos, á quienes habíamos dejado en libertad, nos seguían dócilmente.

— Creedme, Don Luis—siguió la Soberana.— Soy una pobre mujer, más desgraciada que criminal. Cuando mi tío el Rey de Francia me llamó, siendo aun niña, y me dijo: «Sobrina mía, las princesas no se deben á sí, sino á la Nación. Conviene á los altos intereses de la Francia vuestro matrimonio con el Rey de España, Don Fernando, y espero que me obedecereis ciegamente, disponiéndoos á partir para ser su esposa.» Sentí algo así como el soplo helado de la muerte posarse sobre mi frente virginal, y repuse:

— ¡Ah, señor! no me elijais por Dios para tan altos fines. Dejadme vivir entre las flores del campo y correr tras la pintadas mariposas. Soy aún muy niña para ceñir una corona y sólo tengo aspiraciones para casarme con un príncipe segundón que me ame y á quien yo pueda corresponder.

— Vos me obedecereis—replicó mi tío severamente—y no tengo nada que deciros.

—Y ya teneis conocimiento de lo demás— siguió la Reina con volubilidad encantadora— Héme casada con ese hombre á quien aborrezco desde el día que, convertido en rufián, quiso estrangularme.

Además que tampoco su conducta ha sido tan ejemplar, pues en vida de mi antecesora (cuya memoria venero) hubo tres hijos naturales.

—Y sin embargo, señora—repuse—eso no os justifica á los ojos de Dios.

—¿También vos me recrimináis?—contestóme en tono de dulce reproche.

—Desechad esa idea y creed que me juzgo más malvado que vos.

—Pues bien ¿que importa? Los lazos del crimen unen tanto como los de la virtud; rodaremos juntos al abismo si es preciso.

Mirad, aunque el pecado tiene sus amarguras, siento, al calor de vuestros besos, disiparse los remordimientos, y descubro, tras los negros nubarrones de la infamia, el cielo hermoso de nuestro amor. ¡Dejadme, pues, Don Luis que me condene en vuestros brazos!

Así se expresó la Reina, y yo excuso decir que se había apoderado de mí una especie de embriaguez que me sumió en inexplicable éxtasis.

Guardamos profundo silencio, mientras nuestros ojos se hacían infinidad de confesiones.

—¡Ah, señora!—la dije después de un rato de expresivo mutismo.—¡Cuánto me alegro haber acudido á vuestra cita!

—¿Qué decís?— exclamó Doña Germana.—No os comprendo. Yo no os he citado: mi encuentro con vos se debe á que os he visto atravesar el río en dirección á estos sitios, y al poco rato os he seguido, dejando á mis servidores lejos de aquí con la orden expresa de que me dejaran sola.

—¿Luego no me ha mandado V. A. una carta envolviendo la hoja del puñal que recibí como regalo de Pascuas?

—No por cierto.

Rápida cruzó por mi pensamiento la idea de un lazo que se me había tendido; pero antes de que pudiera entregarme á largas reflexiones, oí á mis espaldas una especie de zumbido, y casi, instantáneamente, sentí un dolor agudísimo en la espalda y caí en tierra sin conocimiento.

CAPÍTULO XV

A un astuto otro mayor

Cuando le recobré, encontréme en un lecho humildísimo y en un albergue más humilde todavía. A mi lado había un hombre en pie, que reconocí ser un guarda bosque de la posesión.

—¿Por qué circunstancias me encuentro aquí?—le pregunté.

—La Reina, mi señora,—repuso—ha honrado con su presencia mi humilde choza, encargándome recogiese á un pobre caballero (que formaba parte de su acompañamiento) herido involuntariamente por un cazador inexperto. He salido, señor, y he recogido á vuesa merced, trayéndole á mi casa. La Reina me ha recomendado el mayor sigilo, pues si su au-

gusto esposo se enterase castigaría severamente al que os ha herido, y que es muy vuestro amigo y caballero principal.

—Y tiene razón S. A.—contesté comprendiendo la mentira.—Guardad silencio, buen hombre, y ayudadme á levantar.

—¡Cómo, señor, vais á partir? Tened en cuenta que el venablo os ha herido con bastante profundidad en la espalda; aunque os he vendado y curado en seguida, habeis perdido no poca sangre y...

—Basta—le interrumpí—necesito partir sin tardanza. ¿Y mi caballo?

—Atado á un tronco aquí inmediato.

—Traédmele.

Aproximóme, en efecto, mi corcel, que al reconocerme relinchó alegremente, y ayudado del buen hombre, monté, aunque con no poco trabajo. Díle cinco ducados por sus buenos oficios y me despedí de él, emprendiendo el regreso, guiado por la claridad de las estrellas.

La herida me molestaba en extremo y sentía ya circular por mis miembros el frío de la calentura; pero comprendiendo que era precisa mi presencia en Palacio para no infundir sospechas, animaba á mi caballo, que participando acaso de mi impaciencia, aceleraba la carrera, á pesar de la semioscuridad en que caminábamos.

Ya era muy entrada la noche cuando desmontaba á la puerta de mi casa, Salió Esteban con un velón para alumbrarme y prorrumpió gritando:

— ¡Señor! ¿Estais herido? ¿Y estas manchas de sangre? — y me palpaba temblón y conmovido.

— ¡Silencio! — repliqué — entra ese caballo inmediatamente y ven luego á mi habitación.

Poco después estaba en mi presencia aguardando á que yo le dirigiera la palabra.

— Voy á confiarle un secreto — comencé que guardarás en el fondo de tu pecho como en un sepulcro.

— Adelante — me replicó.

— Por mi desgracia, buen Esteban, he merecido los fávores de la Reina, y esta tarde hallándome conversando amorosamente con la augusta dama he sido herido traidoramente por una mano aleve, armada tal vez por el mismo Rey.

— Comprendido.

— Pues bien, necesito saber el paradero de ese hombre para matarle y arrancarle con la vida la posesión del secreto.

— Se le buscará.

— Aun necesito — proseguí — saber qué ha pasado, cosa que Doña Germana no dejará de contarme de alguna manera. Ahora réstame

solo mudarme de traje y presentarme en Palacio á recibir órdenes para mañana, según costumbre. Necesito que las conjeturas y las desconfianzas caigan por su base.

—Creo una locura, señor, que salgáis de esta manera—repuso el viejo servidor—estáis horriblemente pálido y vuestra mano abrasa. —Pues bien, prefiero morir antes que la honra de la Reina sea pasto de la voracidad palaciega.

Arreglóme Esteban otra vez los vendajes con sumo cuidado y me encaminó al Palacio.

—Voy á ir á ver á la Reina, y esta tarde haré un recuento de los gastos que he hecho en el fondo de tu pecho como en un sepulcro.

—Adelante—me replicó.

—Por mi desgracia, buen Esteban, he recibido los favores de la Reina, y esta tarde haré un recuento de los gastos que he hecho en el fondo de tu pecho como en un sepulcro.

—Adelante—me replicó.

—Por mi desgracia, buen Esteban, he recibido los favores de la Reina, y esta tarde haré un recuento de los gastos que he hecho en el fondo de tu pecho como en un sepulcro.

—Adelante—me replicó.

—Por mi desgracia, buen Esteban, he recibido los favores de la Reina, y esta tarde haré un recuento de los gastos que he hecho en el fondo de tu pecho como en un sepulcro.

—Adelante—me replicó.

—Por mi desgracia, buen Esteban, he recibido los favores de la Reina, y esta tarde haré un recuento de los gastos que he hecho en el fondo de tu pecho como en un sepulcro.

no á descansar, que bien lo he necesitado antes de tan largo viaje. Y dándose un golpe en el hombro, desapareció por la puerta de la alcoba regia, apareciendo en el braxo de su confesor el padre Aponte.

La Reina estaba en sus habitaciones, y como sabe que aun no ha salido, y que estaba acompañada, decidió ir á saludarla antes de partir, y proporcionarla medios de enterarse acerca de lo ocurrido, para de seguro no ir á la

La abnegación de Esteban

Quando penetré en la cámara real, noté en el semblante del Monarca un ligero fruncimiento de cejas que, sin embargo, desapareció bien pronto, substituyéndole una sonrisa.

—Me alegro veros Don Luís—díjome Don Fernando.—Sabed que mañana partiremos para Plasencia, como ya os dije; haced vuestros preparativos para acompañarme, á menos—añadió cambiando de tono—que no esteis enfermo, pues os encuentro muy pálido.

—Nunca, señor—repuse prontamente—he gozado tan buena salud como ahora para honrarme en el servicio de V. A.

—Siendo así, quedamos en que me acompañareis, y ahora quedad con Dios, pues me re-

tiro á descansar, que bien lo he menester antes de tan largo viaje.

Y dándome un golpecito en el hombro, desapareció por la puerta de la alcoba regia, apoyado en el brazo de su confesor el padre Aponte.

La Reina estaba en sus habitaciones, y como supe que aun no se había acostado y que estaba acompañada, decidí ir á saludarla antes de partir y proporcionarla medios de enterarme acerca de lo ocurrido, que de seguro no la faltarían atendido á su privilegiada inteligencia.

Pedí venia para entrar, y hallé á Doña Germana en compañía de una dama, joven de diez y ocho años, que entretenía á la Reina, entonando, al compás de un laud, que ella misma tocaba, tiernas baladas de amor.

Apenas me vió, retratóse la alegría en su semblante, por lo cual conocí que mi visita no era inútil.

—Señora—la dije,—vengo á despedirme de V. A., pues mañana parto escoltando á vuestro augusto esposo el Rey, mi señor, y como acaso la ausencia se prolongará algún tiempo, he querido, antes de retirarme, presentar á V. A. mis homenajes.

—Huélgome mucho de ello—repuso Doña Germana,—y tanto más cuanto que así os daré

una carta para mi buena amiga la Duquesa de Alba, cuya ausencia lamento.

—Tomad—añadió la Reina, haciéndome una seña imperceptible, —y entregadla esta carta en prueba de mi afecto.

Hiné la rodilla en tierra, y al par que besaba la mano de la Soberana cogí entre la mía, no una, sino dos cartas.

Réstame sólo—añadió Doña Germana—recomendaros mucho que no os apartéis de mi esposo y señor, y que atendáis al cuidado de su vida en esas expediciones de montería, para las que ya está muy achacoso. Yo esperaré su vuelta en Alcalá, según él mismo me ha ordenado.

—Adiós, señora—dije después de un corto intervalo de silencio;—Dios guarde la vida de vuestra alteza.

Y arrojándola una mirada en la cual iba envuelta mi alma, saludé, y salí de la estancia.

Apenas llegué á casa me encerré en mi cuarto, guardé en mi escarcela la carta dirigida á la Duquesa de Alba, y abrí la otra, devorándola con la vista.

Decí así:

«Mi esposo ha sospechado de vos, y ha pagado doscientos ducados á un asesino para quitáros de enmedio.

»Cuando caísteis herido, lo primero que hice

fué volver la vista, y me encontré con un soldado de la Real Guardia que acababa de lanzaros un venablo.

»Le ordené que se detuviera, y así lo hizo.

»Le llamé miserable, pero él me contestó que no hacía más que cumplir los mandatos de su señor.

»Comprendiendo que por este medio no lograría nada, traté de sobornarle, como lo he conseguido, ofreciéndole quinientos ducados si guarda el más profundo silencio y si dice que no os ha encontrado.

»Como esto no le compromete ha aceptado de buen grado.

»Ese hombre se llama Pedro Gálvez y está á vuestras órdenes.

»Mientras esté ausente D. Fernando partó á Alcalá, donde no haré más que pensar en vos:

»Cuidaos mucho y pensad también en mí.»

Quemé la carta y llamé á Esteban.

—Es preciso—le dije—que vayas á buscar un médico para que me indique el plan que debo seguir en mi curación; quiero que venga inmediatamente. Y después ya me ocuparé en ajustar las cuentas á ese rufián de Pedro Gálvez que quería mandarme al otro mundo.

—¡Cómo!—repuso Esteban.—¿El que ha querido asesinaros es Pedro Gálvez, un soldado de la guardia?

—El mismo.

—Pues, vive el cielo, que no le arriendo la ganancia.

Vaya—añadió Esteban cambiando de tono—vóime á buscar á ese médico que tanta falta os hace.

Y salió de la habitación.

Yo me arrojé en el lecho, pues me encontraba muy molesto con la herida, y como la pérdida de sangre había sido mucha tenía gran debilidad.

Al cabo de una hora oí dos fuertes aldabonazos en la puerta de la calle, suponiendo sería Esteban acompañado del médico.

En efecto, era el Galeno pero no acompañado de Esteban, sino de un pajecillo que llevaba una linterna para alumbrar el camino, pues la noche era oscura y fría y la niebla no dejaba ver los objetos á dos pasos de distancia.

—En pocas palabras expuse al médico que habiendo tenido un desafío por cuestión de amores y estando batiéndome con mi rival, había sido acometido de improviso por la espalda, teniendo que defenderme de una partida de rufianes pagados acaso por mi adversario.

Añadí, siguiendo la mentira, que necesitaba curarme en secreto, porque si daba publicidad al asunto, tendría tal vez que sufrir un castigo, pues el Rey perseguía el duelo con encarniza-

miento; y, por último, que no quería que la honra de mi dama padeciese desdoro. Además le indiqué la obligación en que estaba de seguir al Rey en su expedición.

Escuchóme con gran atención el médico, reconoció la herida, púsome un emplasto, vendóme otra vez, dejándome escrito el plan curativo y las recetas necesarias, manifestándome de paso lo imprudente de un viaje en tal estado.

Paguéle dos ducados y se retiró haciéndome cortesías.

Era ya muy tarde cuando desperté sobresaltado con nuevos aldabonazos dados en la puerta.

Levantéme apresuradamente, pero ya la anciana criada había franqueado el paso á Esteban, que tal era, y que penetró en la habitación.

—¡Rayos y truenos!—gritó alegremente.—

Ya podeis estar tranquilo.

—¡Cómo!—repuse.

—Pues nada, que Pedro Gálvez estará á estas horas cenando con Barrabás.

—¿Creeis—me dijo conmovido—que vuestros padres me encargaron de vuestra custodia para que muriérais á manps de un rufián? Al fin y al cabo yo soy muy viejo y aunque me matase poco se perdía.

Estreché á Esteban cariñosamente entre mis brazos, mientras sentía al apretarle contra mí que una lágrima humedecía mi semblante.

—Pues sí,— me dijo siguiendo la narración.— Comò sabía á qué taberna concurría ese bribón, me fuí allá en derechura y en ella le encontré.

Procuré trabar conversación con él, y le propuse jugar á los dados dos botellas de lo añejo, á lo que accedió.

Bien pronto dióme motivos para reñir; pues le ví volver con gran destreza uno de los dados.

Le llené de injurias y salimos del figón con las peores intenciones del mundo. Fuímos detrás de San Pedro el Viejo, y echando mano á las dagas nos investimos, pero con tan mala suerte para él, que allá queda mirando á las estrellas.

Yo he apresurado el paso con dirección á casa, y por fortuna no he encontrado alma viviente.

Al otro día muy de mañana corrió la noticia de haber sido asesinado en la noche anterior un soldado de la Real Guardia detrás de la iglesia de San Pedro el Viejo, bien que como su conducta no le favorecía, las personas que le conocían bendijeron la mano homicida.

Esteban me miraba con curiosidad y me preguntó:
 ¿cómo sabías que iba a venir? —
 Como sabías que iba a venir, ¿cómo sabías que iba a venir?
 — Pense, me dijo siguiendo la narración —
 que una lágrima humedeció mi semblante.
 — Pense, me dijo siguiendo la narración —
 que una lágrima humedeció mi semblante.

CAPÍTULO XVII

En busca de la salud
 Después de haber estado un tiempo en el hospital,
 me fui a casa de mi madre, que me cuidó muy bien.
 Después de haber estado un tiempo en el hospital,
 me fui a casa de mi madre, que me cuidó muy bien.

Mi primer cuidado á la mañana siguiente
 fué avisar á Esteban para que me ayudase á
 curarme, encargándole preparase gran canti-
 dad de hilas y vendajes que serían precisos
 durante la expedición.

Después me bebí una gran copa de vino ca-
 hiente con azúcar, que al decir de mi buena
 maritornes, sentaba como mano de santo para
 los estómagos débiles, y montando en nuestros
 caballos Esteban y yo, nos encaminamos á la
 plaza de Palacio, donde se hallaba esperando
 interminable fila de literas, muchos cargados
 de equipajes y soldados que habían de dar es-
 colta á los Monarcas, que, por opuestos cami-
 nos, iban en breve á emprender el viaje.

Subí á las regias habitaciones, donde los Reyes estaban orando un momento para solicitar de la Divina Providencia un feliz viaje. Cuando terminaron, el Rey me indicó destinase cuarenta hombres para escoltar á la Reina, siguiendo á mis órdenes los restantes.

Bajé, repartí la fuerza, según la voluntad del Monarca, y montando á caballo me puse al frente de la escolta, á tiempo que los clarines anunciaban la presencia en la plaza de los augustos viajeros.

Bien pronto se elevó por los aires gran rumor de voces, crujir de arneses, choque de armas, relinchos y todos esos mil sonidos propios de casos como aquel.

Don Fernando y su esposa diéronse un beso en la mejilla en señal de despedida; cada cual fue á ocupar su litera, y poco después dos filas de expedicionarios salían en distintas direcciones; la de la Reina por la puerta de Guadalajara, y Don Fernando bajaba por la Cuesta de la Vega.

Allá en lontananza divisábase la negra silueta de la Casa del Campo, teatro de mis primeros amores, y á su derecha las sombrías arboledas del Pardo.

Al pié mismo de la cuesta hallábase el santuario de San Miguel de la Sagra, donde nos detuvimos para orar un momento, según pia-

doña costumbre, continuando muy luego el viaje.

«Siete días duró éste, que áun cuando hecho con no mucha prisa y con gran comodidad, traíame con mal cuerpo y grandes dolores por todo él, hasta el punto que más parecía que me hubieran molido á palos.

El cielo, que durante los seis días primeros estuvo limpio y sin nubes, comenzó á oscurecerse al séptimo desde la hora del mediodía, y á la puesta del sol se desencadenó tan recia tormenta que creí llegado nuestro fin. Las puntas de las lanzas y de las espadas despedían chispas, como si dentro tuvieran al mismo demonio. Las mulas, que conducían las literas y los equipajes, se encabritaban y coceaban asustadas por la tormenta.

Afortunadamente, los expedicionarios, hombres todos, y casi todos avezados á las batallas y á los rigores del tiempo, no nos asustábamos por lo terrible de la borrasca, y caminábamos todo lo deprisa que permitía el aguacero, tan copioso y violento, que si no fuera porque los libros sagrados nos aseguran no habrá otro Diluvio, se creyera llegada nuestra última hora.

«Apenas llegó la noche, ordenó Don Fernando hacer alto en un lugar cercano á Plasencia, llamado Cuacos, donde nos alojamos de cual-

quier manera para pasar la noche á cubierto.

Al amanecer, el cielo se había despejado, y continuando el viaje llegamos dos horas más tarde á la posesión del Duque de Alba, magnífico terreno cubierto de espesas arboledas y jarales, donde se escuchaban los lejanos bramidos de las reses cervaes que bajaban con la luz del alba á beber en los manantiales y riachuelos.

Los consejos del Cardenal

Recepciones el padre con gran aparato y regalos; que no era para menos el hospedaje que en su casa se albergaba.

Don Fernando se alojó en un lujoso apartamento, en cuyos cuatro costados había grandes y espaciosas chimeneas repelidas de forma que chisporroteaban alegremente.

Apenas supo se hallaba instalado me presenté al Monarca para recibir sus órdenes.

—Creo —me dijo— que hoy podemos dedicarlo al descanso; pues á pesar de haber venido comodamente siento las piernas torpes en este momento.

Retíreme, bendiciendo la decisión del Rey, que me permita reposar y dedicarme á la

...inter manera para pasar la noche á cubierto.
Al amanecer, el cielo se había despejado y
continuando el viaje llegamos dos horas más
tarde á la posesión del Duque de Alba, margin-
das terreno cubierto de espesas arboledas y
jardes, donde se escuchaban las lejanas pra-
mitos de las reses cervizas que bajaban con la
las del alba á las montañas y ría-

CAPÍTULO XVIII

Los consejos del Cardenal

Recibíonos el Duque con gran aparato y re-
gocijo; que no era para menos el huesped que
en su casa se albergaba.

Don Fernando se alojaba en un lujoso apo-
sento, en cuyos cuatro testeros había grandes
y espaciosas chimeneas repletas de leña que
chisporroteaban alegremente.

Apenas supe se hallaba instalado me pre-
senté al Monarca para recibir sus órdenes.

—Creo—me dijo—que hoy podemos dedicarlo
al descanso; pues á pesar de haber venido có-
modamente siento las piernas torpes en ex-
tremo.

Retiréme, bendiciendo la decisión del Rey,
que me permitía reposar y dedicarme á la

curación de la herida, no poco descuidada durante el viaje.

— Cuando ya había salido del regio aposento y me encaminaba por un largo corredor á mi alojamiento, sentí una mano posarse en mi hombro: volvíme, y vi al Cardenal Cisneros delante de mí.

— ¿A dónde vas? — me dijo cariñoso.

— Señor, me encaminaba á la habitación que me han designado para reposar, pues harto lo han menester mis huesos; pero si vuestra eminencia me necesita...

— Sí, por cierto — repuso. — Yo sé que renegarás de la hora en que me has encontrado; pero qué quieres, necesito departir contigo sobre tan variadas é importantes cuestiones, que no te abandono, y tendrás que seguirme.

— Señor — reproché al Cardenal — si mi vida fuera precisa á vuestra eminencia, la sacrificaría gustoso.

— Vamos — dijo sonriendo el prelado — olvidas que nos hallamos lejos de la Corte y que aquí no encajan bien los cumplidos paláciegos.

Y apoyándose familiarmente en mi brazo me condujo á su habitación donde nos tenían servido un refrigerio.

— Siéntate á la mesa — siguió Cisneros — y repara el desfallecido estómago que bien lo hemos menester.

No me hice repetir la invitación y sentéme á la mesa, dándome tal maña á despachar las viandas que delante me ponían, que el Cardenal se sonrió.

—Hijo mío—me dijo—mucho me extraña tu apetito, pues tu semblante pálido y desencajado más bien retrata la huella de una grave dolencia.

Y al hablar así, el prelado tenía fija en mí su inteligente y profunda mirada que quería penetrar hasta lo más recóndito de mi alma.

Yo, no pudiéndola soportar, pues temía descubriese el secreto de mis amores y sus consecuencias, bajé la vista y sentí la sangre subir á las mejillas.

—Tú me ocultas algo, Luis—dijo el Cardenal con tono severo—y haces mal, porque te amo como á un hijo, y me he ofrecido velar por tu vida y labrar tu felicidad.

—¿Con quién te has batido?—me dijo de pronto.

Sorprendióme la pregunta y repuse:

—¿Yo, señor?

—Sí, tú. A lo menos en tu casa ha penetrado á altas horas de la noche un cirujano.

—¡Bergante! exclamé para mis adentros acordándome del Galeno—Ya me las pagarás.

—No culpes al cirujano—repuso prontamente el Cardenal, adivinando mis intencio-

nes.—Uno de mis servidores vió salir á aquél de tu casa y me lo comunicó.

Pero vamos al caso—siguió cambiando de tono.—Todo desaffio tiene una causa y esta es casi siempre una mujer. ¿Cuál ha sido la dama por la que has expuesto tu vida?

—¿Y quién ha dicho á Vuestra Eminencia—repuse algo amostazado por el interrogatorio—que aun suponiendo que así fuese, puede el caballero lanzar al viento el nombre de una dama sin exponerla á la maledicencia?

—Juzgué, hijo mío—me contestó sorprendido el anciano—que mis años y mi cariño hacia tí me daban algún derecho; pero ya que me he equivocado no creas que me ofendo, pues sé apreciar los actos de hidalgía. Guarda en buena hora tu secreto. Desgraciadamente para tí, los años, y ya son muchos los que pesan sobre mí, enseñáronme á conocer el corazón humano.

—Yo sé—continuó Cisneros—que tú me negarás cuanto voy á exponerte; pero no importa, pues tengo la convicción de que son verdad mis sospechas.

—Tú amas á la Reina — dijo pausadamente el Cardenal.

Al escuchar estas frases di un brinco en el sillón, pues, la verdad, no esperaba tal aseveración.

— Amas á la Reina — siguió Cisneros sin

darse por entendido de mi sorpresa — y ese amor puede ser tu desgracia, pues además de que ofender á Dios con un adulterio no fué nunca digno, tienes aún sobre tu conciencia la falta de respeto á tu dueño y señor, cuya honra mancillas, y que puede pedirte cuentas como hombre y como Rey.

Ten cuidado, hijo mío, con no subir demasiado á la cumbre de la montaña donde el sol deslumbra con sus fulgores y donde el vértigo de las alturas te puede obligar á bajar rodando hasta el abismo.

— ¡Señor! — balbuceé confundido.

— Yo lo sé todo — me respondió Cisneros con una sonrisa indefinible — y lo siento, pues cuando la hora de la justicia llegue, si el Supremo arma mi brazo, tendré que emplear medidas de rigor.

El Rey marcha apresuradamente al sepulcro, réstanle pocos días de vida, y en cuanto tal desgracia suceda, será preciso que su viuda abandone el suelo de España tan perjudicial á su salud.

Aconséjote, hijo mío, guardes bien presentes mis palabras y tomes otro rumbo que á mal fin no te lleve. Y ahora hablemos de otra cosa: estás enfermo y no te vendrán mal unos días de reposo en el lecho.

— Ciertamente, señor, pero yo no quisiera...

—Tranquilízate, yo sabré disipar las sospechas.

—Traigo una comisión de la Reina, padre mío; entregar á la Duquesa de Alba una carta suya—repuse levantándome de la mesa.

—Ve, pues,—dijo el prelado dándome golpecitos en la espalda;—y dí á Esteban que hoy he pedido á Don Fernando le nombre para ocupar la vacante que dejó Pedro Gálvez.

CAPITULO XIX

Las narraciones de Esteban

Después que hube puesto en manos de la Duquesa la carta de la Reina, volvíme prontamente á mi alojamiento, desnudéme y fui á buscar en el lecho el reposo que tanto había menester mi quebrantado cuerpo.

Esteban no se apartaba de mí, cuidándome con el mayor esmero y entreteniéndome con su conversación animada.

A la caída de la tarde llegó á mi habitación un paje del Cardenal de España con un pliego cerrado.

—¿Qué despees?—le pregunté cuando estuvo en mi presencia.

—Señor, lo primero, saber de la salud de vuesa merced, y después entregarle este pliego de parte de Su Eminencia.

El paje saludó y se retiró, abriendo yo el pliego, que no era otra cosa que un nombramiento expedido á favor de Esteban para una plaza en la Real Guardia.

Alarguélo á mi escudero, que al enterarse de él hizo un gesto de disgusto.

—Qué—repuse admirado—¿no te place?

—Nó, por ser cosa del Rey.

¿Qué quereis?—continuó;—si hubiera sido para el servicio del Cardenal, placiérame muy mucho; pero servir en la Guardia de Don Fernando, la verdad, no me causa el mayor regocijo.

—¿Por qué?—repuse.

—Porque el Rey es un hombre sin corazón ni sentimientos piadosos, y detrás de esa sonrisa que veis asomar á sus labios hay un alma de hielo. Mirad: cada vez que me acuerdo de lo ocurrido allá en Barcelona, por los años de 1492, cuando ya finaba Diciembre, se me erizan los pocos cabellos que en mi cabeza quedan. Lo que os voy á contar, os probará la bondad de ese Rey á quien servimos.

Bajaba el Rey por las gradas de la casa del Juzgado, en Barcelona, conversando con su tesorero, cuando un loco (que así dijeron los médicos que estaba), se abalanzó á Don Fernando y le dió un tajo por detrás de la cabeza, que le hizo perder el conocimiento.

Juan de Cañamas, que tal se llamaba el asesino, fué preso por un mozo de espuela y otro amigo suyo, y conducido á buen recando.

Cuando Don Fernando cobró el conocimiento, creyó que le habían hecho traición los suyos y revolvía los ojos espantados gritando: ¡Santa María me valga! ¡Traición!

Bien hecho hubiera sido que á Juan de Cañamas le hubieran quitado allí mesmo la vida; pero nó, lo que luego hicieron con él, que tan en favor hablaba del carácter vengativo del Rey, y tanto más, cuanto que, según opinión muy general, el asesino estaba con su juicio trastornado.

Sentenciaron á Cañamas (y el Rey firmó la sentencia, que se cumplió punto por punto) á llevarlo por toda la ciudad en un carro, procediendo después á la siguiente operación.

Cortarle las manos, sacarle los ojos, arrancarle con unas tenazas ardiendo ambas fetillas, cortarle también las narices y los pies, extraerle el corazón por la espalda, luego apedrearlo, y por último, quemarlo y aventar sus cenizas.

—¿Os complacen estos detalles?—dijo Esteban irónicamente al ver el gesto de disgusto que hice por lo que acababa de escuchar.—Pues también me produjeron á mí el mismo efecto, y aun algo peor, porque los presencié; y la Reina Católica cuando lo supo, indignóse

mucho, manifestando que antes debiera perdonársele y enviarle á luengas tierras; que cuanto más notado era el desacato más resaltaría la clemencia.

—Por estas y otras cosas—siguió mi servidor—he recibido disgusto con el tal nombramiento.

¡Ah! Si el Cardenal me hubiese reclamado para su servicio, no separándome, por supuesto, de vuesa merced, estaría más contento que borrico en prado de alfalfa.

Vos no sabeis lo que vale ese anciano. Hubiéraisle visto como yo el día que salíamos de Cartagena para la conquista de Orán, de pie, en la popa de la Galera Capitana, ya escudriñando el horizonte con su mirada de águila, ya contemplando las ochenta y nueve naves que á la Capitana seguían viento en popa y con las velas desplegadas.

¡Hubiéraisle visto en la noche oscura y tormentosa en que arribamos á Mazalquivir, punto cercano á Orán arengar á aquellos doce mil hombres que pensaban y se batían como uno solo!

¡Hubiéraisle visto antes de comenzar el ataque de Orán, ponerse al frente del ejército, con una cruz en la mano para infundirnos ánimo y coraje!

Después se retiró á una capilla de Mazalqui-

vir y estuvo rezando todo el tiempo que duró la acción, que fué casi el día.

Los moros que ocupaban las murallas de la población, situada en una colina, hacían gran daño en nuestras filas, pero los castellanos no se arredraban, y el que exánime caía, servía de escalón al que le iba en zaga.

Gracias á los acertados disparos de nuestra artillería, mandada por Don Diego de Vera, los moros cejaron un tanto, y nuestros soldados, poniendo las escalas, asaltaron la muralla.

Cuando el sol se hundía en el ocaso, alumbraba el pendón morado de Castilla, colocado en el alto de las torres de Orán.

Aquel día perdieron los moros nueve mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, sesenta piezas de artillería, y se dió la libertad á más de trescientos cautivos.

¿Y sabeis qué infundió ánimo en nuestros corazones? Pues la santa plegaria de ese hombre que llegó hasta el trono del Eterno: como que en lo más recio de la pelea, una nube negra envolvió á los infieles, no dejándoles ver nuestras maniobras, pudiendo así nosotros colocar las escalas.

Esteban, transfigurado por el entusiasmo, parecía, al hablar así, hallarse en el campo de batalla; y yo mismo me entusiasmaba y lamentaba no ser de aquellas expediciones en que

tanta honra y fama ganaron los antepasados.

Con estas pláticas y narraciones me entretenía el buen Esteban, haciéndome menos largas las horas transcurridas en el lecho del dolor. Mi herida, á consecuencia sin duda de la quietud, marchaba á una rápida curación, lo que me producía gran contentamiento.

Llevaba ya tres días en el lecho, cuando Esteban me dió nuevas é importantes noticias; aquella mañana había llegado el Cardenal Adriano de Utrech, Dean de Lovayna y maestro del Príncipe Don Carlos, hijo de Doña Juana. Según noticias, el Rey lo había recibido con bastante desagrado, pues vino á solicitar se señalase al joven Príncipe una pensión anual de cincuenta mil ducados, cosa que algunos días más tarde se concedió.

Asimismo, díjome mi escudero que el Príncipe Don Fernando, nieto del Rey y hermano de Don Carlos, vendría en breve á enterarse de mi salud, enviado por su abuelo.

—¿Y quién te ha dado tales noticias?

—El mismo Cardenal de España, á quien he ido á dar gracias por ese nombramiento malhadado.

Dióme mucho en qué pensar la futura visita del Infante Don Fernando, que por cierto no se hizo esperar.

Era Don Fernando un mozalbete de diez y

seis años, moreno, de carácter bondadoso y franco, y vivía desde tierna edad al lado de su abuelo, que le profesaba entrañable cariño. Yo había tenido ocasión de tratarle con frecuencia en palacio, agradándome no poco su buena conversación y rara ilustración, bien que no podía ser otra cosa estando bajo la dirección de un fraile dominico, hombre docto y severo que apenas le dejaba un momento de libertad.

Cuando un paje me anunció la visita del Infante, traté de incorporarme en el lecho; pero él, que entraba en el aposento, me lo impidió con grandes demostraciones.

—Mi abuelo y señor — repuso — me envía con el fin de que os haga presente su alta estima y lo mucho que se interesa por vuestra salud.

—Señor Infante— contesté—mucho agradezco esta prueba de señalado afecto del Rey mi señor. Decidle de mi parte que si me necesita antes de una hora estaré en su presencia.

—No se trata—contestóme sonriendo el Infante — de asunto de tanta premura; pero pasado mañana mi augusto abuelo desea partir para la Serena, pues este sitio no ha causado mejoría visible en su salud.

Despidióse el Príncipe de mí, y yo quedé lanzando maldiciones contra la inquietud del anciano Monarca, que no me dejaba curarme por completo.

CAPÍTULO XX

La zíngara

Según lo que me anunció el Infante Don Fernando, dos días más tarde salíamos de la posesión del Duque en dirección á la Serena, y al mismo tiempo el Cardenal Adriano partía para Guadalupe sumamente disgustado por el frío recibimiento del Rey.

Este proyectaba alargarse hasta Sevilla para experimentar si su clima templado ejercía benéfica influencia en su quebrantada salud.

¡Vana esperanza! La hidropesía iba apoderándose del anciano Monarca; las piernas, según los médicos decían, eran de un volumen asombroso y la hinchazón comenzaba á extenderse por el vientre.

El viaje se hacía con suma dificultad y len-

titud, pues los movimientos acelerados de las caballerías producían intensos dolores á Don Fernando.

Yo me holgaba de hacer con tal mesura la expedición; pues aun cuando estaba mucho mejor de la herida, los movimientos agitados producíanme no poca molestia.

Durante el viaje ocupábame en conversar unas veces con el Infante Don Fernando, otras con el Cardenal y algunas con distintos señores del séquito de S. A.

También Esteban departía conmigo.

—¡Cuán fugaz pasa la vida!—me decía.—Ved á ese Monarca que no hace muchos años parecía lleno de vida y alientos. Aún recuerdo su entrada en Nápoles.

Un sol esplendente alumbraba la extensa bahía llena de embarcaciones. El Vesubio se alzaba á lo lejos con su penacho de humo que iba á perderse en el cielo azul.

Cuando los Reyes desembarcaron, el Gran Capitán dió el brazo á Doña Germana, deslumbrante de pedrería riquísima.

Se construyó para recibir á los Monarcas un arco triunfal que costó 15.000 ducados y un puente, cuyo importe no bajó de 4.000.

El sol reflejaba en las brillantes armaduras de los ilustres caballeros que escoltaban á los Soberanos y en las telas de riquísimo brocado

bordado de piedras preciosas de las Princesas y damas del séquito.

El aire aturdía con los ecos de los atabales, trompetas, bastardas, cheremías y sacabuches, y con el estampido del cañón, los vítores y las aclamaciones.

Todo aquello pasó; de tantas glorias sólo queda un recuerdo vago, como una nubecilla, y un cuerpo maltrecho y lacerado por mortal dolencia.

Con estas narraciones entreteníame mi buen escudero durante la marcha.

El Rey se prometía un restablecimiento rápido con esta vida nómada y agitada. ¡Vana ilusión!

Pasamos bastantes días en la Serena, pero el Rey concluyó por aburrirse y salimos con dirección á Albentosa.

El Condestable de Castilla y el Duque de Alba no perdonaban medio de distraer al Monarca para hacerle olvidar sus dolencias.

Hallábase en el pueblo accidentalmente una tribu de zíngaros que cantaban, bailaban, decían la buenaventura y presentaban algunos osos domesticados.

Organizóse un espectáculo con este motivo, á fin de que Don Fernando se solazase.

Bien presto se arregló rústicamente un escenario en una corraliza; colocáronse muchos

escaños para el acompañamiento de S. A. y un sillón de cuero para Don Fernando.

El Rey pasó complacido casi todo el tiempo que duró el espectáculo, pero antes de terminar volvióse hacia su nieto Don Fernando y le dijo:

—Hijo mío, ve y tráeme una de esas mujeres que predicen lo porvenir.

—¡Oh, señor! ¿Por qué tan extraño deseo?— contestó vivamente el Infante.—Dejad que Dios gué vuestros pasos sobre la tierra y no os ocupéis de las profecías de una de esas desgraciadas.

—Yo no doy crédito á supercherías—repuso el Rey;—pero aunque así fuese, ¿juzgas que tiemblo por el futuro? No temas, hijo mío, que ante el anuncio de nuevas y mayores desventuras se agite mi corazón: he tenido la muerte en frente de mí muchas veces. Ve, pues, y cumple mi mandato.

Contrariado el Infante separóse de su abuelo, volviendo al poco rato acompañado de una zíngara, casi una niña, pues no representaba diez y seis años.

Tenía el tipo perfecto de las de su raza. El cabello negro como la endrina, suelto y flotante, que al agitarse con el viento, reflejaba azulados tornasoles; los ojos negros y rasgados parecían despedir efluvios de amor y voluptuo-

sidad. La boca, de labios belfos y coralinos, se entreabría de cuando en cuando para dejar ver dos hileras de dientes hermosísimos, cuya blancura resaltaba aun más sobre el moreno semblante de la zíngara.

El seno, mal encubierto con harapiento corpiño, se agitaba á impulsos de la respiración fatigosa por la emoción, y el cuerpo era de correctos perfiles como los de la estatuaria griega.

La pobre niña, á pesar de sus harapos, con esa coquetería, patrimonio de la mujer, se engalanaba con las únicas joyas que permite la miseria, con las flores del campo.

La zíngara detúvose ante el Monarca, y clavando en él la ardiente mirada, dijo con pausada voz:

—¿Y eres tú ese que llaman Rey de Castilla?

—Yo soy. ¿Qué te asombra?—repuso Don Fernando.

—Admírame, señor, que tú llames á la pobre zíngara; tú, el señor de tantos estados; tú, el dueño de casi todo el mundo.

—¿Cómo te llamas?—preguntó el Monarca.

—Mis compañeros de tribu me nombran la Centella, porque á consecuencia del susto que tuvo mi madre, hallándose en cinta, en una ocasión en que se desencadenó una tormenta,

dióme á luz. Mis compañeros añaden que en aquel mismo instante cayó un rayo cerca de donde mi madre yacía, y mató á mi padre.

—¿Y tu madre vive todavía?—preguntóla el Rey, interesado á pesar suyo con aquella narración extraña.

—Mi madre—repuso la Centella conmovida—murió hace dos años despedazada por uno de nuestros osos.

Volvióse el Rey hacia su tesorero Mosen Luis Sánchez, y le dijo:

—Dad cincuenta ducados en mi nombre á esta pobre niña.

—Vamos,—continuó, dirigiéndose á la zingara y alargándole su temblona y apergaminaada mano—¿qué lees en esas rayas?

—¿Y por qué tú, el Rey de Castilla y de tantos otros reinos, me llamas á mí para que lea tu destino cuando te rodean tantos sabios que pudieran complacerte mejor que yo?

—Es que yo—contestó el Rey sonriéndose—no creo en brujerías ni encantamientos.

—¿Entonces, por qué me llamas?

—Por solazarme con tus supercherías.

—¿Y si á pesar de ser mentira lo que voy á decirte te desagrada, me prometes no atentar á mi vida?

—Te lo prometo—contestó el Rey gravemente.

La Centella cogió entonces la diestra del Monarca, y en profundo silencio examinó las rayas que cruzaban la palma de la misma.

Después, elevando sus ojos en los de Don Fernando, exclamó:

— El sol deslumbra con sus fulgores, y sin embargo, perseguido por la noche huye á esconderse en el ocaso. Tú, Rey de Castilla, asombraste con tu magnificencia, pero la noche de tu vida ha llegado.

— ¿Qué quieres decir?—repuso el Rey oprimiendo con mano convulsa los brazos de su sillón.

— Bastante he dicho para que tu inteligencia lo comprenda.

Don Fernando clavó sus ojos con aire amenazador en la pobre egipcia; intentó levantarse del sillón, pero cayó otra vez en él, prorumpiendo:

— Vete, maldita hechicera, no creo en tus brujerías.

— ¡Me has maldecido—contestó la egipcia con lágrimas en los ojos;— que el Dios de los buenos te perdone.

Y saliendo apresuradamente por entre las filas de cortesanos, desapareció.

El Rey, sumamente agitado y nervioso, retiróse á su alojamiento, que era en casa del Corregidor del pueblo.

CAPÍTULO XXI

La Centella en peligro

El sitio que me habían destinado para albergue era un mesón que estaba á espaldas de la casa, en cuyo corral se había dado el espectáculo de por la tarde.

Ya era muy avanzada la noche cuando desperté sobresaltado por agudos gritos de mujer, que resonaban no lejos de mi aposento.

Arrojéme presuroso del no muy mullido lecho; y abriendo la ventana que daba al corral citado, escuché los gritos más cercanos.

Sin perder momento, eché yescas y encendí una luz. Medio vestido y empuñando la daga, lancéme por la ventana bordeando un tejadillo más bajo que ésta; y coléme por una abertura que escasamente daba paso á mi cuerpo, aber-

tura lindante con el tejado de la casa donde moraban los zingaros, que era de donde venían los gritos.

Encontréme en un zaguizamí alumbrado por la escasísima luz de un candilejo.

Los gritos habían cesado y yo me encontraba perplejo, cuando me pareció escuchar en un rincón lejano del ancho desván sordos gruñidos.

Encaminéme presuroso hacia el sitio, y sólo pude adivinar una masa informe que se movía y que lanzaba á mi rostro abrasadoras emanaciones. Entonces no tuve duda ninguna; enfrente de mí estaba un oso dispuesto á luchar. Me acordé de mis primeros años, y abalanzándome á la fiera antes que ella se decidiese, le hundi mi daga en la garganta.

El oso se debatió un momento agitando sus nervudas manos con las que golpeaba el aire y cayó luego pesadamente en tierra.

Al desplomarse me dejó ver tras de sí un cuerpo inanimado, que parecía á la escasa claridad el de una mujer.

Temiendo una catástrofe, me incliné para reconocerle y un grito se escapó de mis labios.

— ¡La Centella!

Efectivamente la pobre niña era la que allí yacía inanimada, acaso muerta.

Sin pérdida de momento, comencé á deman

dar auxilio, y al poco rato escuché multitud de voces debajo del sitio en que me hallaba, pudiendo ver al resplandor de las luces que traían los que llegaban, una tronera abierta en el suelo que era sin duda la entrada del zaquizamí.

Asuméme á ella y grité á uno de los zingaros que se ocupaba en colocar una escalera:

—¡Subid con mil diablos!

Bien pronto el camaranchón se llenó de gente, zingaros en su mayor parte que comenzaron á hacer grandes aspavientos cuando se encontraron con el cuerpo inanimado de la Centella y con el oso muerto; y por cierto que aún no he averiguado si las muestras de dolor eran por la fiera ó por la niña.

Lo que había ocurrido era lo siguiente:

Uno de los osos que los zingaros poseían á causa de algún brusco movimiento, rompióse la nariz con la argolla que es costumbre ponerles atravesando aquella para tenerlos sumisos; encolerizado por el dolor, viéndose libre, y olfateando las emanaciones de un cuerpo humano, decidió sin duda hacerle víctima de su furor, y trepó por una de las vigas que sostenían el piso superior donde dormía la pobre Centella, que hubiera sido devorada á no acudir yo tan oportunamente, pues no había sufrido más que el susto consiguiente.

110 Cuando gracias á los cuidados que se la prodigaron, volvió en sí, y supo que yo había sido su salvador, abrazóse á mis rodillas llorando y prorrumpió entre sollozos:

— ¡Señor, la pobre zíngara es tuya: su cuerpo y su alma te pertenecen, porque la has salvado la vida. Llévame contigo y endulzaré tus horas de tristeza y tus ensueños con mis alhagos y distraeré tus ócios con los cantos de mi raza.

115 Y la egipciana tenía clavados en mis ojos los suyos, empañados de lágrimas, y con tal expresión de súplica, que concebí el proyecto de arrancar á aquella niña del cieno en que vivía.

— ¿Te vendrías conmigo?—la pregunté.

— ¡Oh, señor! ¿Y lo dudas?

— Pues bien — repuse — no hay inconveniente.

Los zíngaros, que no se conformaban con que les arrebatase una de las primeras partes de su compañía, comenzaron á murmurar.

— ¿Qué significan esos murmullos?—grité.—
¿Me amenazais? Tened en cuenta lo que haceis, no sea que alguno haga conocimiento con mi daga. Además, ¿con qué derecho quereis disponer de esta mujer? Sus padres han muerto, se halla sola en el mundo y...

— Señor—repuso uno que parecía el jefe— al llevártela de nuestro lado nos arrebatas la fortuna.

—Otras mujeres teneis—contesté—que saben atraer al público en vuestros espectáculos.

—Hemos perdido el mejor oso—siguió el zingaro—valía lo menos cincuenta ducados.

—Pues bien le dije—recibireis cien ducados. ¿Te avienes?

Temerosos los egipcianos, que si se negaban, pudiesen sufrir mayores males, pues en aquel entonces se les perseguía como gente de mala ralea, accedieron aunque no de buen grado.

Terminada mi conversacion con los zingaros y después de haber asegurado á la Centella que su suerte quedaba á mi cargo, volvíme á mi alojamiento donde Esteban, que también habia escuchado los gemidos, me esperaba intranquilo y lleno de zozobra.

Contéle lo ocurrido y á seguida me fuí á ver al Cardenal, que se levantaba muy temprano para hacer sus oraciones; y no fué inútil mi visita, pues cuando llegué ya se hallaba fuera del lecho.

Consultéle el caso, y aprobó mi determinacion, aconsejándome enviase á la Centella á vivir con mi tía para que ésta cuidase de su educacion.

CAPÍTULO XXII

Una acción noble

Volvíme lleno de regocijo á la posada, y ordené á Esteban, que era el depositario de mis dineros, fuese á pagar á los zingaros lo estipulado, trayéndose á la Centella.

Llamé luego á la mesonera, encargándole me proporcionase unos vestidos nuevos y decentes para mi protegida, y que además la preparase alimento abundante.

Cuando la Centella estuvo en mi presencia, arrojóse á mis plantas y me cogió las manos, cubriéndolas de besos y lágrimas.

—¿Señor!—me dijo—qué bueno erés. Desde hoy la pobre zingara será tu esclava.

—No se trata de eso, querida niña. Hoy mismo vas á marchar en compañía de éste mi ser-

vidor á Alcalá de Henares, donde en la actualidad se halla una tía mía, dama de la Reina. En su compañía vivirás bien y contenta, pues ella es una noble señora, y nada te faltará.*

Una nube de tristeza cruzó por la frente de la Centella, que me contestó con acento acongojado:

—¡Me arrojas de tu lado! ¿Te mancha mi contacto y por eso me separas de tí?

—No, hija mía—repuse estrechándola cariñosamente en mis brazos;—pero aquí no puedes seguir, pues estamos hombres solos. Además, yo te aseguro que muy en brève* regresará la Corte á Madrid, y entonces ya no nos separaremos nunca.

Tranquilité á la Centella, y aquella misma tarde, vestida decentemente y bien acomodada en una poderosa mula, partió en compañía de Esteban, quien llevaba una carta para mi tía, á la que rogaba mirase á la zíngara como cosa suya, educándola y enseñándola los misterios de nuestra Santa Religión, y añadiendo que no tuviese inconveniente en tomarla á su servicio, pues era digna de su cariño.

Acompañé á los viajeros hasta la sierra, y allí me despedí; la Centella, mientras no me perdió de vista, fué saludándome con el pañuelo, hasta que desaparecieron en las revueltas de la montaña.

CAPÍTULO XXIII

La muerte del Rey

La salud del Rey había decaído mucho en los últimos días, y su carácter fué agriándose hasta tal punto, que no era posible estar en su presencia sin sufrir, por la cosa más mínima, una serie de diatribas.

Cansado el Rey de la vida errante que llevábamos hacía cerca de un mes, decidió volver á la Corte; mas cuando llegamos á Madrigalejo, Don Fernando se encontró tan enfermo, que hubo de buscar en el lecho el reposo que sólo debía encontrar en el sepulcro.

Hospedábase el Rey en una modesta casa, perteneciente á los frailes del Monasterio de Guadalupe.

Los médicos de cámara, que eran Galíndez

y Ludovico Marliani, opinaron que el estado del Rey era gravísimo, acordando desde luego aconsejar al augusto enfermo tomase sus últimas disposiciones, y avisar á la Reina para que viniese en seguida al lado de su esposo. Esto último se hizo, desde luego, sin contar con el enfermo.

Consultado el caso con el Infante Don Fernando, se designó á éste para explorar el ánimo de su augusto abuelo, en lo relativo al primer punto; pero aquél no se atrevió, opinando que antes debía la medicina poner en práctica todos los recursos para salvar al enfermo.

Los médicos le extrajeron gran cantidad de agua de las piernas y el vientre, que presentaban gran hinchazón, con lo cual amenguó no poco la fatiga que sentía el anciano Monarca.

La fiebre había disminuído; y aunque el Rey no pudo abandonar el lecho, comenzaron á sonreír en algunos días para sus fieles servidores nuevos horizontes de esperanza, que presto habían de antublarse con celajes de tristeza.

La hinchazón volvió á desarrollarse con gran fuerza, y entonces los médicos dieron por perdida su causa.

Desde aquel momento ya no se pensó más que en aconsejar al Monarca dispusiese sus últimas voluntades, así como que encomendase su alma á Dios.

Perplejos se hallaban los Consejeros de S. A. sobre quién había de hablar al Rey de tan graves asuntos, pues el Infante Don Fernando no se atrevía, cuando resonaron fuera de la casa gran tropel de caballos y ruido de voces.

Asomámonos á las ventanas, y una misma exclamación se escapó de todos los labios:

—¡La Reina!

Efectivamente, Doña Germana acababa de llegar con escaso acompañamiento.

Bajé presuroso la escalera para recibirla, pues así era mi obligación, y al verme sonrióse melancólicamente, murmurando:

—¿Y el Rey, mi señor?

—El Rey, señora—repuse inclinándome—se encuentra bastante grave; tal vez la presencia de V. A. le torne á la salud.

Al oír estas palabras, que á la Reina debieron parecer un sarcasmo sangriento, clavó en mí sus hermosos ojos; pero al notar que no estábamos solos, se contuvo.

Noté á la Reina horriblemente pálida, y la blancura de su semblante resaltaba más con el color negro de su traje.

El Cardenal de España y el Duque de Alba la esperaban en lo alto de la escalera, y conducida de la mano por este último, penetró en la humilde habitación donde su esposo yacía.

Aunque la Reina y los que la acompañaba-

mos procuramos hacer el menor ruido posible, el Rey volvió trabajosamente la cabeza, y al reconocer á su consorte exclamó:

—¡Señora! ¿Vos aquí? ¡Dios sea loado, pues venís á acompañarme!

Doña Germana cayó de rodillas acongojada, y besó la flaca y temblona mano que su esposo la tendía.

Pasadas las primeras demostraciones de dolor, se propuso á la Reina en un espacio de tiempo en que Don Fernando quedó traspuesto, decidiese al Rey á disponerse para el trance supremo.

Aunque Doña Germana opuso no poca resistencia, consintió por fin, y aquella noche, en un momento en que los regios cónyuges se hallaban solos y Don Fernando más despejado, planteóse la cuestión.

Escucháronse luego grandes sollozos de la Reina, y temiéndonos una catástrofe penetramos varios servidores en la estancia; pero el Rey mismo se encargó de tranquilizarnos, exclamando con triste resignación:

—Señores, esto se acabó. Dios ha dispuesto de mi vida y pronto tendremos que separarnos. Mañana, si Dios no dispone otra cosa, deseo que mi Notario Mayor y vosotros, mis buenos servidores, esteis aquí para dejar arreglados mis asuntos en la tierra; pero antes quiero confesarme y recibir el cuerpo del Redentor.

Sacóse á la Reina acongojada y se la condujo á su habitación, quedándonos velando aquella noche el Infante Don Fernando, el Marqués de Denia y yo.

Al día siguiente, y cuando ya penetraba por las ventanas un alegre sol de invierno, llegó á la regia alcoba el confesor de Don Fernando Fray Tomás de Matienzo, de la Orden de Santo Domingo, con el cual estuvo descargando su conciencia; después, con gran recogimiento y respeto, recibió el Pan Eucarístico que el mismo Fray Tomás le dió.

Luego S. A. manifestó deseos de hacer testamento, y cuando la Reina lo supo quiso penetrar junto á su marido, pero los Consejeros de S. A. se opusieron con gran entereza, so pretexto de que acaso la presencia de Doña Germana atribulase al Rey.

Bien pronto llegó el Proto-notario Mayor Miguel Velázquez, que se colocó al lado del lecho en una mesilla que al efecto se puso. Hallábase, además, en la habitación Don Fadrique Enríquez, Almirante de Castilla; Don Bernardo Rojas y Sandoval, Marqués de Denia y Mayor-domo Mayor; Don Fadrique, Obispo de Sigüenza; Mosen Luis Sánchez, Tesorero general; Juan Velázquez, Contador Mayor; Pedro Sánchez Calatayud, Camarlengo; Mosen Mayor Cabrero y yo.

Acompañando á la Reina habían quedado el Infante Don Fernando, el Cardenal de España, el Duque de Alba y la Duquesa de Cardona.

Cuando el Rey se vió rodeado de todos sus fieles é íntimos servidores, prorrumpió con débil voz, pero perfectamente inteligible, gracias al profundo silencio que reinaba en la habitación:

—Sé de cierto, señores, que Dios en sus inexcusables designios, ha señalado mi última hora; y para que yo vaya á Su presencia con el ánimo libre de remordimientos y de cargos, quiero dejar terminados mis asuntos en este valle de lágrimas, con bien de todos los que leales me han sido y con perdón para aquellos que me ofendieron.

El Rey se detuvo un momento, pues le ahogaba la fatiga, y después continuó:

—Vosotros sabéis lo que quiero á mi nieto Don Fernando de Aragón; y como me inspira confianza absoluta, he pensado encomendarle las riendas del gobierno en ausencia de su hermano Carlos.

—Perdone V. A., señor—repuso el Marqués de Denia—pero como leal vasallo vuestro debo manifestar mi opinión con la mayor franqueza.

—¡Cómo!—repuso el Rey.

—Señor, el Infante Don Fernando es muy joven todavía, y los pocos años son germen de

ambiciones. ¿Quién sabe, señor, si con el tiempo esas ambiciones harían brotar rivalidades entre dos hermanos que ensangrentaran el suelo de Castilla en civil contienda?

El enfermo se detuvo á reflexionar un momento, y luego preguntó medio convencido:

—¿Pues á quién dejaré la regencia?

El Marqués de Denia repuso prontamente.

—A Cisneros, Arzobispo de Toledo.

El Monarca hizo un gesto de disgusto, pero en seguida replicó:

—Bien está: es ciertamente muy buen sujeto y de rectas intenciones; no tiene amigos ni parientes importunos á quien ensalzar; todo lo debe á la Reina Doña Isabel y á mí, y así como hasta aquí ha sido fiel á nuestra familia, espero que continuará siéndolo en adelante.

Pero no me negareis siquiera—añadió cambiando de tono—ya que á mi muy amado nieto Don Fernando no le deje otro cargo importante, que le confiera los grandes Maestrazgos de las Ordenes Militares.

—No seré yo ciertamente, señor—repuso el Almirante de Castilla—quien aconseje á Vuestra Alteza semejante medida; el Infante, con su sano criterio, comprenderá el primero que semejantes dignidades son muchas para un súbdito.

—Dejad, señor, terminada la grande obra

que emprendísteis con la Reina Doña Isabel (que santa gloria haya), y no destruyais la unidad del Reino con desmembraciones.

El Rey dejó asomar una lágrima á sus apagados ojos, y exclamó:

—Fernando quedará entonces muy pobre.

El Obispo de Sigüenza contestó:

—Tendrá el amor de su hermano, que es el mejor legado que V. A. puede hacerle.

Volvióse el Monarca hacia su Notario, y le dijo:

—Poned el encabezamiento que sabéis, pues no es este el primer testamento que hago con vos, y leédmelo después, que yo os dictaré:

El Notario comenzó á escribir con mano rápida y los demás guardábamos profundo silencio, interrumpido solamente por los rezos del enfermo.

Cuando hubo terminado, volvióse hacia Don Fernando, y después de pedirle permiso, leyó con voz clara lo siguiente:

«En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, el cual por la salud y redención de la natura humana en el vientre de la siempre Virgen Santa María Nuestra Señora se quiso encarnar, y en el árbol de la Vera Cruz el suplicio de dura é cruda muerte padecer, é muriendo la muerte nuestra destruyó, é resuscitando la vida, reparó.

En el cual, en la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, un solo Dios verdadero que vive y reina para siempre jamás firmemente creemos.

Sea á todos manifiesto que Nos, Don Fernando, por la gracia de Dios, Rey de Aragón, de Navarra, de las Dos Sicilias, de Jerusalém, de Valencia, de Mallorca, de Cerdeña, de Córcega, Conde de Barcelona, Duque de Atenas é de Neopatria, Conde de Raysellón, de Cerdeña, Marqués de Oristán é de Gociano.»

— Todos esos honores — interrumpió Don Fernando con apagada voz — bajan conmigo al sepulcro.

Luego fué dictando al Notario las diferentes cláusulas del testamento, en el cual disponía, entre otras cosas, que se le enterrase con la Reina Doña Isabel en Granada.

Dejaba todos los ornamentos de su capilla, que eran costosísimos á los monjes del Monasterio de Poblet, donde se hallaban enterrados sus padres.

Disponía se dijeran diez mil misas en descargo de su alma y la de la Reina Isabel, así como que se dieran vestidos á cien pobres.

A Doña Germana, por el mucho amor que la había profesado y por la fidelidad y sumisión que ésta le había guardado, dejaba la ciudad de Zaragoza de Sicilia, cuyas rentas al año eran

de diez mil florines de oro, además las villas de Tárrega, Sabadell y Villagrasa sin rentas.

Asimismo la señalaba siete mil ducados sobre la Aduana Mayor de Nápoles, tres mil ducados sobre la renta de las pécoras, otros tres mil sobre la fecria de Lanchano, y sobre la Comisaría de la Tierra de Labor, cuatrocientos cincuenta y cuatro ducados corrientes, dos tarines y catorce granos; en total treinta mil florines de oro.

Además la legaba cinco mil ducados de oro sobre Basilicata en el Realme de Nápoles.

A su hija la Reina Doña Juana dejaba Aragón, Castilla, Indias, África y todos los Marquesados y Señoríos; y atendiendo á su incapacidad, nombraba para regir á tantos reinos á su nieto D. Carlos de Austria; y mientras éste no llegase á España, encomendaba el gobierno á D. Francisco Ximénez de Cisneros, Arzobispo de Toledo, Cardenal de España y Canciller Mayor.

A su nieto Don Fernando dejaba las ciudades de Tarento, Cotrón, Samantea, Tropea y Galípoli con las rentas anejas á estas poblaciones.

Otros muchos legados dejaba, de menor importancia para sus demás parientes.»

Cuando el Notario hubo terminado de escribir, dió lectura al testamento, que se escuchó

en medio del más religioso silencio, y después se presentó al Rey para que lo firmase, cosa que hizo con sumo trabajo, pues hubo que sostenerle y llevarle la mano.

Vencido, sin duda, por tanto esfuerzo, cayó pesadamente en el lecho, y comenzó la agonía. Entonces se avisó á la Reina, que se presentó en seguida acompañada del Cardenal Cisneros.

Ambos cayeron de rodillas ante el lecho del moribundo; y el Cardenal, acompañado del Padre Matienzo comenzó á entonar las preces de los agonizantes.

A la escasa luz de dos cirios, colocados por los frailes de Guadalupe ante un gran crucifijo, hubieran podido verse los rostros contraídos por el dolor y la ansiedad de aquellos leales servidores que contemplaban moribundo al que bajo su férrea mano había sujetado tantos y tan dilatados reinos.

Hasta yo, que ciertamente no podía estar muy agradecido al Rey, sentí mis ojos humedecerse por una lágrima, lágrima de perdón y olvido, y de remordimiento á la vez.

Las horas de la noche corrían, y el enfermo iba acabándose por momentos.

A la una de la noche el enfermo abrió los ojos, los giró precipitadamente por la habitación, acaso para despedirse de los que rodeaban su lecho, ya que su lengua se negaba á

articular sonido alguno, y los volvió á cerrar.

Acercóse uno de los médicos, y pulsó al enfermo; después volvióse á los circunstantes, y dijo con acento conmovido á la Reina:

— Señora, V. A. es ya viuda.

Los sollozos reprimidos brotaron al fin con inusitada violencia, y al escuchar los de la Reina viuda sentí subir á mi rostro algo así como vergüenza, y en el alma una impresión parecida á repugnancia y asco.

Mientras esto pasaba en la alcoba mortuoria, el Almirante de Castilla se asomaba al balcón de la casa, gritando á las tropas formadas en la plaza.

— ¡Castilla y Aragón por Doña Juana y Don Carlos de Austria!

CAPÍTULO XXIV

Doña Juana la Loca

Cundióse la noticia de la muerte del Rey con la celeridad del huracán. Por todos los caminos y veredas que conducían á Madrigalejo comenzaron á llegar multitud de hombres de armas, hidalgos, aventureros y curiosos.

Instalóse la cámara ardiente en la misma alcoba donde había fallecido Don Fernando, dando la guardia al cadáver cuatro Grandes de España; al pie del féretro oraban constantemente seis frailes del monasterio de Guadalupe.

La Reina estaba recogida en su aposento, y rodeada de las damas que la habían acompañado.

El Cardenal convocó á los Consejeros de Cas-

tilla para tomar las primeras disposiciones relativas al plan de gobierno y conducción del cadáver del Monarca á Granada.

Decidióse enviar emisarios á Madrid, Barcelona, Zaragoza, Valladolid, Salamanca y otras poblaciones; al mismo tiempo quedó decidido enviar á la Reina Doña Juana, que se hallaba en un convento de Tordesillas, una persona que le diese cuenta del fallecimiento de su padre.

Por último, acordóse publicar una pragmática para convocar á Cortes, con el fin de encauzar desde luego la nave del Estado.

Terminado el consejo, que duró más de seis horas, fuí llamado á la presencia del Cardenal.

Hallábase solo en aquél momento y con la cabeza apoyada entre las manos; parecía sumergido en profundas reflexiones. Al ruido que la puerta hizo al abrirse levantó la cabeza, y al reconocerme, saludóme sonriéndose, diciendo:

— ¡Hijo mío! ¡Cuán cierto es que el Supremo Hacedor purifica á sus siervos poniendo á prueba su paciencia y mansedumbre!

Yo siempre he sido aficionado á la vida retirada y ascética; y Dios, con su poder infinito, arroja sobre mis hombros la pesada carga del Gobierno de España.

Yo, que por voluntad del Rey Don Fernando (Q. S. G. H.), soy Gobernador del Reino,

he de probar á mis amigos y adversarios que sirvo para ello; á los unos para protegerlos y á los otros para corregirlos.

Pero vamos á lo que importa. Vas á partir al momento con dirección á Tordesillas para comunicar á la infelice Reina Doña Juana la noticia del fallecimiento del Rey; y aunque supongo que su inteligencia continuará sumida en las negras sombras de la locura, procura prepararla para la infausta nueva.

Tan luego como termines tu cometido, te dirigirás á Madrid, donde te necesito.

El Cardenal al terminar estas palabras me alargó su mano, que besé con respeto.

Aquél mismo día, acompañado de un soldado de la Guardia Real, pues Esteban aun no había regresado, salimos con dirección á Tordesillas.

Ya era muy entrada la noche cuando llegamos á la población.

El convento destacaba su negra silueta sobre el fondo clarísimo del cielo alumbrado por la luz de la luna, cuyo rojo disco asomaba por el horizonte.

Desmontamos y mi subordinado se adelantó á coger el aldabón de la maciza puerta, que al chocar con la ferrada chapa repercutió en el interior del convento y en las callejuelas inmediatas.

Después de un buen rato abrióse un ventanillo que sobre la puerta estaba, y una voz gangosa preguntó:

—¿Quién va allá?

—Enviado de la Corte.

—¿Qué desea á tales horas el emisario?

—Hablar con S. A. la Reina Doña Juana.

—Malas horas son estas para conversar con tan egregia dama.

—¿Y qué os importa á vos, majadero?—repuse amostazado. —Abrid, vive el cielo, ú os pesará.

—Iracundo es el hidalgo; tenga paciencia que allá voy.

Todo volvió á quedar en silencio, pero al poco rato resonaron en el interior del convento unos pasos tardos al mismo tiempo que se escuchaba gran ruido de llaves. Descorriéronse los cerrojos y la puerta rechinó sobre sus goznes.

Lancéme al interior apenas se abrió el portón, y encarándome con un demandadero de semblante imbécil, que me puso delante de las narices un farolillo agonizante, repuse todo mohino:

—¿Os figurais, mentecato, que he venido á Tordesillas para sufrir vuestros interrogatorios?

—Dispensad, seor hidalgo—me contestó con-

fuso—pero todas las precauciones son pocas para...

—Guiadme á la presencia de la abadesa—le interrumpí.

Echó á andar delante, y bien pronto halléme ante el locutorio, á través de cuya reja estaba de pie una monja con el rostro cubierto por espesísimo velo.

—¿Es á la abadesa del convento á quien tengo el honor de hablar?—repuse descubriéndome.

—Servidora de vuesa merced—contestóme.

—Pues bien, señora, traigo la fúnebre misión de participar á la Reina demente el fallecimiento de nuestro muy amado Rey Don Fernando.

—¡Santo cielo! ¿qué decís?—prorrumpió la abadesa elevando los brazos.

—Lo que habeis oído.

—Cúmplase la voluntad del Todopoderoso.

—He aquí el salvo-conducto del Cardenal de España—dije mostrándole el que me había sido expedido para visitar á la Reina Doña Juana.

Tomólo la abadesa á través de la reja, volvióse de espaldas, alzóse el velo, y á la luz de un cirio que alumbraba un crucifijo, examinólo con atención y me lo devolvió diciendo:

—Sereis servido; y aunque es algo tarde, como la Reina duerme muy poco, la encontrareis levantada: quedad con Dios.

—Él os guíe.

De allí á poco presentóse otra vez el demandadero, que me condujo ante la entornada puerta que daba paso á la habitación de la regia demente.

Hallábase ésta en pie junto á una ventana, por la que penetraba la luz de la luna.

Al ruido de mis pasos volvió la cabeza y dijo poniéndose un dedo delante de la boca:

—¡Silencio! ¿No veis que vais á despertarle?

—¿A quién, señora?—repuse hincando una rodilla en tierra y besando la mano que me tendía.

—¿A quién ha de ser? A Felipe, el amado de mi alma. Ved, allí reposa—dijo señalándome el jardín del convento.

Me asomé, y bajo unos sauces, por entre cuyo follaje penetraba la luz de la luna argentada, divisé una sepultura.

—Sí, allí reposa—continuó Doña Juana—y yo vivo feliz en esta casa, pues sé que aquella maldita flamenca no me lo arrebatará.

Mientras hablaba así, contemplaba yo á la pobre loca, hermosa á pesar de sus sufrimientos y de su cabeza llena de hilos plateados.

Conservaba todavía su aire de majestad y su esbeltez de cuerpo.

Cuando la Reina dejó de hablar, preguntéla:

—¿Se acuerda V. A. de su augusto padre?

Doña Juana se detuvo un momento, como sumida en silencioso éxtasis, y luego dijo con voz entrecortada.

—Mi padre... ¡ah, sí!..., me acuerdo... ¿Y dónde está?

—Durmiendo—repuse.

—¿Como mi Felipe?

—Sí, señora.

—¡Ah! pues no le despertéis; es el sueño más dulce. Yo también tengo muchos, muchos deseos de reposar allí, junto aquél lecho donde sólo se escuchan sonrisas de ángeles, gorgoros de pájaros, y se aspira el perfumado aliento de las flores.

—Es, señora, que de ese sueño no se despierta jamás.

—¿Y qué importa? A ese sueño es á lo que los necios llaman muerte, pero que es la vida de los ángeles.

—Y bien, señora, si vuestro augusto padre durmiera ese sueño que se llama muerte ¿iría vuestra alteza á regir los destinos de Castilla?

—¡Oh! Callad por Dios; yo no quiero más sino que me dejen rogar por mi marido.

—Es, señora—repuse, ya dispuesto á decir la última palabra—que vuestro padre ha muerto y V. A. es la llamada á regir la nave del Estado.

Callóse la Reina un instante, asomó á sus

ojos una lágrima silenciosa, que fué á perderse entre los repliegues de la toca, y repuso:

—¡Muerto! Como el amor de mis amores, como mi santa madre, como mis hermanos.

Y decidme — añadió cambiando de tono repentinamente — la campana de Velilla habrá lanzado sus proféticos sonidos como siempre que ocurre una desgracia en nuestra familia... Mirad, cuando murió mi amado Felipe cruzó el cielo de Norte á Sur una estrella de brillante cola; cuando falleció mi madre tembló la tierra... Y es que Dios sabe demostrar á los mortales quienes son sus elegidos... En fin, ¿á qué habeis venido, señor hidalgo?

—Señora—repuse conmovido— á comunicar á V. A. la infausta nueva y á manifestarle que están bajo vuestro cetro dos mundos.

—Pues bien—me contestó la Reina con voz tranquila, no exenta de majestad.— Decid á mis vasallos que renunció la corona; que quiero vivir y morir en este retiro al lado de mi esposo; que me dejen en paz, porque sólo me resta rogar á Dios por mi Felipe. Id con Dios.

Y Doña Juana me indicó con el dedo la puerta de la estancia.

Inclinéme ante la majestad caída, besé por última vez la mano que me tendía febril y descarnada, pero de forma tan correcta como la de su madre, y salí de la habitación.

CAPÍTULO XXV

Las veleidades de Germana y los arranques de Cisneros

Lleno de polvo y de cansancio subía las escaleras del palacio del Cardenal, cuando topé con Esteban que bajaba.

Abríle los brazos, y él me oprimió entre los suyos con tal fuerza, que estuvo á punto de ahogarme.

—¡Por Santiago! que ya tenía ganas de veros. ¿Qué quereis? no me acostumbro á vivir sin vos. Y en cuanto á esto no me va en zaga su eminencia, pues cada instante no hace más que preguntar si habeis regresado.

Vuestra recomendada llegó con felicidad; y por cierto que bien satisfecho podeis estar con vuestra señora tía, pues trata á la Centella

con tal cariño y consideración, que más parece hija suya. La ha vestido con las mejores galas, que sientan á vuestra protegida á las mil maravillas, y la hacen aparecer tan hermosa que un santo pecara con ella.

— Sorpréndenme agradablemente esas nuevas que me das — repuse conmovido; — ve y participa á Doña Isabel mi llegada.

Esteban se fué á cumplir mi encargo y yo subí con gran prisa las escaleras para saludar cuanto antes á mi protector.

El paje, que se hallaba en la antecámara, apenas me vió se dirigió presuroso á levantar la pesada cortina de la puerta de entrada á la cámara del Cardenal, inclinándose ante mi paso.

Tan luego como el prelado (que se hallaba conversando con el Cardenal Adriano de Utrech) se enteró de mi presencia, levantóse y vino á abrazarme.

— Hijo mío — exclamó — ¿qué nuevas me traes de S. A.?

— Las peores, señor: aquella inteligencia vive en profunda oscuridad y sus palabras últimas han sido que renuncia á la corona y que sólo desea la dejen en aquel retiro para rogar á Dios por su espeso.

— ¿Y bien? — dijo Fray Ximénez volviéndose hacia el de Utrech. — ¿Qué decís de esto, amigo

mío? Creo que lo más procedente es contar desde luego con el Príncipe Don Carlos, al que proclamaremos Rey.

—Opino como vos—contestó Adriano.—Y como el caso estaba previsto, traigo de mi augusto discípulo plenos poderes para gobernar el reino en su ausencia.

Ví cruzar un relámpago de ira por las negras pupilas del Cardenal Cisneros; pero fué tan rápido, que un momento después contestó con voz reposada á su interlocutor:

—Desgraciadamente esos poderes no pueden ser válidos por haber sido otorgados por el que en todo caso no es aún más que el hijo de la Reina de Aragón y Castilla.

Es menester que os persuadais que yo, como nadie, rindo un culto especial al cumplimiento del deber; y como Don Fernando V tuvo á bien nombrarme Gobernador de estos reinos, no haré otra cosa que lo que su última voluntad y la de la nación me ordenen.

Era tan terminante el acento con que el Cardenal Ximénez pronunció estas palabras, que el de Utrech no supo qué contestar.

Volvióse el Cardenal hacia mí, y me dijo con acento jovial:

—Tengo que darte una buena noticia: tu protegida ha sido ayer bautizada por mí con el nombre de María; tu tía la ha apadrinado en

nombre de la Reina, que ha mostrado deseos de conocerla.

—¡La Reina!—repuse asombrado.

—Sí, la Reina, á quien han contado la historia de la pobre niña y tu generosa conducta con ella.

No sé por qué, sentí un malestar inexplicable, y lamenté que Doña Germana terciase en el asunto.

Abstraído me quedé un momento en mis reflexiones, cuando vino á sacarme de ellas el Cardenal Ximénez, que con movimiento rápido se dirigió á la mesa tras de la cual se hallaba sentado Adriano de Utrech, y arrancándole un documento en el cual se hallaba firmando, gritóle con potente voz:

—¡Permitidme, señor Dean! Sabed que en ningún documento público habeis de poner vuestra firma antes que la mía; tengo carácter y entereza suficiente para imponeros é imponer á todo el que me desobedezca el poder de mi autoridad. Oidlo bien, y para que veais como entiendo yo el poder, mirad.

Y Cisneros rasgó con ímpetu el documento que tenía en la mano, que según supe era la pragmática convocando á Cortes.

El Dean de Lovaina quedóse confuso y contestó balbuceando:

—Dispensad, yo creía...



—Siento, señor Dean, que me obligueis á dar estos espectáculos tan desagradables para vos como para mí; y confío en que no volverán á repetirse.

Mi posición era tan violenta entre aquellos dos hombres que se disputaban la supremacía del gobierno, que decidí marcharme boníticamente, y pedí permiso al Cardenal para retirarme con el fin de saludar á la Reina, después de pasar á las habitaciones de mi tía, porque la verdad, tenía grandísimos deseos de ver con susnuevos atavíos á mi protegida.

Fuíme á casa, mudéme de traje y me encaminé á la regia mansión donde Doña Germana debía estar llorando tristezas de la viudez.

Subí las escaleras, desiertas entonces, así como las antesalas, que se hallaban silenciosas y abandonadas.

Después de una hora de espera, que ya me tenía impaciente, conseguí pasar á la regia cámara, encontrándome á Doña Germana completamente sola.

—Señora— dije inclinándome.—Séale permitido á un humilde servidor de V. A. llorar también la muerte del que supo ser un padre para sus vasallos y un buen esposo para V. A.

—Acercáos, Don Luis,—contestóme la Reina con voz alterada—acercáos y oidme bien lo que voy á deciros: parece que poneis especial em-

peño en atormentarme. ¿Qué significan esas frases ampulosas, esas protestas de dolor, si entre vos y yo no media secreto alguno? ¿No sabéis que ningún amor profesaba á Don Fernando, y no sé yo que vos tampoco debíais amarle gran cosa, puesto que estuvísteis no há mucho expuesto á perder la vida en una asechanza que él mismo os tendió?

—¡Señora!...

—¿Oh! No me vengais con inútiles exclamaciones. No es tiempo ahora de arrepentimientos ni acriminaciones. Vos me habeis dicho que me amabais, y yo...

—¡Señora!...—volví á repetir, pues me hallaba como sobre áscuas, temeroso de que alguien escuchase nuestra conversación.

—¡Cuán cambiado estais, Don Luis!—contestóme la Reina.—Bien se descubre en vos al vasallo; pero no me recuerda al apasionado doncel que me acompañaba por la Casa del Campo! ¡Ya sé yo á qué atribuir esta mudanza! Preguntadlo si no á esa doncella, hermosa por cierto, muy hermosa, os lo confieso con rabia, que habeis recogido, á la que dispensais vuestra protección, y tal vez vuestro amor. Felizmente para vos, yo partiré bien pronto de España y os dejaré libre; á menos—añadió de de una manera apasionada—que no querais acompañarme...

—Señora,—repuse, acordándome de los consejos de mi protector—agradezco á V. A. esa prueba de aprecio ó de amor; pero mi puesto está en las filas de estos soldados, que en breve tendrán, acaso, campo donde conquistar nuevos laureles; por lo demás, mi corazón y mi alma irán con V. A.

—¡Mentís!—replicó la Reina con ímpetu.—Vuestro corazón y vuestra alma son para la zíngara.

—¡Ah!—dije verdaderamente sorprendido.—¿Cree V. A.?...

—¿Pues qué halláis de particular en eso? ¿No os amo yo?

Ofendióme aquel arranque orgulloso de la Reina, así es que repliqué:

—Señora, yo soy hijo de un hidalgo, cuya honra inmaculada no se atrevió á mancillar ni el mismo Rey.

—Eso de la honra inmaculada—repuso la Reina con acento irónico—no lo direis por vuestro ilustre tío Don Pedro Navarro, quien después de la batalla de Rávena ofreció sus servicios á mis compatriotas.

—V. A. menos que nadie—contesté en seguida—puede hacerme cargos, toda vez que vuestro augusto tío Luis XII aceptó sus ofrecimientos.

Además el Conde de Olivete supo elevarse

desde la humilde condición de mozo de espuela del Cardenal Don Juan de Aragón á ser el hombre de confianza de Pedro de Monte, capitán florentino, y más tarde un poderoso auxiliar del Gran Capitán; y aquel hombre, enemigo siempre del blando ocio y que no cesó de servir á su Rey, cayó prisionero en la batalla que V. A. acaba de recordar, después de batirse temerariamente con los lausquenetes, sin que su Rey se acordase jamás de rescatarle. Aparte de esto, no crea V. A. que dejaré de pedirle cuenta de su felonía; y tan luego como la ocasión se me presente, vengaré el ultraje que á mi apellido se infiriera.

Era tan despreciativo y arrogante el gesto de Doña Germana durante mi peroración, que comprendí lo violento de mi situación, y demandéla permiso para retirarme.

—Idos en buen hora—me contestó sonriente—y recibid mis plácemes por el hallazgo que habeis tenido.

No contesté á la Reina, cuyas últimas palabras marcaban una profunda ironía, y saliendo de la regia estancia con el firme propósito de no volver á pisar jamás sus umbrales ni conversar con aquella augusta dama, tan voluble y tan encantadora.

El Cardenal se encargó de ayudarme á dar cumplimiento á mis intenciones, pues algunos

días más tarde se publicó una pragmática suprimiendo la Real Guardia, encargando el servicio de custodia de la Reina Germana á los alguaciles del Santo Oficio.

Cisneros como Gobernador

CAPÍTULO XXVI

Cisneros como Gobernador

Encaminéme con ánimo gozoso á las habitaciones de mi tía y lleno de halagüeñas ilusiones.

Algunos instantes después, Doña Isabel me estrechaba entre sus brazos.

—Te vas á sorprender agradablemente —me dijo— cuando veas á María, que está loca de contenta desde que sabe tu llegada.

—Os doy gracias, querida tía, por vuestras bondades—repuse abrazándola.—Id y traedme á mi protegida, á quien tengo vivísimos deseos de saludar.

Mi tía, por toda contestación, dirigióse á una puerta y levantó el cortinaje, apartándose para dejar paso á María, que con deliciosa sencillez

se dirigió hacia mí y me dijo presentándome su frente para que estampara en ella un beso:

—Señor, has vuelto y contigo torna la luz á mis ojos. Manda á tu sierva, que seguirá tus huellas como el perro fiel.

—Hija mía—respondí—desecha esas ideas; los caballeros españoles no reconocen otra esclavitud que la del amor.

—Y bien, señor—me contestó oprimiendo mis manos entre las suyas.—¿Quién te ha dicho que yo no te amo? Las mujeres de mi raza se impresionan profundamente con un rasgo de valor, de generosidad ó de hidalguía. Tú has hecho cambiar la faz de mi existencia; tú has abierto un punto de luz esplendorosa en las negras tinieblas de mi vida.

—Señora—añadió volviéndose hacia mi tía; —tal vez encontrarás extraña mi franqueza, mi ingenuidad; pero educada en la libertad, atravesando una existencia nómada y errante, sin más rey que el jefe de mi tribu y sin otra valla que mi propio recato, sólo sé decir lo que siento. Réstame aún adoptar vuestras formas y aprender vuestras farsas palaciegas.

No pude menos de sonreirme al escuchar á María, que mientras hablaba con una volubilidad encantadora, clavaba en mí su mirada límpida y serena.

Estuve un gran rato departiendo agradable-

mente con Doña Isabel y con María, hasta que me retiré para volver al palacio del Cardenal.

Cuando penetré en la antecámara de éste, sorprendiome inusitado movimiento, gran ir y venir de gentes, entre los que pude reconocer al Marqués de Manglano y al Conde de Cervilla, muy conocido por sus ideas, siempre en abierta oposición con las de Cisneros.

El de Manglano, en medio de un corrillo de oyentes apasionados, peroraba con gran calor y decía:

—Nada, señores. El Cardenal cree que desde luego puede proclamarse al Príncipe Carlos por Rey de España, y esto no debe consentirse. Tenemos aún á la Reina Doña Juana, que no está tan loca como muchos creen, os lo aseguro.

Indignéme la seguridad con que aquel mentecato hablaba del estado de la desventurada hija de Don Fernando; así es que no pude contenerme, y repuse en alta voz:

—Bastante sabreis vos de eso; y si no temiera ofender á los señores que os escuchan, os diría que teneis grandes condiciones para hacerlos entender de los tontos.

Al escuchar estas palabras, abrióse paso el de Manglano, trémulo de ira, y dijo con airado acento.

—¿Y quién sois vos, que así os mezclais en asuntos ajenos?

—Eso es lo que no os importa—repuse montando en cólera.—Sabed, no obstante, que no os cedo ni en limpieza de sangre ni en ánimo esforzado. Y por lo que importaros pueda, os diré que no há cinco días tenía el honor (que tal vez no hayais tenido en vuestra vida) de conversar con la augusta dama, que á pesar de cuanto digais, vive en incurable demencia.

El de Manglano llevó la mano á la cruz de la espada y yo hice lo mismo, cuando la puerta de la Cámara del Cardenal se abrió, dejando paso á éste, cuya elevada estatura se destacaba arrogante sobre el luminoso fondo de la estancia.

—¿Qué es esto, señores?—repuso con tono severo.

—Así apreciáis mi amistad, que convertís mi casa en mansión de rufianes?

Al escuchar el Cardenal adelantéme respetuosamente, diciendo:

—Señor, porfiaba el Señor Marqués de Manglano que lo conveniente para la nación era nombrar á Doña Juana para regir á España y desechar la opinión de V. E. de proclamar al príncipe Don Carlos; y yo trataba de convencerle de lo contrario, de manera que no volviere á dudar.

—¿Con que vos, Señor Marqués—dijo el Cardenal con acento irónico—opinábais en abierta contradicción conmigo? Pues servios pasar á mi cámara, donde os convenceré por completo de la razón que me asiste. Pasad también vosotros, señores,—añadió dirigiéndose á los demás.

Y penetró en la estancia seguido de todos. Dentro de ella había como unos veinte señores del Consejo de Castilla, entre los que reconocí al Almirante de Castilla, á los Duques de Alba y de Escalona, Marqués de Denia, Arzobispo de Granada y Obispos de Burgos y de Sigüenza.

—Señores — dijo el Cardenal con segura voz.—Yo, como vosotros, era opuesto al nombramiento del Príncipe Don Carlos para sucesor de Don Fernando (Q. S. G. H.) viviendo Doña Juana, pero su estado de trastorno mental la imposibilita en absoluto.

Ahora escuchad al Doctor Carvajal la exposición de los derechos que Don Carlos de Austria tiene al trono de sus abuelos.

Acto seguido el Doctor Carvajal comenzó á leer un capítulo de pruebas históricas remontándose á Alfonso VIII y Fernando III para venir á terminar en un elogio desusado de Don Carlos de Gante.

Profundo silencio reinó en la estancia durante este tiempo; pero apenas Carvajal dió

fin, cuando en ademán airado levantáronse el Almirante de Castilla y el Duque de Alba, exclamando este último:

—Mientras aliente, mientras tenga una gota de sangre en las venas, sostendré los derechos de Doña Juana al trono de Castilla. ¿No es verdad, amigos míos, que opináis como yo?

—Sí, sí,—gritaron varios.

Levantóse el Cardenal al oír esto, y dijo con voz atronadora .

—Aquí no se trata de decir vuestros pareceres, sino de mostrar vuestra sumisión: el Rey no há menester del voto de sus vasallos; pero pues que tan mal apreciáis sus bondades, mañana le haré proclamar en Madrid, y no dudo que las demás ciudades seguirán su ejemplo.

Mañana, pues,—siguió el Cardenal—os espero, señores. Ahora podeis retiraros.

Así acabó aquel consejo, precursor de grandes disgustos para el prelado ilustre que dedicó los últimos años de su vida al biénestar de su patria.

CAPÍTULO XXVII

Una enemiga invisible

Terminado el Consejo quedóse el Cardenal solo en su aposento, mandando retirar á sus más íntimos servidores. Sin duda aquel grande hombre quería buscar en la soledad la reconcentración de su pensamiento y el medio de sujetar á aquella nobleza turbulenta que desde los tiempos del feudalismo se revolvió indómita ante el poder de los Reyes.

Yo, no sabiendo en qué pasar el tiempo, encaminéme á palacio para ver á mi protegida y á mi buena tía Doña Isabel.

Cuando llegué encontréme á María en el jardín corriendo tras de Diana, hermosa lebrera de mi tía y á la que ésta tenía en gran estima.

Apenas vióme María, se dirigió á mi encuentro presurosa, y abrazándome me dijo con aire chancero:

—Adiós, señor hidalgo. ¿Venís á jugar conmigo? Cabalmente tengo muchos deseos de correr y saltar; quiero vencer á Diana, y eso que temo ser vencida, pues te confieso que no he visto jamás animal más ligero.

—Pláceme, hija mía—repuse—verte tan contenta; eso prueba que aquí te encuentras bien y que mi tía se esmera en hacerte feliz.

—¡Oh, sí, muy feliz, y sin embargo, ¿sabes por qué corro y grito como una loca? Pues para olvidarme de lo que me han dicho...

—¿Qué te han dicho?—repuse prontamente temiendo alguna asechanza de quien ocupaba un alto puesto.

—Pues que tú eras un veleidoso seductor; que hacías grandes protestas de cariño á las damas, pero que no bien te veías correspondido las abandonabas, riéndote de sus lloros.

—Yo bien sé—añadió cambiando de tono y dibujándose en su semblante una profunda melancolía—que no tengo derecho á tus explicaciones, y que soy un sér muy humilde para que tú me correspondas, pero...

Y María, apoyando su cabeza en mi pecho, rompió á llorar amargamente.

—¡Oh, qué infamia!—repuse verdaderamente indignado, pues comprendía la intención con que habían hecho aquellas malévolas confianzas á la pobre niña.

—¿Y quién te ha dicho?—la pregunté.

—No sé; una dama á quien encontré cuando bajé al jardín. Mientras yo jugaba, acercóse á mí y me preguntó con señaladas muestras de afecto quién era.

Yo se lo dije, y entonces me comenzó á hablar de tí y me contó lo que ya sabes.

—¡Oh! pues no lo creas, hija mía—dije á María, estrechándola las manos con efusión;—todo eso es una infamia que han urdido para entristecerte.

—¡Para entristecerme! ¿Pero á quién he hecho mal, Dios mío?

—Qué sabes tú de eso, pobre niña. Vamos, tranquilízate y no dudes de mi cariño.

—¿De veras? ¿No me engañas?—repuso ansiosamente la zíngara.

Puse de mi parte todos los medios para que se serenara y lo conseguí en parte.

Aquella noche volví á ver á mi tía y á María, pero la velada fué triste.

La zíngara no podía desechar de su mente las confianzas de la dama incógnita; y yo tampoco olvidaba que aquellas maquinaciones tendían á causarme un disgusto.

Procuré desde entonces estar sobre aviso y no cesar de ejercer una estrecha vigilancia cerca de María.

Retiréme á dormir muy preocupado, aunque bien ajeno de los graves acontecimientos que habían de desarrollarse al día siguiente.

CAPITULO XXVIII

Un crimen misterioso

El día anterior á este capítulo las primeras horas pasaban en el parque situado bajo las balcones del palacio del rey, así como los jardines y charcas tocando á dicho palacio. Allí las corrientes escumbaban, apareciendo en las piscinas y veredas y en el jardín en particular en disposición de salir al mundo exterior. El primer día de este mes de mayo en particular cuando en las charcas se veía la gran abundancia de peces, que sobre el agua se agitaban y se movían, se veían con frecuencia interrumpidos por el ruido de las aguas que caían de las cascadas y de las caídas de las montañas.

CAPÍTULO XXVIII

Un crimen misterioso

El día amaneció claro y espléndido; desde las primera horas resonaban en el parque situado bajo los balcones del palacio del Cardenal los parches y clarines tocando á diana.

Por los corredores escuchábase apresurado rumor de pisadas y voces, y yo no tardé mucho en ponerme en disposición de salir de mi habitación. Dirigíme á la del Cardenal, al que encontré orando y en hábito de franciscano, que nunca abandonaba, pues sobre él se ponía la púrpura cardenalicia.

No quise interrumpirle, y arrodillándome aguardé á que terminase sus oraciones.

Púsose al fin en pie, y al notar mi presencia exclamó:

—¡Ah! ¿Estabas ahí, hijo mío?

—Señor, esperaba órdenes de Vuestra Emi-
nencia.

—No eres tú, hijo mío—exclamó en tono som-
brío—quien debe recibirlas, sino esos nobles
turbulentos, á los que haré comprender no ne-
cesito más que este cordel para dominar el or-
gullo de los grandes de Castilla.

Y el Cardenal agitó entre sus descarnadas
manos el cordón que pendía de su cintura.

Una hora más tarde, Fray Ximénez, que des-
de el día antes había citado á todos los nobles,
salía de su habitación.

Cuando penetró en los salones, un murmu-
llo incomprensible recorrió las filas de los con-
currentes, murmullo que se trocó en profundí-
simo silencio, cuando el Cardenal dijo con voz
reposada:

—Señores, os he citado porque deseaba mos-
traros los poderes con que cuento para gober-
nar el reino y hacerme respetar.

—¿Y cuáles son esos poderes?—gritó osada-
mente el Duque del Infantado.

—Hélos aquí—repuso con presteza Fray Xi-
ménez, abriendo las puertas del balcón y se-
ñalando al exterior.

Agolpáronse los cortesanos al balcón, y pu-
dieron ver las tropas formadas en batalla, te-
niendo delante imponente fila de lombardas y

cerbatanas cargadas hasta la boca y con las mechas encendidas.

—Ahí los teneis, señores; esos son los poderes de que me ha revestido S. M. Católica. Con ellos gobernaré la España mientras nuestro señor no venga á tomar posesión del trono.

Yo me había colocado detrás de la fila de caballeros, que mudos y absortos contemplaban las fuerzas colocadas en la plaza del Parque, y observaba la sonrisa irónica que se dibujaba en los delgados labios del Cardenal, cuando sentí una mano posarse en mi hombro.

Volví apresurado la cabeza, y me encontré con Esteban, pero un Esteban distinto del que yo conocí.

Por su pálido y desencajado semblante corrían gruesas gotas de sudor, y su cuerpo temblaba de una manera espantosa.

—¿Qué sucede?—le pregunté lleno de emoción.

—Una gran desgracia... Doña María ha desaparecido... En su habitación se ha encontrado un rastro de sangre... es probable un crimen.

—¡Rayos y truenos! — exclamé. — ¡Vamos allá!

Y empujando á los cortesanos y saltando por las escaleras me encaminé á palacio.

Quando llegué á las habitaciones de Doña

Isabel, el espectáculo que se ofreció á mis ojos acabó de enfurecerme.

Mi tía era presa de un síncope, del cual no había vuelto desde hacía dos horas. Los criados estaban consternados y no sabían explicarme satisfactoriamente lo sucedido; únicamente uno de ellos me manifestó con frases entrecortadas que Doña Isabel, viendo que á la hora de costumbre María no había entrado á saludarla, procuró inquirir la causa, enterándose de que su protegida había desaparecido arrebatada violentamente.

Los muebles de la estancia se hallaban en completo desorden; un arca de gran valor estaba descerrajada; pero lo que me aterró fué un largo rastro de sangre que cruzaba la habitación, subía por la pared y terminaba en el alféizar de la ventana, donde había un pequeño charco.

La ventana estaba abierta y por ella entraba la brisa de la mañana, saturada de los aromas del cercano jardín.

Tanto yo como Esteban y los demás criados, contemplábamos silenciosa y tristemente las huellas de aquel crimen sin atrevernos á tomar medida alguna, cuando me pareció escuchar un gemido en el dormitorio de Doña María. Encaminéme apresuradamente á él y bajo el lecho descubrí á Diana, la lebrela de mi tía,

ensangrentada y agonizante; en un costado tenía una profunda herida hecha sin duda con una daga de hoja ancha.

El pobre animal, al reconocerme, movió débilmente la cola y me miró tristemente.

Dispuse en seguida que se avisase á un albéitar para que curase á Diana, con objeto de que lo antes posible pudiera el instinto de la lebrela servirme en las futuras investigaciones para descubrir el paradero de María.

Volví luego al aposento de mi tía, que ya había vuelto en sí, y que se arrojó en mis brazos llorando.

Procuré consolarla y asegurarla de que en breve descubriríamos el rastro del misterioso crimen, pues el Cardenal pondría en juego los poderosos medios de que disponía para conseguirlo, y me despedí, encaminándome con gran prisa al palacio de mi protector, sumido en tristes reflexiones, pues entonces comprendí cuánto me interesaba yo por aquella niña tan desgraciada y tan digna de ser dichosa.

CAPÍTULO XXIX

Primeras pesquisas

El Cardenal, á pesar de estar sobradamente preocupado con los asuntos del reino, tomó muy á pecho el asunto, poniendo en campaña los sabuesos del Santo Oficio, que nada pudieron descubrir, á no ser la huella de unos pies de grandes dimensiones que estaban en la tierra del jardín al pie de la ventana de la habitación de Doña María.

Aquellas huellas desaparecían un poco más allá, entre la menuda hierba que tapizaba el terreno.

La lebreña había sido reconocida por el albéitar y parecía en vías de curación.

En todos aquellos días no descansé ni un momento, procurando indagar, aunque inútil-

mente, el paradero de mi protegida, cuya desaparición seguía envuelta en el más profundo misterio.

Una idea bullía en mi imaginación, que no había conseguido deseciar por completo, y era que en el rapto de María tenía intervención alguna persona que ocupaba un alto puesto.

Fijo en esta idea, decidí quebrantar mi propósito de no hablar á Doña Germana, y me encaminé á palacio con ánimo firme de arrancar á la Reina viuda la declaración de su complicidad en el asunto, caso de que así fuese.

Conseguí después de un rato penetrar en la cámara real, encontrando á Doña Germana completamente sola, de pie y con el semblante extraordinariamente pálido, aunque tranquilo.

— ¡Hánme dicho que deseábais hablarme! ¿Qué deseáis?—repuso Doña Germana.—¿Qué puede hacer la pobre viuda olvidada por los ingratos á quien más prodigó sus mercedes?

— Señora — la contesté cayendo de rodillas—la viuda de Don Fernando tiene aún poder suficiente para devolver la tranquilidad á un corazón transido de dolor. Señora, ayer á la madrugada ha sido arrebatada violentamente, asesinada acaso, mi pobre protegida; yo, señora, la amo, la adoro con la vehemencia de un insensato, y puede V. A. estar segura de

que si descubriera al autor de tal infamia lo mataría delante del Rey mismo, le arrancaría la vida ante el altar donde se venera á Dios. Yo os ruego, señora, me ayudeis para descubrir el paradero de mi muy amada María ó creeré que V. A. es cómplice de ese crimen.

—¿Olvidais que soy aún Reina de Castilla?—me contestó Doña Germana tranquilamente.—¿Olvidais que cometeis un grave desacato con la que aún es vuestra Soberana, y que puedo llamar á mis servidores para que os entreguen al poder de la justicia?

—Por lo demás—añadió variando de tono—sé lo acaecido desde ayer mismo, y he dado, por mi parte, órdenes para que se esclarezca el hecho escandaloso llevado á cabo en mi mismo palacio. Yo, como vos, lamento el suceso y me asocio á vuestro dolor.

—Ah, señora, perdóneme V. A., pero amo tanto á esa pobre niña, que á la sola idea de perderla para siempre siento que invaden mi cabeza las sombras de la locura.

—¿Tanto la amais?—exclamó irónicamente Doña Germana.—¡Dichosa ella que así es correspondida!

Siento en el alma vuestra desgracia; y yo, que puedo ayudaros bien poco, dentro de breves días os podré auxiliar mucho menos, pues he decidido partir de España y trasladarme á

alguno de los Estados que en Italia me legó mi difunto esposo.

—Pues bien, señora,—la contesté.—Dejad un grato recuerdo más en este país antes de partir. Devolvedme á Doña María y os bendeciremos eternamente.

—Sois incorregible, mi buen servidor—exclamó Doña Germana;—seguis firme en la idea de que soy cómplice en ese crimen y me ofendeis. Afortunadamente para vos, creo que esas palabras os las dicta el estado de vuestra mente. Retiráos y no perdais la esperanza.

Salí de la regia estancia con el corazón más lleno de dudas que cuando penetré en ella y sin haber esclarecido el asunto.

Todos los días siguientes la justicia no descansó en sus pesquisas, y de las indagaciones resultó que la sangre que manchaba el pavimento era de Diana, que al querer defender á María había recibido, indudablemente del raptor, una puñalada en la misma ventana; que el pobre animal cayó inerte al suelo, y que algún tiempo después, arrastrándose trabajosamente, consiguió llegar hasta debajo del lecho donde la encontramos. Los agentes de la justicia confiaban que una vez curada la lebrella (cosa que afortunadamente no tardaría en suceder) podría ésta servir para seguir el rastro del raptor y su víctima.

CAPÍTULO XXX

La talabartería de Maese Requejo

Efectivamente, un mes después, Diana se hallaba restablecida, y desde luego se trató de ponerla en la pista, para lo que se le dieron á olfatear varios vestidos de Doña María.

El noble animal, apenas se la bajó al jardín, comenzó á dar vueltas en todas direcciones con muestras de visible inquietud, y poco después se precipitó con rapidez inconcebible en una dirección, siguiendo un rastro para nosotros desconocido.

Saltando por encima del césped y los arbustos, llegó la lebrela ante una puerta trasera de palacio que daba á la muralla, y allí se detuvo ladrando con furor y arañando la puerta.

Fué preciso dejarla franco el paso, y enton-

ces se puso en vertiginosa carrera por las callejuelas circunvecinas, perdiéndola bien pronto de vista.

Nos quedamos perplejos sin saber qué dirección tomar, y por último decidimos seguir á la ventura hasta dar con ella ó hasta que viniese á nuestro encuentro.

Desesperanzados de encontrarla, nos volvíamos los familiares del Santo Oficio (que eran los que me acompañaban), y yo hacia palacio, cuando la vimos aparecer dando brincos de alegría.

Diana ladraba sin cesar, dando pequeñas carreras y volviendo á nuestro lado; llegamos á una bocacalle y siguió el animal por ella; de cuando en cuando volvía la cabeza para ver si la seguíamos, y luego continuaba su marcha.

Decidimos ir en pos de ella hasta ver el sitio en que se detenía, lo que no se hizo esperar, pues en una plazoleta inmediata á la puerta de Balnarlú había una tienda, sobre cuya puerta se leía:

MAESE REQUEJO, TALABARTERO

Detúvose allí Diana y comenzó á ladrar con extraordinario furor, sin querer apartarse del lugar.

Tras breve deliberación acordamos penetrar en la vivienda, invocando la autoridad del Santo Oficio,

Uno de los familiares que me acompañaban, gritó desde la calle:

—¡Ah! de la casa! ¡Téngase al Tribunal de la Santa Inquisición!

Hubo un intervalo de silencio, hasta que resonaron en lo interior de la casa unos pasos tardos y pesados; abrióse luego la puerta, y un hombre de aspecto indefinible, de fisonomía salvaje, de complexión ruda apareció en el dintel.

—¿Qué quiere el Tribunal de la Santa Inquisición de un ciudadano honrado?—gritó aquel hombre con ronca voz.

No pude menos, al escuchar aquel sonido articulado que tenía algo del fragor del trueno y mucho del rugido de la fiera, de contemplar al desconocido.

Vestía un jubón de paño gris, lo mismo que su barba inculta y su cabellera larguísima y revuelta; era de estatura colosal y de formas atléticas; al mirarle se descubría en él algo que inspiraba horror y repulsión.

—¿Sois vos, Maese Requejo?—le preguntó uno de mis acompañantes.

—Servidor vuestro.

—Pues bien, en nombre del Santo Tribunal que represento, vamos á registrar vuestra casa.

—¿Y con qué objeto, señores?—dijo con calma el interpelado.

—Vais á saberlo—repuse yo.—Hace un mes próximamente ha sido robada de palacio una joven parienta mía. Esta perra, herida por el raptor sin duda, está ya curada, gracias al cuidado desplegado con objeto de que su olfato privilegiado siguiera el rastro del criminal. Se ha detenido ante vuestra puerta con inequívocas señales de haber encontrado lo que buscaba.

—Vamos, señores, que me inspirais risa—exclamó soltando una carcajada que parecía un rugido.—Nunca pude sospechar que el capricho de un can diera motivo para que la Inquisición allanara la morada de un hombre honrado.

—Eso ya lo veremos después—exclamó un tanto mohíno uno de los familiares.

—¿Quereis saber la causa del furor de esa lebrela? Pues voy á decíroslo.

Acostumbrado desde hace muchos años á vivir aislado, y poco dado por mi carácter á partir mi lecho con mujeres, no tengo más compañeros que un pequeño aprendiz que me ayuda en el oficio y un raposo que desde pequeño he domesticado y tenido en mi compañía; ese animal—añadió señalando á Diana—ha olfateado el zorro, y he aquí la causa de su rabia; ved ahora si teneis razón para acumularme ese crimen.

—No obstante lo que nos habeis manifestado, no opondreis dificultad á que reconozcamos vuestra vivienda—añadí yo.

—Como gustéis—contestó Maese Requejo, sonriéndose maliciosamente y dejándonos paso.

Diana, que había estado contenida por la presencia del talabartero en el umbral, al vernos penetrar en la casa, se precipitó en el interior de ella con inusitada violencia.

Aquella se componía de una habitación grande llena de efectos para la venta; después había dos aposentos más; uno que servía de dormitorio á Maese Requejo, y otro que estaba habilitado para cocina; por último, el corral, donde en un rincón y en un cajón de madera cerrado con una puerta enrejada, estaba el raposo, que al ver á Diana erizó el pelo y comenzó á gañir lúgubrementemente.

Procedimos luego á un minucioso registro de la casa, pero nuestras pesquisas fueron infructuosas.

Diana, sin embargo, no quería apartarse de la habitación donde estaba el almacén de talabartería.

Hicimos descolgar muchos objetos de la pared por si ocultaban algún escondite, pero todo fué inútil.

Cabizbajos y mohinos tuvimos que abandonar las investigaciones, empero no sin advertir á

Maese Requej6 que no nos íbamos convencidos de su inocencia.

—¡Como gustéis!—nos contest6 socarronamente.—¡Quereis volver á registrar?... Estoy tranquilo y no temo á la justicia.

—Diana, que habia estado contenta por la presencia del tabaquero en el umbral, al vernos penetrar en la casa, se precipit6 en el interior de ella con inusitada violencia.

—Allí se componia de una habitacion grande llena de efectos para la venta; despues habia dos aposentos más; uno que servia de dormitorio á Maese Requej6, y otro que estaba habilitado para cocina; por último, el corral, donde en un rinc6n y en un caj6n de madera cerrado con una puerta enrejada, estaba el taposo, que al ver á Diana erizó el pelo y comenzó á garrir ligeramente.

—Procedimos luego á un minucioso registro de la casa, pero nuestras pesquisas fueron in-

fructuosas. Diana, sin embargo, no queria apartarse de la habitacion donde estaba el almacén de tabaqueria.

—Hicimos descolgar muchos objetos de la pared por si ocultaban algún escondite, pero todo fué inútil. Capibajos y melinos tuvimos que abandonar las investigaciones, aunque no sin advertirle

CAPÍTULO XXXI

Otra víctima

Llena de profunda pena el alma volví á ver al Cardenal para darle cuenta del poco resultado de mis gestiones.

—No hay que desconfiar—me dijo.—La Divina Providencia es muy sabia y no abandona á sus predilectos. Ese crimen no puede quedar impune, y no quedará.

—Y ahora que me acuerdo—añadió cambiando de tono—¿de quién sospechas tú?

—¿Yo, señor?—exclamé sorprendido por lo inesperado de la pregunta.

—Sí, tú.

—Pues bien, señor, sospeché de una persona; pero está tan alta, que el respeto hacia ella

y el temor á calumniarla sellan mi labio.

El Cardenal y yo quedamos un rato en silencio, hasta que aquél lo rompió diciendo:

—La Reina viuda parte á sus estados de Italia, habiendo fijado el día de la marcha para mañana. Te lo advierto con el fin que vayas á besar los reales pies.

Después de conversar un rato con el Cardenal sobre los asuntos de la nación, fuíme á ver á mi tía, á la que enteré de las averiguaciones infructuosas practicadas aquel día, y después me retiré á dormir con el fin de interesar por última vez á la Reina para que me devolviese á mi adorada María. ¿Por qué, á qué ocultarlo? Yo tenía una sospecha tenaz de que Doña Germana era, sino autora principal, iniciadora del rapto de la zíngara.

Mi tía no era de mis opiniones, pues en su bondadoso corazón no cabía tanta doblez como en el de la *Francesa*.

Al día siguiente, muy de mañana, mandé ensillar mi caballo y me encaminé al Pardo con intención de internarme en aquellos pinares y sumergirme en mis pensamientos cada vez más dolorosos, pues á medida que los días transcurrían sin volver á ver á mi protegida, vislumbraba el horizonte de mi vida más lleno de negruras y de amargos presentimientos.

Ya estaba el sol en la mitad de su carrera cuando torné á Madrid, dirigiéndome á palacio para despedirme de Doña Germana.

Desmonté en el ancho zaguán; Esteban me estaba esperando, y tan ceñudo y sombrío hallé su semblante, que no pude menos de preguntarle la causa.

—¡Pardiez! Cuando os lo diga, señor, no habeis de poner mejor gesto que vuestro humilde servidor.

—¿Pues?...—repuse interrogándole.

—Venid—contestóme.

Y subiéndome á las habitaciones de mi tía, me introdujo en un cuarto donde me señaló una cosa que me impresionó vivamente.

Diana estaba á mis pies, muerta y con la cabeza casi separada del tronco.

—¡Dios mío!—exclamé—¡Muerta!

—Pardiez, tan muerta como mi abuelo. Esta mañana, los servidores de palacio la han encontrado entre unos arbustos del jardín. ¿Pero no observais un detalle?—añadió Esteban.

—¿Qué?

—Que entre los dientes sujeta un pedazo de paño, arrancado acaso entre las ansias de la muerte de los vestidos del matador.

Bajéme á reconocerle, y en efecto, entre los dientes de la lebreja había un pedazo de paño gris.

—¡Rayos y truenos! Ya le tengo entre mis garras!—exclamé sin poderme contener.

—¿Qué quereis decir?—me preguntó Esteban.

—Que ya conozco el raptor de Doña María. Este pedazo ha sido arrancado de un traje á cuyo dueño conozco.

Y conté á Esteban mis pesquisas del día anterior.

Este quedó un momento sumido en sus reflexiones, y luego me dijo:

—¿Quereis concederme lo que os pida?—

—Según y conforme.

—Nada, rotundamente, sí ó nó; en la inteligencia, que yo me comprometo á devolveros á Doña María, á no ser que la hayan sepultado en los profundos infernos; adonde por ahora no pienso ir.

Maese Requejo ha dado muerte á Diana en la eventualidad de que otro día pudiera el noble animal dar con el escondite donde está encerrada Doña María.

—¿Tú crees?—repuése abriendo mi corazón á la esperanza.

—Ciertamente; además que aún no se ha acabado la raza de los canes. Yo me proporcionaré otro que busque el traje que falta á este girón.

Dejadme hacer—siguió Esteban;—no digais nada al Cardenal, ni á vuestra tía, ni... á otra persona.

—Si tal hicieras—exclamé cogiendo entre mis manos las de Esteban—te deberé más que la vida.

—¿Quite allá vuesa merced—repuso el veterano entre jovial y conmovido—que no mereciera perdón de Dios sino os volviera la tranquilidad al alma y el contento al corazón.

Por más que pregunté á Esteban no me quiso comunicar sus proyectos; y después de pasar á saludar á mi tía, muy afectada con la trágica muerte de su compañera fiel, me encaminé á dar á la Reina el saludo de despedida.

CAPÍTULO XXXII

Las pretensiones de Germana

Por las regias habitaciones noté gran ir y venir de criados y servidores, quienes llevando objetos de la propiedad de Doña Germana, quienes encerrándolos en cofres.

Solicité venia para entrar en la regia estancia, y en ella encontré á la Reina viuda, acompañada del Cardenal y de gran número de damas y caballeros.

—Ved aquí, mi querido Cardenal—prorrumpió la augusta dama dirigiéndose á Cisneros—uno de los fieles servidores que con gusto sumo llevaría en mi compañía. Interceded en mi favor y os lo agradeceré eternamente.

—Señora—repuso el Cardenal—pide cosas. Vuestra Alteza, á las que no puedo acceder, aun-

que se me tache de poco galante. Soy ya viejo, no conservo á mi lado parientes, pues el único que me resta, hermano mío, fué tan ingrato y perverso, que á no ser por la Divina Providencia hubiera yo perecido entre sus manos. Permitidme, pues, que no separe de mí á este noble y leal amigo en quien he puesto mi cariño.

—¿Qué decís vos de esto, Don Luis?—dijo la Reina dirigiéndome una mirada tan llena de ternura y coquetería, que á sufrirla otro hubiera sido capaz de vender su alma al diablo.

—Señora, agradezco á V. A. esas pruebas de cariño, pero ya ha oído V. A. al Señor Cardenal; él es mi protector y mi mejor amigo; además, allá en las vertientes de los montes de Toledo tengo una casa solariega donde moran los que me dieron el sér y de los que no quiero alejarme para el triste día en que tenga que cerrar sus ojos.

—Sea como gustéis—exclamó Doña Germana con mal contenido despecho;—pero estad seguro que yo hubiera hecho vuestra felicidad.

—No lo puse jamás en duda; pero V. A. no tendrá más remedio que perdonar mi ingratitud.

La Reina habló algunos instantes con el Cardenal, dando las últimas disposiciones para el viaje, y luego suplicó á los concurrentes se

retirasen, pues necesitaba descansar algunas horas.

Quando salimos, el Cárdenal y yo hablamos largamente acerca de la desaparición de Doña María y de la misteriosa muerte de Diana; empero me reservé lo de los proyectos de Esteban, manifestando únicamente á mi protector no diese nuevas órdenes hasta que yo se lo avisase, cosa que le extrañó sobremanera, sin que, á pesar de sus repetidas preguntas, consiguiese descubrir mi secreto.

CAPÍTULO XXXIII

La partida de Germana

El sol, como un rojo disco de fuego, iba á ocultarse tras el horizonte de la Casa del Campo.

En la plaza de Palacio había reunida gran cantidad de hombres de armas, mulas con equipajes, pajes, caballeros y no pocas damas.

Doña Germana de Foix, la que había sido esposa de Don Fernando V de Aragón, iba á partir para siempre de España, de la nación que la había recibido cariñosa y noblemente, y que abandonaba, dejando en ella no muy dulces recuerdos de su estancia.

Un movimiento de curiosidad recorrió la muchedumbre situada en la plaza. La Reina

viuda bajaba la escalera, acompañada del Cardenal de España y de Doña Isabel, mi tía.

Aun en este momento, no puedo menos de confesar que la Reina, con sus negras tocas, con su andar majestuoso y con su airosa figura estaba admirablemente hermosa.

Muchas damas y bastantes caballeros se acercaron á rendirle el último homenaje, la postrera muestra de la galantería castellana.

Yo, oculto tras los últimos cortesanos, procuré esquivar las miradas de la Reina; no quería despedirme de la mujer que, á mi juicio, era la causa de mis desventuras.

La elevada estatura del Cardenal hizo que éste me viese entre los más lejanos, haciéndome signos de que me acercase.

Tuve que hacerlo así, y la Reina viuda me dijo con acento que, aunque risueño, parecióme conmovido:

—¿No queríais despediros de mí? No sé qué daño os he hecho para que así esquivéis mi presencia.

—Señora...—repuse turbado—no pude sospechar que V. A. tuviese tan presente el último de sus vasallos.

—Decid más bien uno de mis amigos; la Reina acabó ya, y sólo queda la extranjera, que abandona para siempre su patria de algunos años.

Vamos—añadió en tono más alegre—¿sereis tan amable que me sirvais de gentil-hombre para montar? Es el último favor que os pido.

—Señora...—contesté más turbado aún que antes, porque veía que Doña Germana iba á marchar sin darme siquiera una remota esperanza, designándome algo que me hiciera descubrir el paradero de Doña María.

Doña Germana llegó junto á un hermoso caballo, ricamente enjaezado, que un paje tenía del diestro.

Volvióse hacia mi tía, que lloraba silenciosamente, y, abrazándola, dióla un beso en la mejilla; estrechó luego la mano del Cardenal y se arrodilló, pidiendo la bendición del Prelado, que extendió sus manos sobre la cabeza de Doña Germana, y luego... luego hincó una rodilla en tierra, besé la diestra de la Reina, y la dije con el acento de la desesperación:

—¡Señora, volvedme á Doña María!

Germana de Foix clavó en mí sus azules ojos, y poniendo el pie en mi rodilla subió al caballo, exclamando en voz baja:

—¡Sois un ingrato! ¡Adiós para siempre, pobre loco!

Doña Germana castigó al fogoso bruto, que salió caracoleando; los concurrentes se descubrieron, saludando á la augusta viajera, que

agitaba su pañuelo; y bien pronto perdióse á lo lejos la elegante silueta de la Reina, escoltada por cien hombres de armas.

.....
Al llegar á este punto de la narración, Don Luis se detuvo sumamente fatigado, suspendiendo el relato de sus aventuras hasta el siguiente día.

CAPÍTULO XXXIV

La estratajema de Esteban

—Ya saben ustedes—siguió diciendo Don Luis á la noche inmediata—que mi tía Doña Isabel había desempeñado el cargo de dama de la Reina. Pues bien; al partir ésta, Doña Isabel tuvo que abandonar las habitaciones de palacio, trasladándose, á causa de mis súplicas, á vivir la casa que me había legado mi buen amigo el difunto Ayora.

Muchos días transcurrieron sin que Esteban quisiese manifestarme el estado de sus pesquisas, hasta que uno de ellos me habló de este modo:

—¿Quereis hacerme un favor?

—Tu dirás, mi buen Esteban.

—Necesito dos cosas: una autorización del Cardenal para poner á mis órdenes los familiares del Santo Oficio que necesite, y el pedazo de tela que encontramos entre los dientes de la lebrela.

—¿Qué intentas?—le pregunté.

—¡Pardiez! sois bien curioso. Guardaos vuestros deseos de saber mis planes para más adelante.

—Vas á ser complacido—le dije.—Y pasé á las habitaciones del Cardenal, que no puso obstáculo en concederme la autorización solicitada.

Después le entregué á Esteban el documento y el trozo de paño, y se despidió de mí muy satisfecho.

Aquella misma noche, y cuando me disponía á sentarme para cenar con el Cardenal, pasáronme recado de que un hombre deseaba hablarme.

Salí presuroso y encontréme... ¿A quién dirán vuestras mercedes? Pues al mismo Maese Requejo, que se mostró tan admirado como yo de vernos frente á frente.

—He recibido encargo—exclamó el talabartero—de venir á este palacio para ver á Don Luis Gutiérrez de Navarro, el cual tenía que encomendarme un pretal y unos rendajes para su corcel de batalla. ¿Sois vos, Don Luis?

—Sí, pardiez; y aunque yo no encargué que se os avisase, sino á cualquiera de vuestro oficio, me alegro que seais vos, porque al fin y al cabo sois conocido.

Excuso decir á ustedes que todo esto era pura invención; pero una súbita inspiración me hizo comprender que la presencia allí de Maese Requejo era producto de alguna estratajema de Esteban, y decidí entretener al talabartero todo el tiempo posible.

Con tal fin, llevé á Requejo á la cuadra donde tenía mi corcel, mientras me decía con un tono que me pareció algo burlón:

—Crea vuesa merced que este encargo me sirve de mucha alegría; pues me prueba que no teneis duda de mi inocencia en aquel asunto...

—Sí, ya os comprendo.

Un buen espacio de tiempo conseguí ocupar al truhán, enseñándole otros pretales y riendas, hablándole de muchas cosas para impedirle que marchara.

Al fin tuve que separarme de él, quedándome lleno de ansiedad y esperando los resultados que Esteban (porque no me cabía duda de que aquello era una añagaza de mi escudero) sacaría de la visita.

Subíme á cenar con el Cardenal, pidiéndole mil perdones por mi tardanza, y explicándole

las causas de ella, lo que llenó de perplejidades al buen anciano.

Me retiré luego á descansar, ó mejor dicho, á no cerrar los ojos, pues una impaciencia incomprendible me dominaba; atento al menor ruido, me arrojaba del lecho, creyendo que Esteban se acercaba para darme alguna noticia decisiva. Sin embargo, aquella noche, más larga para mí que ninguna otra, pasó dejando lugar á las primeras luces del alba.

Abandoné el lecho, vestíme y comencé á dar paseos por la habitación pensando en María, á la que cada día tenía más grabada en mi pensamiento.

Doña Germana se había borrado de mi mente, dejando lugar á la imagen purísima de la pobre zíngara, á la que juré hacer mi esposa si Dios era servido devolvérmela.

Absorto me hallaba en estas reflexiones, cuando retumbó un violento golpe dado á la puerta, acompañado de las siguientes palabras:

—¡Abrid con mil diablos! Soy yo, Esteban...

Franqueé la puerta y... María se precipitó en mis brazos sollozando.

CAPÍTULO XXXV

Post núbila

Fué tan violenta é inesperada la impresión que sentí, que una nube cruzó por delante de mis ojos, y próximo á perder el conocimiento, tuve que apoyarme en Esteban para no caer.

—¡Oh!—exclamé cubriendo de besos la frente de la pobre niña—no llores, amada mía; te adoro con el delirio de la pasión primera; tu alma es mi alma, tu corazón es el mío; nuestras existencias están fundidas en una sola. Yo no sabía que el perderte valiese para mí tanto como perder de un solo golpe la felicidad de toda mi vida, las ilusiones del pasado, los ensueños del presente, las esperanzas del porvenir; pero ahora yo te juro que sólo la muerte podrá separarnos, porque bien presto serás

mi esposa ante Dios y ante los hombres. Te amo, y el unirme á tí supone tanto como el bien supremo y la felicidad infinita.

—¿Me amas? ¿Me amas?—repetía la pobre niña, abriendo enormemente los ojos, queriendo ver en los míos las intenciones de mi alma.

—¡Ah! he creído no verte más.

—¡Por Santiago, mi patrón!—exclamó Esteban, que no había despegado los labios hasta entonces—me dejaba cortar la cabeza si no os hubiera devuelto á los que os aman.

—¿Y cómo has conseguido tu objeto—pregunté á Esteban, pues estaba verdaderamente ansioso de saber lo ocurrido.

—¡Pardiez! es bien sencillo. Fuíme primero á ver al talabartero, y le dije:—«Vengo de parte de Don Luis Gutiérrez Navarro, que vive en compañía del Cardenal, para que esta noche, á primera hora, vayais á verle, pues tiene que encargarnos un pretal y unos rendajes para su corcel de batalla, y tened entendido que os retribuirá espléndidamente.»

Esperé á que Maese Requejo saliera de su casa, y yo me encaminé á una tapia trasera de la misma, trepé por ella, pues tenía poca altura y me encaminé al interior. Derribé la puerta que daba paso á ella, y que por ser vieja y desvencijada, ofreció poca resistencia.

En ninguna de las habitaciones encontré

nada notable; ni un resto del traje igual en color al trozo de tela que vuesa merced me dió, ni un arma, ni una persona.

No obstante lo desesperado que estaba, pues no hallaba rastro alguno, cerré por dentro la puerta de la calle, para precaverme, caso de una sorpresa.

Luego revolví todos los muebles de la casa, registré las paredes. ¡Inútilmente! Nada me daba luz sobre en el asunto.

Salí al corral, y sólo llamó mi atención el zorro que dentro de su caseta se revolvía espantado de mi presencia.

De pronto, mis ojos se fijaron en un objeto que por debajo de la caseta ásomaba; era un pedazo de tela gris. Rápidamente me encaminé al sitio designado y me apoderé de un traje que miré con detención, escapándose al fin de mis labios un grito de alegría. En una de las mangas del jubón encontré un enorme girón; saqué de mi faltriquera el pedazo de tela que vuesa merced me había dado, coloquéle encima del roto, y ví que se ajustaba perfectamente; aquello era una prueba que me descifraba por completo el enigma.

Con nuevo ardor dediquéme á buscar por todas las habitaciones; desnudé las paredes de cuantos muebles y artefactos había en ellas, y por fin, en el muro izquierdo de la habitación

destinada á tienda, leí estas palabras grabadas en la piedra y en caracteres pequeños.

HIC LOCUS

Púseme á pensar en lo que aquellas palabras indicarían puestas allí, cuando sentí introducir una llave en la cerradura de la puerta de entrada.

Requejo estaba de vuelta, era indudable. Quedéme perplejo, hasta que por fin decidí jugar el todo por el todo.

Oculté la linterna, que á prevención llevaba, para que me sirviera en mis investigaciones. Luego descorrí con mucho cuidado el cerrojo, desenvainé la daga y me oculté tras la puerta para arrojarme sobre Maese Requejo, tan luego como éste se presentase.

Efectivamente, apenas desapareció el obstáculo, la puerta se abrió con ímpetu, y Maese Requejo, con un farol en una mano y un puñal en la otra, se colocó de un salto en medio del aposento.

Fué tan súbito el movimiento, que no tuve tiempo de ocultarme en la sombra y quedé de lleno iluminado por el farol del talabartero.

Aprestéme á la defensa, y calculando que convenía ganar la mano á mi adversario, di un salto y clavé mi daga en el brazo derecho de Maese Requejo. Este dejó caer su puñal, lanzando un rugido de rabia, y arrojando lejos de

sí el farolillo, trató con el brazo que le quedaba sano (pues el otro había perdido todo movimiento) de estrecharme contra sí, con intención de ahogarme, fiado en sus fuerzas hercúleas.

Yo no perdí el tiempo; y buscando al tacto su pecho, pues el farol se había apagado á los pocos instantes de caer al suelo, clavé la daga hasta la empuñadura.

Maese Requejo dejó de oprimirme entre su brazo, vaciló un momento y cayó pesadamente en tierra.

Inmediatamente fuí á sacar mi linterna de debajo de unos cachivaches donde la había colocado, y dirigí sus reflejos hacia el talabartero.

Éste tenía una herida en un costado, de la cual manaba sangre en abundancia; acerqué mi cara á su boca, y noté que respiraba.

En seguida fuíme hacia el sitio del muro donde había leído las palabras *Hic locus*, y elevé la linterna hasta ellas para observarlas con detención; parecióme que el punto que había al final tenía algo de relieve, y lo oprimí con la mano.

Con indecible alegría oí una especie de crujido, y el sillar entero, girando sobre unos goznes desconocidos, dejó al descubierto una entrada.

Penetré por ésta, y una escalera pendienteísima se ofreció á mis ojos.

Bajé por ella, y á los doce escalones, resbaladizos por la humedad que se filtraba por las paredes, me encontré en una espaciosa habitación.

En el fondo de ella divisé una cosa blanca que al ser iluminada por la luz de la linterna se levantó precipitadamente, lanzando un grito penetrante y viniendo hacia mí.

Era Doña María, que trémula y llorosa cayó de rodillas elevando sus ojos al cielo.

Hícela salir de aquel antro pavoroso; y pasando por la habitación donde Maese Requejo yacía exánime, salimos á la calle.

Allá á lo lejos sentíase rumor de muchas pisadas, y luego vimos el reflejo de varias luces.

La Providencia nos ayudaba, pues á los pocos momentos divisamos una ronda que se dirigía á nuestro encuentro.

Enseñéles la orden del Cardenal, y enterados de ella, penetraron en la casa, haciéndose cargo de Maese Requejo, que no daba señales de vida.

Dejéles que hicieran su obligación, y aquí nos teneis. Hemos tardado algo en venir porque Doña María, débil en extremo, por la falta de alimentos á que su verdugo la sometía, ha sido presa de un síncope, del que no ha vuelto hasta hace poco en la portería del inmediato convento de Santa María.

CAPÍTULO XXXVI

El verdugo y la víctima

Así acabó su relación el buen Esteban, y entre los dos llevamos á la pobre joven hasta un sillón, pues apenas podía tenerse en pie.

—¡Ah! — exclamó con voz desfallecida—
¡Cuánto he sufrido, Don Luis!

La última noche que os ví, acostéme antes de lo acostumbrado, pues sentía grandes desvanecimientos de cabeza.

A eso de media noche desperté despavorida por un violento golpe dado en los vidrios de mi ventana.

Arrojéme del lecho, y el espectáculo que se ofreció á mis ojos heló la sangre de mis venas.

Un hombre luchaba con Diana, la lebrela de Doña Isabel.

Ví al pobre animal caer en tierra, y en seguida el asesino, puñal en mano, se dirigió á mí, y apretándome con una mano la garganta y poniéndome con la otra un puñal al pecho, me dijo:

—Cállate, ó mueres.

Un miedo espantoso se apoderó de mí; mis ojos comenzaron á nublarse; quise gritar, pero la voz espiró en mi garganta, y perdí el conocimiento.

Cuando volví en mí, me hallé en la habitación, donde me ha encontrado Esteban.

Aquel hombre, que cada dos días entraba á dejarme un pan y un cántaro de agua, comenzó por no hablarme ni una palabra. Después se atrevió á hacerme algunas preguntas acerca de si me sentía con ganas de mejorar de alimento; y por último, tuvo la osadía de hacerme proposiciones de amor.

El horror que me inspiraba mi verdugo me dió fuerzas para rechazar enérgicamente sus infames proposiciones, amenazándole con estrellarme la cabeza contra las paredes de la prisión.

Aquello pareció contenerle algo; pero decidió rendirme por hambre; y cuando Esteban me encontró hacía cuatro días que no probaba alimento.

—¡Pobre angel mío!— exclamé cubriendo

su frente helada y descolorida de delirantes besos.

—Yo probé—siguió Doña María—á enternecerle, y me arrojé á sus pies procurando averiguar por qué causas había sido arrebatada de mi aposento y por qué se me trataba con tal rigor.

Todo fué inútil; pues mi verdugo se encerraba en un mutismo de hierro; sólo una vez se decidió á decirme que si llegaba á amarle huiríamos de España; que se encontraba rico y que el último negocio que había hecho le había valido buenos miles de ducados.

—¡Miserable!—dije acordándome de Requero.—El pagará con la vida el infame delito que ha cometido.

Pasamos luego á ver al Cardenal, que recibió á Doña María con extraordinario júbilo; y después tratamos de convenir en la conducta futura para poner á mi amada á cubierto de cualquier asechanza; decidiendo que Doña María pasase depositada al convento de Santa María, donde gozaría de tranquilidad y paz hasta que las circunstancias la pusiesen en disposición de hacerla mi esposa, acuerdo que el Cardenal celebró mucho.

Llevóse á cabo lo convenido inmediatamente, y Doña María ingresó en el convento antedicho, adonde mi tía Doña Isabel pasó á abra-

zar á su ahijada, faltando poco para que enloqueciese de alegría.

.....

Con objeto de no dejar ningún cabo suelto, diré á ustedes lo que fué de Maese Requejo.

Conducido á un hospital, donde fué asistido y curado, trató durante su convalecencia de arrancarse las ligaduras con el fin de matarse, pues su proceso seguía el curso establecido.

Condenósele á muerte; pero las súplicas de Doña María, que no daba cabida en su corazón á la venganza, hicieron que la justicia le destinase á remar por toda su vida en las galeras de S. M.

CAPÍTULO XXXVII

La primera batalla

Aunque el asunto de mis amores marchaba á pedir de boca, no así los del Cardenal; pues la energía de su carácter y el vigor con los nobles malcontentos le granjearon no pocos enemigos que dieron margen á algunas sublevaciones.

En los días en que yo andaba ocupado en averiguar el paradero de mi futura esposa, se habían recibido noticias del levantamiento de Portocarrero en Galicia; y en el día á que se refiere este párrafo de mi relación, encontré al Cardenal hablando acaloradamente con Don Antonio Fonseca, capitán valeroso y entendido, y ordenándole que al frente de un fuerte ejército marchase á Sanlúcar á la que Don Pedro

Girón había puesto sitio con el fin de apoderarse de la llave, por decirlo así, de los estados de Medina-Sidonia.

La expedición salió aquel mismo día; y felizmente, según supimos más tarde, no hubo lugar de romper las hostilidades, pues Don Pedro Girón, asustado del formidable tren de guerra que se le venía encima, abandonó el campo.

No escarmentado aún Don Pedro Girón, trató de comprometer al Duque del Infantado y á otros muchos nobles para humillar el poder del Cardenal, á cuyo efecto se juntaron en Guadalajara.

Yo mismo recibí orden de marchar á dicho punto para manifestar á los conspiradores de parte del Regente que desistiesen de su idea ó se vería precisado á confiscarles sus bienes.

Incansable por naturaleza mi protector, apenas dejó algo pacificada la nación, se dedicó á crear un ejército permanente de treinta mil hombres, cosa que hizo con la venia del Rey, que desde Flandes escribió adhiriéndose en un todo á lo decidido por el Cardenal de España.

No contento aún, se dedicó á formar una escuadra poderosa, carenando las galeras viejas y construyendo otras nuevas.

Por esta fecha se recibieron en Madrid graves noticias de un alzamiento en Navarra.

Juan de Albret, el Rey desposeído, se alzaba apoyado por los franceses y por la familia de los Agramontes, penetrando en son de guerra por los Pirineos al frente de seis mil hombres.

El Cardenal mandóme llamar, y con acento firme, me dijo:

—Sé, mi querido Luis, que la patria te ha de hallar siempre dispuesto á derramar tu sangre por ella. Ya eres un hombre, y es preciso que el humo de la pólvora comience á ennegrecer tu semblante.

Mientras yo viva puedes contar con mi protección; desgraciadamente soy ya muy viejo, y es preciso que el Rey, ausente, al venir á España, sepa que eres digno de ocupar un puesto á su lado por tu valor y por tu apellido. Hoy mismo saldrás á ponerte á las órdenes de Don Fernando Villalba, que al frente de un cuerpo de ejército marcha á combatir al enemigo. Ve, y si mueres habrás merecido bien de Dios y de la patria.

Y el buen anciano me dió su bendición y me abrazó cariñosamente.

Esteban, que partía también en mi compañía y yo fuimos á despedirnos de mi buena tía y á hacer los preparativos de marcha, rogando á Doña Isabel ocultase á María mi partida, pues si acaso moría en la expedición, tiempo de sobra quedaría para comunicarla tan infausta nueva.

Habíase me encomendado el mando de un cuerpo de jinetes de los de nueva creación, compuesto de seiscientos cuarenta plazas; el traje de batalla que entonces se usaba era coselete completo, ó sea peto y espaldar, cañones, guarda-codos, manoplas herradas, cota de armas, celada con habera, visera y airón de plumas.

El caballo llevaba silla de borrenes, pretal y media barda de láunas ó escamas de hierro.

A marchas dobles llegamos á Pamplona, donde nos esperaba el grueso del ejército, compuesto de cuatro mil hombres, y desde allí, reunidos todos, marchamos hacia los Pirineos, donde había establecido sus reales el ejército invasor.

A media noche llegamos á avistar al enemigo, cuyas hogueras se divisaban en lontananza, y decidimos esperar el nuevo día para atacarle en sus posiciones, pues en aquel terreno escabroso y desconocido era peligroso presentar de noche la batalla.

Apenas el sol se elevó sobre el horizonte, pusiéronse en movimiento nuestras tropas, que ya habían sido vistas por los partidarios de Albret; sin embargo, la rica vegetación del terreno y lo enmarañado de los jarales ocultaban nuestros movimientos.

Villalba dispuso que el cuerpo que yo man-

daba se ocultase en la espesura, operando las demás fuerzas un movimiento envolvente, estrechando las distancias con el ejército enemigo, que situado en un desfiladero se presentaba á la defensa.

Dichas fuerzas, en su mayor parte de infantería y compuesta de unos seis mil hombres, eran mandadas por el Mariscal Don Pedro de Navarra.

Este, conocedor del terreno, no quería salir de las alturas, pues la posición le daba extraordinarias ventajas sobre nosotros, que teníamos que subir del llano.

Un cuerpo de infantería encargóse de sostener el combate, distrayendo la atención de los enemigos; mientras los demás, ya arrastrándose por el suelo, ya trepando por las asperezas de la montaña, iban rodeando á los soldados de Albret.

Los valientes que habían sido encargados de sostener el combate frente á frente, cedían ante la superioridad de los enemigos, que envalentonados hacían en los nuestros una espantosa carnicería.

De improviso, los jinetes que esperábamos en el llano, vimos un movimiento desordenado en las tropas enemigas; era que los nuestros las atacaban por retaguardia.

Una confusión horrible reinó desde aquél

momento. Los enemigos abandonaban las armas, corriendo unos á precipitarse por las vertientes y otros á parapetarse tras las peñas prolongando la defensa.

La mayor parte decidieron bajar al llano y aceptar allí el último ataque; al frente de ellos el Mariscal Pedro de Navarra, cubierto de sangre, los arengaba, animándolos á la defensa.

Villalba dió orden de que comenzase á maniobrar nuestra artillería, cuyas descargas hacían innumerables bajas en el enemigo.

En seguida nuestro jefe ordenóme cargar sobre aquellos desdichados, que con el valor de la desesperación se defendían de un modo imposible de describir.

A los primeros encuentros sentí que recorrería mi cuerpo un escalofrío horrible. Después... después no sentí nada. Revuelto en aquél torbellino de hombres, convertidos en fieras, no procuraba más que lanzar mi mandoble sobre cuantas cabezas veía á mi alcance.

Los cascos saltaban hechos pedazos á los golpes de maza; los coseletes se abrían á los botes de lanza, y la sangre salpicaba á vencedores y vencidos.

Entre el humo y el polvo ví venir hacia mí un jinete con la cabeza descubierta y espada en mano; era Don Pedro de Navarra.

Procuré esquivar la estocada que me tiró á fondo, procurando penetrar por la juntura del casco y el coselete, y dirigí mi mandoble á la cabeza de su corcel, que herido mortalmente cayó en tierra, cogiendo debajo á su ilustre jinete. Desmonté rápidamente, y poniéndole mi espada al pecho le grité:

—Rendíos, señor, al Rey de España.

El viejo caudillo intentó debatirse inútilmente, pues la pérdida de sangre que manaba de muchas heridas le había debilitado en extremo.

Hubo un instante de duda en aquel hombre, pero al fin dijo entregándome su espada, mientras dos lágrimas resbalaban por sus curtidas mejillas:

—Dios no ha sido misericordioso conmigo; estoy á vuestra órdenes.

Monté á caballo otra vez, y con ayuda de Esteban (que no se había separado de mi lado combatiendo como un león), puse á la grupa de mi caballo al prisionero y marché en busca de Villalba.

La noticia de la prisión de Don Pedro hizo cundir el pánico entre sus tropas, que emprendieron la fuga á la desbandada.

Cayeron prisioneros veinte caudillos pertenecientes á la nobleza francesa y gran número de soldados.

Así terminó aquella insurrección, cuyo desgraciado desenlace ocasionó la muerte á Juan de Albret, que acabó sus días en un rincón del Bearn.

CAPÍTULO XXXVIII

Cisneros como Regente

Cuando entramos en Madrid, acompañando á los prisioneros, nos hicieron un entusiasta recibimiento.

El Cardenal, que nos esperaba en la puerta de Guadalajara, cerca de su palacio, me abrazó cariñosamente, haciendo de mí grandes elogios en presencia de los magnates que le rodeaban.

Inmediatamente que obtuve su venia fui á abrazar á mi tía, que se holgó sobremanera de ello, manifestándome que María seguía perfectamente en su retiro.

Sonando estaba yo con algunos días de calma para venir á abrazar á vuestras mercedes, padres míos, cuando llegó á Madrid la noticia de

que el pueblo de Málaga se había sublevado, rechazando la autoridad y jurisdicción del Almirante de Castilla.

Recibí orden del Cardenal de emprender la marcha al mando de cuatrocientos jinetes para incorporarme al ejército de seis mil infantes, mandados por Don Antonio de la Cueva.

Felizmente los malagueños, asustados por el aparato que se presentó á las puertas de la ciudad se rindieron á discreción.

Cuando regresé á Madrid tuve ocasión de saber una noticia que me sorprendió.

El Cardenal había recibido cartas del Rey (con el cual se comunicaba muy á menudo), en las que le decía que había tenido noticias de que Doña Germana conspiraba en favor de Don Fernando, hermano de Don Carlos, para colocarle en el trono de España.

El Cardenal dispuso que las rentas que Doña Germana debía cobrar sobre el Realme de Nápoles se permutasen con las de las ciudades de Arévalo, Olmedo, Madrigal y Santa María de Nieva, haciendo que la Reina viuda trasladase su residencia á la primera de dichas ciudades.

Tantos y tan repetidos disgustos quebrantaron la salud del Cardenal, hasta entonces invencible; comenzó á perder las ganas de alimentarse, y lo poco que comía devolvíalo en seguida.

Aquel espíritu varonil y esforzado no se rendía fácilmente.

Pensando siempre en el bien de su patria, procuró centralizar las recaudaciones y suprimir muchas pensiones injustificadas, todo lo que dió grandes ingresos á la Hacienda. Estas mejoras, sin embargo, resultaban estériles, pues el Rey no hacía más que pedir dinero para otorgar gracias y mercedes á los grandes de España que le rodeaban, y para acallar la avaricia de los cortesanos flamencos.

Inútil me parece decir que estos desórdenes apenaban el ánimo de mi protector, hasta el punto de que por primera vez desde que le conocía, le ví derramar lágrimas en una ocasión en que por centésima vez rogaba al Rey viniese á España cuanto antes.

Sólo disminuían algo su tristeza las noticias que llegaban del Castillo de Tordesillas, á donde había sido trasladada la Reina Doña Juana.

El Gobernador de la fortaleza, Duque de Tavera, había conseguido con su acertada conducta y sabias disposiciones que la Reina que antes no quería ver á nadie, ni comer, ni dormir en el lecho, cambiase de ideas admitiendo gentes á su mesa, y vistiéndose más decentemente con arreglo á su clase.

Había bastado entre otros medios para ello, decir á la pobre demente cuando llevaba á cabo

alguna cosa bien hecha: «Así lo hacía vuestra augusta madre.»

No descuidaba Cisneros mientras tanto nuestros asuntos de Italia y de América; para llevar á feliz término los primeros, escribió muchas cartas al Rey, recomendándole la mayor cortesanía con el Papa, amigo en sumo grado del Rey de Francia, cuya protección al Duque de Anjou, pretendiente al trono de Nápoles, no era un misterio para nadie.

Para mejorar los segundos, dispuso Cisneros que se protegiese y agasajase á los indígenas de la isla española, maltratados y vejados por los rapaces gobernadores y soldados castellanos mandados allí.

Habíanse recibido noticias de que el corsario Barba-Roja había tomado á Argel. Mi protector dispuso que un ejército de siete mil hombres, al mando de Don Diego de Vera cruzase el mar para recuperar la ciudad perdida.

Algunos días más tardé supose que la expedición había fracasado, pues Vera, confiado en el ímpetu de sus soldados, la mayor parte, gente maleante y desalmada, había penetrado en Argel, que le había abierto sus puertas, siendo luego encarnizadamente perseguidos y degollados.

Tantos disgustos y las noticias que se recibían de Flandes, donde los enemigos del Car-

denal le creaban una atmósfera poco simpática, iban minando la vida de aquel hombre ilustre, que á sus ochenta años desafiaba la muerte.

Cuando menos lo esperaba, llegó á España para ayudarle en la regencia monsieur de Laxao. Cisneros guardó en el fondo de su alma aquel nuevo vejamen; ocultó sus amarguras, y firme en su propósito, procuró relegar á la oscuridad al nuevo fiscal de sus actos que se le mandaba y que se vió precisado á partir de España.

Vino después el holandés Amertforts, político de gran fama, que no consiguió más que su antecesor.

El pobre anciano, aunque intentaba sobreponerse á su acabada naturaleza, comenzó á sentirse cansado de lucha tan titánica como la que había sostenido durante la Regencia; así es que escribió al Rey, manifestándole que, «sintiendo próximo su fin, le rogaba le mandase un sucesor, pues él estaba resuelto á retirarse á su diócesis de Toledo.»

CAPÍTULO XXXIX

Nuevos trastornos

Por un poco de tiempo reinó una tregua; que así á las grandes tempestades preceden momentos de calma. Yo, deseoso de ver á ustedes, no me atrevía, sin embargo, á pedir permiso al Cardenal para venir á Alonsalvas.

Doña María seguía bien en el convento, y llena de ánsia porque llegase el momento de realizar nuestros deseos.

Un día, decidido ya á pedir licencia á mi protector, encaminábame á su aposento, cuando me dieron la noticia de que se hallaba prostrado en el lecho.

Aquella mañana, al entrar en el oratorio uno de sus servidores, le había encontrado tendido en el suelo y sin conocimiento. Condújosele al

lecho, en el que casi nunca dormía, y se avisó inmediatamente á los médicos; éstos declararon que, atendida la avanzada edad de Cisneros, la dolencia, que no era más que una gran debilidad, revestía caracteres graves.

Transido de dolor, acerquéme al lecho del enfermo, que me reconoció y me dijo entre jovial y melancólico:

—Esto se va, hijo mío. No siento más que dos cosas: morir antes que venga el Rey nuestro señor, y no poder bendecir tu unión con Doña María.

Sólo con lágrimas contesté á aquel hombre bondadoso, que hasta en aquellos momentos miraba por mi felicidad.

No permití separarme del lecho del paciente; yo le daba todas las medicinas; yo procuraba ayudarle á cambiar de posición, cuando el cuerpo, postrado por la dolencia, se rendía á los sufrimientos.

Una de las veces que ayudé á volverle, noté en las sábanas algunas manchas de sangre; preguntéle la causa, pero el buen anciano no me respondió, contentándose con sonreirse dulcemente.

Dí parte á los médicos, que procuraron inquirir los motivos, descubriendo, ceñido á la cintura del enfermo, un áspero cilicio.

Reprendieronle dulcemente por ello, acon-

sejándole desistiese de martirizarse de aquella manera, pero el Cardenal les respondió con firmeza:

— ¡Hasta los seglares se lo ponen para morir; y yo que lo he llevado toda mi vida, lo había de dejar en esta ocasión!

Fué inútil hacerle más reflexiones, pues se obstinó en no disminuir las penitencias.

Sin embargo, gracias á la privilegiada naturaleza entró en la convalecencia á los ocho días.

Todos los días dedicaba el Cardenal dos horas al despacho de los asuntos de Estado.

Uno de ellos, en que el Regente terminaba una carta dirigida á Don Carlos, dándole cuenta de los hechos últimamente acaecidos, sintióse á lo lejos algo parecido al trepidar del trueno, algo que semejaba al mugido de un torrente lejano.

Bajé presuroso á averiguar lo que sucedía. Los guardias del Cardenal cerraban la puerta, aprestándose á la defensa.

El pueblo se había amotinado; oíanse á lo lejos gritos desaforados, mueras á la Regencia y voces de abajo los flamencos.

Subí á dar cuenta al Cardenal de lo que acontecía, y al propio tiempo de las precauciones tomadas.

El Regente dispuso que se volvieran á abrir

todas las puertas y que se anunciase á los sediciosos que él estaba dispuesto á oír sus quejas; que nombrasen una comisión, y que el Cardenal la recibiría y trataría con ella.

Hízose así por medio de pregonero; bien pronto un ughier anunció que seis individuos del pueblo solicitaban la honra de hablar con su Reverencia.

Previo la venia, penetraron en el aposento, cayendo de rodillas á los pies del Cardenal.

Éste los mandó alzar, y les preguntó:

—¿En qué ha podido ofenderos el Consejo de la Regencia y yo, que me hago responsable de todo?

Siempre he procurado el bien de los más y el perjuicio de los menos.

¿Por qué, pues, venís en son de amenaza á gritar bajo mis balcones? Hablad, que yo os escucho con atención y con respeto, pues representais al pueblo, esa gran masa, ese poder incontrastable de la que todos hemos salido.

—Señor,—exclamó uno de los comisionados, Martín Cossío, que después figuró en la guerra de las Comunidades.—Señor, el pueblo no se queja de V. R.; pero como representais el Poder supremo de la nación, á V. R. acudimos en son de protesta para que cuanto antes se provea en lo que solicitamos.

Véndense en Flandes los más elevados cargos de la Iglesia y del Estado; continuas remesas de dinero envíanse á aquella apartada región, empobreciéndonos; y por último, parece que el Soberano ha olvidado que en un rincón de Europa existe una tierra cuna del valor y la hidalguía. Queremos, pues, señor, que, haciéndose V. R. intérprete de nuestras súplicas, ordene que cuanto antes se reúnan Cortes, á donde podremos llevar nuestra representación para que defienda los intereses del pueblo.

Calló el mensajero, y el Cardenal tardó en contestarle, pues le preocupaba la idea de convocar á Cortes estando ausente Don Carlos, y en aquel estado de excitación en las masas populares.

Sin embargo, midió razones en pro y contra, y contestó á Cossío.

—Está bien; decid á los que os envían que hoy mismo sale para Flandes un enviado extraordinario, á fin de suplicar á S. A. que anticipe el viaje.

Y en cuanto á lo de convocatoria de Cortes, hoy mismo publicaré la pragmática llamando á las representaciones populares.

Podeis retiraros.

Besaron los comisionados la mano del Cardenal con gran respeto, y salieron de la cámara.

Apenas los enviados de las masas sediciosas dieron parte á sus adeptos de lo ofrecido por el Cardenal-Regente, prorrumpieron en vivas á éste, haciéndole salir varias veces á un balcón para saludarle y vitorearle.

Cuando Cisneros, fatigado por el esfuerzo que había hecho de asomarse al exterior, cayó en la poltrona, le oí murmurar:

—¡Pobres locos!

Aquel mismo día el anciano Regente cumplía lo ofrecido á los enviados del pueblo.

CAPÍTULO XL

De Madrid á Aranda

Un mes más tarde el Cardenal recibía una carta del Rey anunciándole su próxima salida de Flandes para España; decíale en ella también que secretos emisarios habían llegado hasta él quejándose de supuestos abusos y atropellos del gobierno Regente.

—Yo — decía el Rey en su misiva — les he contestado que «lo que veo en el Cardenal de España es que de cualquier manera que gobierne, sea sólo, sea acompañado, no hace cosa que no convenga á la dignidad de mi persona y á las reglas de justicia. Sus fortalezas, de que vosotros os quejais, son algunas veces útiles para mantener la disciplina; yo creo que, después de todo esto, lo mejor que nosotros podemos hacer es dejarle gobernar».

Estas palabras de S. A. contentaron sobremanera á mi protector, que decidió partir de Madrid para salir al encuentro de Don Carlos.

Mandó llamar al Infante D. Fernando, que estaba en Guadalupe, para llevarle consigo, pues temía que se tramase alguna conspiración en favor suyo; y acompañado del Consejo y de no pocos Grandes, abandonamos la villa con dirección á Aranda de Duero. Allí esperaríamos noticias del puerto en que el Rey desembarcara para ir á recibirlo.

El Cardenal, á quien su fuerza de voluntad sostenía únicamente, pues cada día se desmejoraba visiblemente, fué colocado en una litera bien mullida y almohadonada, y los demás íbamos á caballo.

Detuvimos en Torrelaguna un día, con el fin de que Cisneros viese su pueblo natal y visitase la tumba de sus padres.

Al partir de Torrelaguna oí al Cardenal que profundamente conmovido murmuró estas palabras: ¡Adiós para siempre!

Encaminámonos desde allí á Aranda; pero ya cerca de una aldea llamada Boceguillas, el Infante Don Fernando, que había hablado secretamente con Adriano de Utrech, que iba en la comitiva, se acercó á la portezuela de la litera y dijo al Regente con voz y ademanes descompuestos:

—¿Quereis decirme, señor Cardenal, qué motivos teneis para ejercer sobre mí la vigilancia que veo desplegar? ¿Qué causa ha motivado quitar de mi lado al Comendador Mayor de Calatrava, Gonzalo Núñez de Guzmán, y á Don Suero de Aguila? Os advierto que aun tengo poder para renegar del pleito homenaje rendido á mi hermano, y que levantaré en armas media España tremolando el estandarte de la rebelión.

Yo, que iba á la otra portezuela de la litera, ví al Cardenal volverse airado, y con un vigor de que ya le creía privado, contestar al Infante:

—¿Y sabeis, señor Infante, si tengo yo la obligación de contestaros? Obedezco las órdenes de mi señor; y ya que tan abiertamente os desenmascarais, tened entendido, que desde este momento sois mi prisionero, y que si haceis lo que habeis dicho, me sobra energía para hacer rodar vuestra cabeza sobre el cadalso.

¡Capitán Miranda!—gritó Cisneros, asomando la cabeza á uno que mandaba cien lanzas que le servían de escolta.— En nombre de Su Alteza el Príncipe Don Carlos, custodiad á Don Fernando, y si se os escapa me respondeis con vuestra vida.

Don Fernando llevó la mano á la empuñadura de su espada; pero al ver que nadie se

ponía de su parte se contuvo, y bajando la cabeza y ahogando la cólera que hervía en su pecho, siguió marchando.

A partir de aquel momento, el viaje fué triste y silencioso. El Cardenal iba sombrío, el Infante ensimismado, los demás conmovidos é impresionados.

Cuando llegamos á Aranda, el Regente mandó guardar las puertas y rodear de centinelas el alojamiento del Infante.

El violento altercado habido durante el viaje entre Cisneros y Don Fernando había causado penosa impresión en aquél, pues amaba al Infante, al que había visto crecer á su lado; pero esclavo de su deber, ahogó los sentimientos de su alma y se mantuvo severo y riguroso.

CAPÍTULO XLI

El Rey en España

Quince días estuvimos en Aranda; pero como el Cardenal no mejoraba de salud partimos hacia el convento franciscano de Aguilera, que situado en sitio agreste y pintoresco, pudiera servir para distraer al anciano Regente.

Pero todo era en vano; aquella existencia iba acabándose, y todos los esfuerzos para prolongarla eran inútiles; la última hora había sonado en el reloj de su vida, y era forzoso prepararse para el eterno viaje.

Una noche fría y lluviosa, pues ya corrían los últimos días de Septiembre, escuchóse sobre el pedregoso sendero que subía hasta la puerta del convento el fuerte trotar de un caballo; algunos instantes después oyóse retumbar al pesado aldabón.

El Cardenal se ocupaba en leer en un libro de devociones, y yo en escribir á ustedes una carta.

La puerta de la habitación se abrió, y un lego dijo con voz gangosa:

—¡Correo real!

De allí á poco escuchóse en el corredor el sonoro compás de unas espuelas, y una voz fuerte y varonil dijo desde afuera:

—¿Da V. E. su venia?

—¡Adelante!—respondió el Cardenal.—Y un apuesto joven, con la ropa empapada en agua, penetró en el aposento, y clavando en tierra la rodilla besó la diestra mano del Cardenal, mientras le entregaba un pliego cerrado y sellado con las reales armas.

Rasgó el Regente con mano convulsa la cubierta de la misiva, y recorrió rápidamente los renglones dictados por el Monarca.

Un destello de alegría brilló en los pequeños y vivos ojos del anciano.

—¡Por fin!—exclamó.—¡Dios sea loado!

Y luego, volviéndose á mí, me dijo:

—Su Alteza está ya en España. Mañana partiremos con rumbo á Valladolid donde han de reunirse las Cortes.

Vos—siguió volviéndose al mensajero— idos á descansar, que bien lo habeis menester, y mañana partireis con nosotros. ¿Dónde habeis dejado á S. A?

—En San Vicente de la Barquera. Ha desembarcado en Villaviciosa de Asturias el 17 del corriente, acompañado de su augusta hermana la Infanta Doña Leonor, de Monsieur de Jeures, su Camarero Mayor, y de Monsieur de Borrelot, su Mayordomo Mayor.

Desde Villaviciosa, cuyo puerto no daba cabida bastante á los navíos de S. A., han salido para Santander, desde donde se han dirigido á pie hasta San Vicente de la Barquera.

El itinerario designado por S. A. es seguir á Aguilar de Campóo, Becerril y Palencia; después ir á Tordesillas para visitar á la Reina Doña Juana y luego se encaminará á Valladolid, donde hará su entrada triunfal.

El mensajero se detuvo; y viendo que el Cardenal no deseaba enterarse de nada más, se retiró después de haber solicitado el competente permiso.

CAPÍTULO XLII

In te Domine speravi

Al día siguiente, en las primeras horas de la mañana, continuamos el viaje, notando en el Cardenal extraordinaria impaciencia. Sólo sabía dictar órdenes para avivar el paso de las cabalgaduras.

El tiempo se había entrado en aguas y llovía torrencialmente. Caballos y jinetes iban cubiertos de agua y lodo.

El Infante Don Fernando marchaba á retaguardia de la comitiva, escoltado por las cien lanzas, silencioso y ensimismado.

Al anochecer llegamos á Roa, y penetrando hasta la plaza Mayor del pueblo, nos detuvimos ante una casa solariega, propiedad del Capitán Bendaña, que formaba parte de la comitiva.

Habíasela destinado para alojamiento del Cardenal Regente.

Desmonté presuroso y me dirigí á abrir la portezuela de la litera.

El Cardenal no salió. Trajéronse antorchas para alumbrar el camino, y á su luz pude ver al Cardenal caído en el interior y perdido el conocimiento.

Inmediatamente se le colocó en una silla de mano y se le subió á su habitación, acostándole en el lecho.

Un estertor profundo salía del pecho del anciano. Los médicos tomaron enérgicas disposiciones para atajar los estragos del mal.

La crudeza del día había agravado las ya incurables dolencias del prelado.

Desgraciadamente el mal, lejos de amortiguarse, fué tomando mayor incremento. Sin embargo, como la esperanza es lo último que abandona el corazón humano, todos confiábamos en un milagro de la Providencia. Al decir todos, digo mal, porque los médicos convinieron desde los primeros momentos en que el Cardenal marchaba á un desenlace funesto, que no se haría esperar muchos días.

Llegó el día 6 de Noviembre. Aquella mañana se recibió una carta del Rey, dándole cuenta al enfermo de su entrevista con la Reina Doña Juana, á la que había encontrado muy

mejorada de razón. Decíale también que en Mojados, pueblo no lejano, le esperaría para tener una entrevista con él; y terminaba deseándole gran mejoramiento de salud.

Aquella noche el Cardenal tuvo un violento ataque de fatiga que le dejó en gran postración. Los fieles amigos y servidores que le rodeábamos notamos la descomposición de su semblante. La nariz parecía más afilada, sus ojos, siempre vivos y penetrantes, estaban más hundidos y apagados; y el color cetrino de su faz iba tomando ese tinte lívido del cadáver.

El Cardenal debió conocer que se acercaba su fin, porque nos mandó retirar, ordenando solamente á Varacaldo, su secretario particular, que tomase recado de escribir y se quedase á su lado.

Al cabo de una hora, el enfermo me llamó junto á su lecho, y me dijo estrechándome las manos:

—Acabo de hacer por tí y por Doña María el último esfuerzo. En una carta que envío al Rey le recomiendo encarecidamente mire por tu porvenir y te retenga á su lado. Le suplico también apadrine tu enlace.

—Ahora, hijo mío, retírate, y dí á mi notario que venga, pues quiero hacer testamento.

Suñamente conmovido besé la mano de mi

protector, y salí de la alcoba, ordenando penetrarse su notario.

Concluída aquella formalidad, el Cardenal mandó entrar á todos sus fieles amigos y servidores. Despidióse de ellos uno por uno, y al llegar á mí exclamó, tendiéndome los brazos:

—Adiós, Luis; hijo mío, siento morir sin haber consumado tu dicha; Dios, que todo lo puede, dispone las cosas de otro modo; conformémonos con sus inapelables fallos.

Procura ser fiel al Rey, nuestro señor, derramando tu sangre en su defensa y en la de la Sacrosanta Religión en que nacimos y vivimos.

Sé feliz con tu esposa y hazla todo lo dichosa que yo deseo; y encomendadme á Dios en vuestras oraciones.

Ahora, adiós, y que el cielo te bendiga como yo te bendigo.

Caí de rodillas, llorando copiosamente, y el anciano tendió sobre mi cabeza sus temblorosas manos.

Nunca he llorado como aquel día; ¿á qué ocultarlo? No me avergüenzo de ello, porque al tener la certeza de que mi venerable protector me abandonaba para siempre, sentí algo como vacío y soledad en mi derredor; algo incomprendible que se separaba de mi sér y que sumía mi alma en honda tristeza.

El enfermo, después que dió el último adiós á cuantos rodeaban su lecho, solicitó con encarecimiento le dejasen para dedicarse á Dios y hacer sus últimas oraciones.

Quedóse solo con su confesor, un hermano de su orden, que le administró también la postrera Comunión.

Para recibir la Sagrada Forma, el Cardenal se vistió un áspero hábito de jerga; atóse un cordel al cuello, y de rodillas y sostenido por dos de sus hermanos, recibió con gran unción el Augusto Sacramento.

Después los frailes franciscanos comenzaron á entonar las preces de los agonizantes, que repetía el Cardenal con débil voz.

En el exterior de la casa la muchedumbre se agitaba silenciosa, ávida de recoger noticias.

De improviso aquel mar de cabezas se agitó en dirección al camino de Madrid.

Un jinete venía á escape, con un pliego en la mano.

—¡Correo real! ¡Correo real!—gritaron varias voces.

Al oirlas asomámonos á las ventanas; pero ya el mensajero había traspuesto el umbral de la casa y subía presurosamente las escaleras.

El Almirante de Castilla y el Infante Don

Fernando salieron á su encuentro, deteniéndole.

—¡Demasiado tarde!—exclamaron.

—¡Cómo! ¿ha muerto?—repuso el enviado real.

—No, pero está agonizando, y ya es todo inútil. Pasad y os convencereis.

Y el Almirante abrió la puerta del aposento del prelado.

En aquel momento el moribundo, plegando sus manos en actitud beatífica, exclamaba:

—*In te domine speravi.*

Después su cabeza cayó pesadamente en la almohada, y los contornos de su cuerpo fueron adquiriendo rigidez.

Fray Francisco Ximénez de Cisneros, Arzobispo de Toledo, Inquisidor general de Castilla y Cardenal Regente del Reino, habitaba en el seno de Dios.

CAPÍTULO XLIII

Fin de la relación de Don Luis

Inmediatamente vistiéronle sus hábitos pontificales, y en su misma alcoba se colocó la cámara ardiente.

El pueblo penetró en tropel para rezar ante el féretro, y no faltó quien hizo correr la voz entre la muchedumbre de haber visto un resplandor grandísimo orlar la cabeza del difunto.

Aquella versión circuló con la velocidad del rayo por todo el pueblo de Roa, que en masa quiso besar las vestiduras del Cardenal, y hubo alguien que, aprovechándose de la confusión, cortó de los hábitos pontificales algunos trozos para guardarlos como reliquias.

En cuanto á la carta que se había recibido de S. A., y que el Almirante abrió y leyó como

la persona de más jerarquía que allí quedaba, era una prueba más de la ingratitud de los mortales.

Decíase en ella al Cardenal, entre otras cosas, que comprendiendo el estado delicadísimo de su salud, le autorizaba para retirarse á su diócesis de Toledo á vivir tranquilamente.

Los que habíamos sido fieles al Cardenal, nos alegramos sobremanera de que no llegase á oírlo, pues aquél desengaño hubiera amargado los últimos momentos de su vida.

El cadáver, que estuvo expuesto durante dos días, fué al fin encerrado en una caja y conducido en seis hasta Alcalá de Henares, donde de orden de S. A. se le hicieron unos funerales pomposísimos, enterrándole después en la capilla del Colegio de San Ildefonso, fundado por él.

El testamento de Cisneros, abierto y leído ante los señores del Consejo, á quienes había nombrado sus testamentarios, disponía que de sus arcas se me entregasen quince mil ducados (1) en oro, como recuerdo del amor que me había profesado. Disponía además un cuantioso legado para las instituciones de su Orden y gran número de limosnas.

Permanecimos en Alcalá Esteban y yo dos

(1) Cuarenta y cinco mil duros.

días más; y ya dispuestos para marchar, fuímos por última vez á rezar ante la tumba de mi anciano y virtuoso protector.

Después emprendimos tristemente el camino de Madrid, donde me detuve para saludar á mi tía, saber de Doña María y recoger los quince mil ducados que el tesorero del Cardenal me entregó sin obstáculo.

Por último, y como ya nada me quedaba que hacer, tomé el rumbo hacia Alonsalvas para abrazar á ustedes y esperar que S. A. se digne llamarme á su presencia, pues ya indiqué á Varacaldo el punto de mi estancia.

Ya han oído ustedes la relación de mis aventuras.

CAPÍTULO XLIV

Un año más tarde

Ha transcurrido un año desde los últimos sucesos.

Don Luis no ha recibido aun aviso para presentarse al Rey; y esto le tiene disgustado, pues sospecha si la postrera carta de Cisneros habrá caído en las aguas del olvido.

Durante este tiempo ha hecho tres viajes á Madrid para enterarse del estado de salud de su prometida y de su buena tía Doña Isabel.

Allí le han dado noticias de que el Rey sigue paseándose por el centro y Norte de España.

Desde Valladolid (donde los Procuradores en Cortes le han dado sendos disgustos negándose á prestar juramento si él no asociaba en los documentos públicos el nombre de su madre

al suyo), ha partido para Zaragoza, en la que ya lleva cuatro meses sin conseguir que las Cortes aragonesas le presten juramento de fidelidad.

El Infante Don Fernando ha partido para Alemania de orden de su hermano á hacer compañía á Maximiliano de Austria, su anciano abuelo.

También le han hecho saber el descontento que reina en toda la nación por la despótica conducta del joven Monarca, aunado por sus ambiciosos cortesanos; y susúrrase que se ha constituido una asociación secreta, llamada la Santa Junta, para propagar la idea revolucionaria.

Durante la permanencia en Alonsalvas, Esteban no está ocioso; ha cogido su vieja balleta, arrinconada en los desvanes de la casa solariega, y acompañado de Loth y Leda, los dos viejos lebreles, marcha al amanecer con dirección al monte á ejercitar su antigua destreza de cazador, que dicho sea de paso, no ha olvidado.

Otras veces se entretiene en tirar á las armas con su discípulo Don Luis, como cuando éste era niño.

Don Fernando sigue en el mismo estado, aunque algo más animado por la presencia de su hermano.

Don Enrique y Doña Clara, muy satisfechos del próximo enlace de su hijo con Doña María, pues estiman las buenas condiciones personales de la joven, de la que les da frecuentes noticias Doña Isabel.

Respetan, además, los deseos del difunto Cardenal, y como prueba de buen recuerdo desean la boda, que sólo espera el aviso del Rey, del cual hace falta, además, el consentimiento.

CAPÍTULO XLV

La buena nueva

Pero como en este mundo todo tiene fin, la impaciencia de Don Luis también lo tuvo.

Una tarde, que, acompañado de Esteban había bajado al llano para cazar palomas con halcón, vió venir un jinete, que indudablemente se dirigía hacia ellos, pues dejando el camino real se vino por una trocha á su encuentro.

Aquel hombre, que vestía media armadura y llevaba levantada la visera del casco, podría tener unos cincuenta años. Su faz, curtida por el sol estaba cubierta por una espesa barba gris; parecía un viejo soldado.

El desconocido detuvo su caballo, y dijo con acento alegre á Don Luis:

—¿Quereis decirme, señor hidalgo, si ese pueblo que se divisa allá arriba es por ventura Alonsalvas?

—El mismo.

—¡Pardiez! me alegro; porque habeis de saber que vengo desde Zaragoza mudando de caballo cada doce horas; pero como yo no he podido cambiar de pellejo, adviértoos que lo tengo por mala ventura mía como una criba, de seguro.

Vengo buscando á D. Luis Gutiérrez Navarro.

—Pronto habeis topado con él--repuso Don Luis--porque le teneis delante.

—Pues huélgome dello, porque así entregaré en vuesa propia mano una carta de S. R. el Obispo de Badajoz.

Abrió Don Luis el pliego, que le entregó el desconocido, y al leerlo lanzó una exclamación de alegría.

Veamos nosotros lo que decía la carta:

«A D. Luis Gutiérrez Navarro, salud y bendicion: Honrando la memoria del que fué mi amigo y superior en el mundo, y que ya mora en la mansión de la Bienaventuranza, Fray Ximénez de Cisneros, no he cejado un punto hasta conseguir que S. A., nuestro Rey y señor, acordase en su ánimo de recibiros é agasajaros é serviros como vuestra hidalguía mercesce.

»He hablado de vos á S. A., como á su vez lo hizo en sus cartas á mí el que ya pasó á mejor vida.

»Su Alteza ha manifestado al fin deseos de conoceros, y háme dicho que se os llamara.

»Yo, con toda la priesa que me permiten mis setenta años, os dirijo esta misiva para que sin pérdida de tiempo os presenteis en esta ciudad de Zaragoza, donde os espera, para servir de introductor el que os envía su bendición é cordial saludo.

JUAN, OBISPO DE BADAJOZ.»

—Esteban—exclamó alegremente Don Luis.— Hay que dejar ya la caza por la espada. Marchamos mañana al amanecer.

—¿Adónde?— contestó Esteban con extrañeza.

—A Zaragoza, donde se halla el Rey.

—No sabeis—dijo el portador de la carta á Don Luis—lo que os agradezco que no partamos hasta mañana; porque á fe de Juan Sin Penas, como me llaman mis compañeros, tengo el cuerpo molido y el estómago como un odre vacío. Y creo que vuesa merced se servirá ordenar á su cocinero me dé algo que echar á perder con los dientes.

—Ya lo creo—repuso alegremente Esteban, mezclándose en la conversación;—tenemos allí

un venado que maté ayer tarde, que está diciendo comedme, y en la bodega no faltan algunos pellejos llenos de vino de la Mancha que encandila los ojos y alegra el corazón.

—Mirad—dijo el llamado Juan Sin Penas— en cuanto á lo segundo no necesito yo de vino alguno, pues por algo me nombro como saben.

—¿Y qué se dice del Rey?—le preguntó Don Luis.

—Se habla de su próxima partida, pues su abuelo, el Emperador Maximiliano, ha pasado á mejor vida. Se dice también que han ido á Zaragoza algunos emisarios de no sé qué ciudades á pedirle á S. A. que no se vaya; pero el Rey, que no es lego en esto de adobar voluntades, les contesta con evasivas, y no les dice ni que sí ni que nó, y concluirá por marcharse; que el que tiene la lanza por el palo sacude á los de abajo, y más vale callar y tener la lengua quieta.

Por fin llegaron los tres viajeros á Alonsalvas. Don Luis fuése derecho á decir á sus padres la buena nueva, mientras Esteban llevó á Juan Sin Penas á la cocina, donde en breve comenzó á dar cuenta de un abundante plato de carne asada y un gran jarro lleno de vino.

Doña Clara, que quería mucho á su hijo, comenzó á derramar lágrimas pensando en la partida; Don Fernando, más alegre desde que

estaba en Alonsalvas Don Luis, empezó á ponerse triste y ensimismado, y D. Enrique disimulaba mostrando un semblante alegre, aunque tenía el corazón tamañito como una ave-llana.

Aquella noche la cena fué triste; únicamente Don Luis procuraba animar la conversación; pues él, casi no comía de alegría pensando en su boda ya cercana; y aquella noche, cuando llegó á dormirse, soñó que el Rey le ponía una banda de Mariscal, y le apretaba la mano afectuosamente llamándole primo.

¡Dichosos los sueños de la juventud!

CAPÍTULO XLVI

La hostería de Toledo

A la mañana siguiente, cuando ya comenzaba á alborear, Don Luis, temeroso de provocar las escenas tiernísimas de la despedida, rehusó ver á su madre y á su hermano, y dando un abrazo á su padre del que únicamente no había podido evadirse, pues dormía en su mismo aposento, sacó su caballo con gran cuidado al zaguán, montó en él, y clavando espuelas salió del pueblo á buen paso seguido de Esteban y de Juan Sin Penas, que habían hecho lo mismo

Bajaba ya por las pendientes calles de Alonsalvas, cuando sintió gritar:

—¡Hijo! ¡Hijo mío! ¡Adiós!

Volvió la cabeza y vió á su madre que desde el balcón principal de la casa solariega, le

despedía agitando el blanco pañizuelo; y detrás de Doña Clara asomaba la demacrada faz el pobre Don Fernando, fruncido el ceño por el dolor.

Don Luis no quiso que sus compañeros de viaje vieran dos lágrimas, que desprendidas de sus ojos resbalaban por sus mejillas, y bajó la visera de su casco, animando á su corcel que emprendió un vigoroso trote.

Bien pronto Alonsalvas fué perdiéndose entre los brumosos celajes de la mañana, mientras el sol naciente con sus oblícuos rayos, dibujaba en el llano las sombras de nuestros tres viajeros, gigantescas é inverosímiles.

Ya bien entrada la noche, llegaron á Toledo metiéndose en la primera posada que hallaron al paso; ansiosos de dar descanso al fatigado cuerpo y reparar el desfallecido estómago.

El posadero, hombre gordinflón y hablador en extremo, les ponderó un jigote que estaba á la lumbre y pronto en sazón; después llevóse los caballos á la cuadra.

En la anchurosa cocina de la posada, que servía de comedor, no había, además de nuestros amigos, otras personas que una moza de rollizas caderas y ademán desenvuelto, ocupada en cubrir con un mantel, nada limpio, una mesa donde había un sujeto cuyo semblante no era posible ver, pues el farol que

alumbraba la estancia estaba pendiente de una cuerda y lo bastante alto para dejar en la sombra el rostro del desconocido, oculto bajo un sombrero de anchas alas.

Aquel hombre vestía el traje de labrador rico; y como suponemos que nuestros lectores se extrañarán de que nos fijemos tanto en él, les diremos que el individuo tenía unas manos finas y pequeñas, cosa impropia de un labriego, aunque fuese acomodado.

Contrastando con el silencio del viajero, que tenía enfrente al posadero, ya de vuelta, y que le molía á preguntas sobre el estado de las siembras y precios de los cereales, estaba la locuacidad de Juan Sin Penas, que no dejaba en paz á la fornida maritorraes, requiriéndola de amores, todo esto, por supuesto, con cierto comedimiento, pues aunque Don Luis no era orgulloso y admitía á su mesa, en aquellas circunstancias á Esteban y á Juan Sin Penas, mediaba siempre la distancia del jefe á los subordinados.

El posadero, viendo que el desconocido no gustaba de su conversación, faesé á la mesa de nuestros amigos codicioso de charlar.

— Oíd, señor bellaco—dijo Juan alegrementemente—huéleme ese jigote á pasado, y me temo que si lo dejais mucho á la lumbre nos quedemos sin probarle.

—Nó, por mi ánima, que aun nó está en sazón. Ya verán vuestas mercedes qué conejo tan rico.

—Gato, querreis decir; pues mientras estabais conversando con aquel viandante, sentí salir de la olla dos ó tres maullidos.

—Buen humor tiene el soldado—dijo jovialmente el posadero.

—Será lo único que tenga yo bueno, pues os aseguro que mi faltriquera anda tocándose pecho con espalda, y mi pellejo lo tengo cosido de recuerdos que me dejaron los enemigos del Rey, nuestro señor, en Africa y en Italia, sirviendo á las órdenes de Don Hugo de Moncada.

—¿Y hoy, dónde servís? Porque tengo entendido que las tropas á que os referís han sido licenciadas.

—Hoy formo parte de los cuatrocientos hombres que sostiene á sueldo el Duque de Alba.

Entretenidos en esta conversación, no repararon nuestros conocidos en otro sujeto, un fraile de la Orden de San Francisco que había penetrado en la cocina, yendo á sentarse con el desconocido.

Después de darse las manos, éste comenzó á hablar en voz baja con el recién llegado: oigamos lo que decían:

—¿Está todo dispuesto? — preguntó el que vestía de labrador al fraile, cuya barba negrí-

sima asomaba por bajo de la capucha, contrastando con el semblante cuidadosamente afeitado de su interlocutor.

—Todo. Hoy mismo salen mensajeros para las ciudades incitándolas al levantamiento.

—Es preciso mucha cautela. Allí enfrente—dijo el labriego señalando á Don Luis—está un jóven Coronel, á quien protegía mucho el difunto Cardenal. Por lo tanto creo que nos conviene alejarnos de aquí. Había encargado que me diesen de cenar, pero llamaré al posadero y le diré que me habeis convidado á hacerlo en el convento.

El labrador llamó al posadero y le pidió la cuenta de la comida encargada, pagándosela en seguida y saliendo de la posada, sin escuchar las protestas del dueño, que se lamentaba de que no probase el rico jigote ya en su punto.

Nuestros amigos cenaron con gran apetito y después se fueron á dormir.

A la mañana siguiente salieron del mesón, ni sin que Juan Sin Penas asegurase antes á la moza de él, que bien pronto tornaríá por ella para hacerla Reina de unos estados muy numerosos que había tomado al Gran Sultán.

CAPÍTULO XLVII

De Madrid á Zaragoza

Un día más tarde arribaban á Madrid triste y solitario, pues la mayor parte de la nobleza y gentes de armas estaban con el Rey.

Don Luis encaminóse á casa de su tía, á la que abrazó tiernamente; ésta le refirió cómo Doña María era ya su hija adoptiva legalmente, y cómo ansí mesmo en adelante se llamaría Doña María Navarro y Moncada, Alvarez de Mendoza y Gutiérrez de Carvajal; que éstos eran los apellidos de su muy ilustre tía.

Doña Isabel consiguió de la abadesa del convento que en su presencia pudiese Doña María avistarse con su prometido, como así sucedió, viéndose en el locutorio.

Don Luis refirió á Doña María todo lo acae-

cido durante su estancia en Alonsalvas y los gustosos que sus padres eran en el casamiento.

Estas buenas nuevas dieron ánimo á la reclusa para esperar la fecha dichosa de los desposorios con paciencia y resignación.

Después de dos horas largas de sabrosa plática despidiéronse los dos amantes diciéndose con los ojos lo que no podían decirse con los labios por respeto al lugar sagrado en que se encontraban.

Doce horas más tarde Don Luis y sus dos compañeros salían de Madrid por la puerta de Guadalajara y se encaminaban á Alcalá, donde llegaron ya bien entrada la noche.

A otro día y antes de continuar el viaje, fueron á rezar un momento ante el sepulcro del Cardenal; piadoso deber que Don Luis no olvidó jamás, siempre que tuvo ocasión de pasar por aquel pueblo.

Nada de particular les aconteció en cinco días que tardaron en llegar á Zaragoza. Y aquí hacemos capítulo aparte.

CAPÍTULO XLVIII

Un proyecto de Don Luis

Alegre y bulliciosa encontraron la capital de Aragón; engalanados estaban los balcones y azoteas; flámulas y gallardetes se veían ondear de trecho en trecho en las calles, por donde discurría apiñada muchedumbre.

Allá á lo lejos se oía confuso sonar de trompetas y atambores y vivas y nutridas aclamaciones.

Absortos y parados quedaron en el Coso nuestros amigos sin adivinar qué sería aquello; cuando Juan Sin Penas, menos paciente ó más atrevido que los otros, no quiso seguir en aquella incertidumbre y preguntó á un hombre que se había detenido cerca de nosotros.

—Decid, buen hombre: ¿Qué significa todo

ése aparato? ¿Es que S. A. el Rey se va de Zaragoza?

—S. M. el Emperador, querreis decir.

—¡Cómo!—exclamó D. Luis mezclándose en la conversación.

—Sí, señor. Los electores de Alemania han elegido á Don Carlos Emperador; y en las Cortes que aquí se celebraron ayer, los Procuradores acordaron sustituir al tratamiento de Alteza el de Majestad.

—¿Según eso, ya ha sido jurado Rey?

—Sí, señor; gracias á los esfuerzos de Don Alonso de Aragón, su tío, actual Arzobispo de Zaragoza; que si nó, otra cosa hubiera sido; pero ya veis lo que es el pueblo. Hoy se desgañita en vitorearle y acaso en sembrar de flores su camino.

En celebrad del fausto suceso se celebra hoy un gran torneo, en que combaten muchos ilustres caballeros.

Despidiéronse nuestros amigos de su interlocutor y siguieron hacia donde sonaban las aclamaciones.

Al volver la esquina divisaron á lo lejos inmenso gentío y encamináronse allí.

—¡El Emperador!—gritó Juan Sin Penas.

Al escucharle, dirigieron la vista Don Luis y su escudero hacia donde señalaba el soldado, y apresuraron el galope de sus corceles con

objeto de poder contemplar de cerca al Monarca.

Delante de numeroso séquito y completamente solo, caballero sobre un brioso corcel, marchaba Carlos I de España y V de Alemania en breve.

Representaba unos veinte años y su semblante muy blanco y descolorido, comenzaba á cubrirse con una finísima barba de un rubio muy claro.

Las facciones pronunciadas y el cuerpo esbelto y de marcial apostura.

Vestía riquísimo traje de brocado negro, y en la gorra llevaba un diamante de gran tamaño y de un valor inapreciable.

Detrás del Emperador marchaban el Conde de Oropesa, la Infanta Doña Leonor, la Reina Germana, el Arzobispo de Zaragoza, el Conde de Brandeburgo y más de cuatro mil caballeros é Hijodalgos que desde el desembarco de S. M. habían ido engrosando la comitiva.

Al ver á la Reina viuda, Don Luis no pudo reprimir un movimiento de sorpresa, é instintivamente bajó la visera de su casco para no ser reconocido.

Doña Germana no se apercibió siquiera de la presencia de Don Luis, pues marchaba en animada plática con el Marqués de Brandeburgo, joven elector de Alemania, que había venido acompañando al Emperador.

La comitiva fué alejándose, penetrando la Corte en el Palacio arzobispal donde estaba alojada.

Don Luis y sus compañeros fuéronse á una hostería, donde comieron con gran apetito. Allí les enteraron que el Obispo de Badajoz paraba en un convento de monjas no lejano de la hostería.

Juan Sin Penas despidióse de Don Luis y su éscudero para incorporarse á la escolta de su señor, mientras nuestros dos amigos, después de sacudirse el polvo del camino, tomaban la dirección del convento donde se alojaba el Obispo.

Este, que ya esperaba con impaciencia á Don Luis, hízolo pasar á su cámara en seguida, estrechándole la mano con señaladas muestras de afecto.

Era el Obispo de baja estatura y algo obeso; el semblante era muy expresivo y siempre sonriente.

Manifestó á Don Luis que debiendo aquella tarde celebrarse un torneo, demoraría la presentación al Monarca hasta el día siguiente; y después le enteró de multitud de asuntos de interés palpitante en la corte, entre otros del próximo casamiento de Doña Germana con el Marqués de Brandeburgo, del que estaba locamente enamorada.

Hablaron después del torneo que debía tener lugar aquella tarde, y de que presidiría la Reina viuda en compañía de la Infanta Doña Leonor.

Los justadores, que habían de ser caballeros hijodalgos, podrían entrar libremente en el palenque.

Don Luis concibió la idea de vengarse de alguna manera de Doña Germana, y decidió tomar parte en el torneo de aquella tarde, presentándose á luchar con el de Brandeburgo.

Confiaba nuestro amigo en su destreza y brío para vencer á su adversario; y recibir luego el premio de manos de Doña Germana.

Cuando salieron del alojamiento del Obispo, Don Luis confesó sus propósitos á Esteban, que le contestó:

—Dejáos, señor, de seguir en tal empeño; ¿qué os importa ya la Reina Germana? Habeis recobrado á Doña María; en breve os casareis y nada os faltará para ser feliz.

—¡Oh!—repuso vivamente Don Luis— esa mujer me ha hecho mucho daño. Consintió en partir de España, sin dejarme tranquila el alma, sin devolverme á mi bien amada María. Ahora que encuentro ocasión propicia daré, si puedo, un mal rato á esa mujer sin corazón.

—¿Pero y si vos sois herido?

—No hay cuidado, pues se luchará con lan-

zas sin punta ni filo, pues el Emperador no quiere se derrame sangre.

Inútil fueron algunas advertencias más que le hizo Esteban, y decidido á todo se proporcionó por conducto de Juan Sin Penas, al que Esteban fué á buscar, las armas de combate.

CAPÍTULO XLIX

El torneo

El espacio resonaba con los sones de los clarines; la muchedumbre zaragozana se encaminaba al sitio del espectáculo alegre y bullicioso, tan alegre como el cielo, que no empañaba ni la más ligera nubecilla.

Poco después de mediodía, lucida comitiva se encaminó á la tribuna.

El joven Emperador, que vestía rico traje de brocado carmesí, dejó el sitio de preferencia á la Infanta Leonor y á Germana de Foix, que había dejado las tocas de la viuda para ataviarse con rica vestimenta blanca, cuajada de valiosos bordados salpicados de pedrería.

Notábase en el semblante de ésta extraordinaria ansiedad; era, sin duda, que temía por el que muy pronto iba á ser su esposo.

A una señal del Emperador abrióse el pa-

lenque para dar entrada á los justadores, que según se decía, eran en número de veinticuatro.

Haremos gracia á nuestros lectores de no describir las peripecias de los combates ajenos á los personajes de nuestra historia, y daremos cuenta de lo que aconteció á Don Luis.

Este, que se hallaba entre la muchedumbre con la visera calada, esperaba el momento en que el Marqués de Brandeburgo apareciera en la arena.

Llegó por fin el instante decisivo. El noble alemán, acompañado de dos pajes que le llevaban las armas y el pendón de su casa, que era amarillo, con un águila roja, cruzó el campo de combate, y cogiendo un pesado lanzón fué á golpear con él la plancha de desafío; después se colocó en un puesto esperando contrincante.

Don Luis, completamente baja la visera y llevando cruzada encima de la coraza la banda de coronel, entró en el palenque acompañado de Esteban, que llevaba el rostro cubierto con un antifaz.

Después golpeó á su vez la plancha retando al de Brandeburgo, y se colocó en el extremo opuesto al de su contrario.

Dada la señal, los combatientes salieron con ímpetu. Espesa nube de polvo se levantó al

poderoso galopar de los corceles; crugieron las armaduras y las lanzas hechas astillas volaron á gran altura.

Cuando se aclaró la atmósfera, vióse á los dos caballeros volver tranquilamente á sus puestos. Las lanzas se habían roto en el choque sin herir á los contendientes.

Tomadas nuevas armas hicieron la segunda salida. Esta vez y cuando el polvo dejó contemplar á los justadores, vióse al Marqués de Brandeburgo en el suelo perdido el conocimiento; era que Don Luis, más diestro esta vez que su adversario, hábale embestido con la lanza en medio del pecho y arrancándole de la silla, le hizo dar con su cuerpo en tierra, quedando sin sentido con lo rudo del golpe.

La Reina Germana lanzó un grito penetrante al ver á su prometido en el suelo; y el Emperador dió orden de que se enterasen del estado del vencido, que afortunadamente no ofrecía gran gravedad.

El pueblo, que no olvidaba nunca los vejámenes de los flamencos, se alegraba de la victoria de Don Luis, á quien aplaudía frenéticamente.

Este esperaba la orden para recoger el galardón.

Dos pajes vinieron á tenerle el caballo del diestro. Desmontó y subió por las gradas de

la tribuna é hincó la rodilla ante la Reina Germana, que pálida y demudada le colocó una banda carmesí, en la que se leía este lema:

Ostenta altiva la faz

En la guerra y en la paz.

—Yo os coloco esta banda—exclamó Doña Germana con voz conmovida—como premio que el Emperador os da por vuestra destreza; en el bien entendido que la empleareis en cuantas ocasiones sea preciso en defensa de S. M., de la religión y de la patria.

—Señora—repuso Don Luis—sea V. A. intérprete con el Soberano de mi leal adhesión al trono, adhesión no desmentida desde que mis antepasados empuñaron las armas. Tengo un apellido harto conocido para que no se dude de la veracidad de mis palabras.

Y alzándose la visera del casco, Don Luis dejó al descubierto la faz.

—¡Don Luis!—exclamó la Reina viuda, pálida y demudada.

—El mismo, señora—replicó prontamente nuestro caballero— Don Luis, que suplica á Vuestra Alteza le perdone por haber retado y vencido al prometido de V. A.

La conversación anterior, dilatada más de lo regular en aquellas circunstancias, llamó la atención del joven Monarca, que preguntó al

Obispo de Badajoz, situado cerca de él, quién era el vencedor.

El prelado, que había reconocido á Don Luis, aprovechó la ocasión, y repuso:

—Señor, ese joven es el que el difunto Cardenal recomendó á V. M. en su carta postrimera.

—Pláceme en extremo eso que me decís; llamadle y hacerle venir á mi presencia.

Cumplióse en seguida la orden soberana, y Don Luis llegó junto al Monarca, hincó la rodilla en tierra y besó la diestra de Carlos V.

—Quería conoceros — exclamó el Emperador — pues cuando el difunto Cardenal me os recomendó tan eficazmente, debeis ser modelo de caballeros. Servíos, pues, demandarme la merced que querais, en la inteligencia que os será concedida.

—Señor — exclamó osadamente nuestro amigo — no deseo más sino que V. A. me coloque en sitio donde pueda probar mi leal adhesión á mi Rey y señor.

—Está bien — contestó Don Carlos, á quien no desagradó la respuesta del joven. — Id mañana á palacio, y hablaremos y dispondremos lo que más convenga á Nos y á vuestros deseos.

Un murmullo de curiosidad corría mientras tanto por la apiñada muchedumbre, ávida de

saber por qué aquel incógnito justador depar-
tía tan largamente con el Soberano.

Sin embargo, su curiosidad quedó sin satis-
facer. Don Luis despidióse del Emperador, bajó
las gradas de la tribuna, montó en su corcel,
y salió del palenque seguido de Esteban y entre
las aclamaciones de la multitud.

CAPÍTULO L

Dos ejecutorias de nobleza

La fiesta concluyó ya bien entrada la noche, hasta el punto de que fué preciso alumbrar el paso de la comitiva que se retiraba, con sin número de antorchas, lo que daba al espectáculo un aspecto fantástico.

Mientras tanto, Don Luis, enterado de que en la ciudad había una hostería donde se alojaban gran número de nobles caballeros, trasladó su residencia á ella aquella misma noche, encontrándose en la sala baja de la hostería, cenando animadamente á varios antiguos conocidos, entre ellos á Don Antonio Agustín, ex Vicecanciller de Aragón, y á Don Pedro de Navarra, Mariscal francés. Ambos habían sido puestos en libertad recientemente: el primero

había sido nombrado para el mando de un cuerpo en Italia y el segundo iba á partir en breve para Francia.

La llegada de Don Luis, que fué recibido con extraordinario júbilo, animó á los comensales, que hicieron al recién llegado un puesto en la mesa, felicitándole por su triunfo de aquella tarde.

Los circunstantes comenzaron á hablar de las pasadas campañas, se discutieron las venideras, y después de menudear las libaciones y los brindis se retiraron á descansar.

Don Luis se levantó muy temprano, y su primera ocupación fué dirigirse á una ropería de las más afamadas de Zaragoza, donde adquirió un rico traje de corte, de terciopelo carmesí.

A la hora de mediodía, que era la de audiencia, nuestro amigo encaminóse al palacio arzobispal y preguntó por el Obispo de Badajoz, que tenía la costumbre de ir á saludar al Soberano á aquella hora.

Se le respondió que acababa de llegar, y tras corta espera nuestro amigo fué conducido á la presencia del anciano.

—Como señalada prueba de distinción—le dijo el Obispo á Don Luis—S. M. va á recibirnos en sus habitaciones particulares.

Venid, pues, conmigo.
Nuestro protagonista siguió á su introduc-

tor hasta el regio aposento, en el cual encontró á S. M. sentado en un ancho sillón, en cuyo respaldo se veían entrelazadas las garras del león con las águilas austriacas.

Entreteníase el Soberano en acariciar á un corpulento lebré de piel lustrosa y leonada; y un poco más allá, en un extremo de la habitación, la Reina Germana, acompañada de la Infanta Leonor, ocupábase en bordar un estandarte para el regimiento creado recientemente por el Emperador con el nombre de Regimiento Caballería de Austria.

Inmediato á las augustas damas, conversando con ellas, estaba el Arzobispo de Zaragoza, tío de S. M.

Cuando Don Luis se adelantó para besar respetuosamente la diestra de Carlos de Austria, éste le detuvo con ademán cariñoso, exclamando:

—Permitidme, Don Luis. Celebro tener ya ocasión de probaros el sincero afecto que profesaba al Cardenal y la estima en que os tengo; estima que ha hecho aumentar mi madre Doña Germana con los buenos informes que de vos háme dado.

Volvióse Don Luis hacia las augustas damas y exclamó, inclinándose respetuosamente:

—Señora, yo doy gracias á V. A. por sus bondades, á que no soy acreedor.

La Reina Germana miró intensamente á Don Luis, y dijo con afable acento:

—¿Y qué menos podría hacer por el que fué un leal servidor de mi difunto esposo? Buena prueba de ello que os invité á que me acompañárais en mi expedición á Italia.

—Ciertamente, señora; y yo lo agradecí infinito á V. A., aunque en aquellas circunstancias no pude aceptar la honra que me hacíais.

—Pues bien — dijo el Emperador — ahora creo que mis proposiciones no serán desatendidas.

Deseo teneros á mi lado; y aunque en breve voy á partir para Alemania, tan luego como regrese á España, ya no os separareis de mí. Por lo pronto, dignaos aceptar el mando del nuevo regimiento que he creado, y para el cual mi madre y mi hermana están bordando el estandarte.

—¡Señor! — interrumpió Don Luis lleno de orgullo.

—Este regimiento — siguió Don Carlos — en el cual he de poner toda mi atención, pues lo formo de la gente más escogida, ha de servir para mi custodia; además, yo os doy su mando como una ejecutoria de nobleza; en cuanto á vuestro próximo enlace, que yo deseo con ansia, pues tengo las mejores noticias de vuestra futura esposa, se celebrará en vuestro pueblo,

cuya completa posesión os doy con el título de Conde de Alonsalvas.

Y el Emperador, alargando el brazo, tomó de sobre una mesa un pergamino que entregó á Don Luis.

—Por último—siguió el Soberano—como no quiero que vuestra esposa desmerezca de vos, la concedo el título de Condesa de Alventosa, en cuyo pueblo la conocísteis, si mis informes no están equivocados. Anejo á esto disfrutará, de los fondos de mi real tesoro, cincuenta mil ducados anuales. He aquí la ejecutoria que os entrego como dote de Doña María. ¿Estais contento?

—¡Oh, señor!—exclamó Don Luis trasportado, cayendo á los pies del Rey.—¡Cómo prodiga V. M. sus bondades! Tome V. M. mi sangre, mi vida, si esto es preciso, para demostrar mi agradecimiento.

—No he menester de tanto, mi buen Don Luis—repuso el Emperador sonriendo bondadosamente.—Necesito que seais siempre fiel á vuestro Rey, sirviendo lealmente á la religión y á la patria.

Luego añadió cambiando de tono.—Con motivo de mi próxima partida, no podré apadrinar vuestra boda, pero lo hará en mi nombre el Condestable de Castilla. Desde Zaragoza marcharemos hacia Barcelona, desde donde re-

gresaré para embarcarme en la Coruña con rumbo á Flandes.

Vos me acompañareis hasta el segundo de dichos puntos, y después, en uso de la licencia que os concedo, regresareis á vuestros valles nativos para gozar allí de la luna de miel.

CAPÍTULO LI

El Decidor

En este punto de la conversación estaban el Emperador y Don Luis, cuando la puerta se abrió violentamente, dando paso á un hombrecillo algo obeso, y cuya cabeza, bastante voluminosa, estaba adornada con espléndida cabellera.

Su rostro estaba adornado con unos largos mostachos y una barba corta y rala.

—¡Canalla, vill!—gritó el recién llegado á los servidores que estaban fuera del regio aposento. Ahora diré á Carlos que os haga saber el respeto y consideración que debeis al alto y poderoso Señor Don Francesillo de Zúñiga.

Sonrióse el Emperador, y dijo á D. Luis:

—Aquí os presento á este truhán, gloria y prez de las letras españolas.

Efectivamente, el recién llegado, era lo que entonces se llamaba un *Decidor*, especie de bufón, que se ocupaba en divertir á los Monarcas.

Don Francesillo, que había sido servidor anteriormente del Duque de Béjar, abandonó esta compañía apenas fué llegado Don Carlos á España, incorporándose á la comitiva.

Era Don Francesillo hombre de no poca ilustración, pues aun quedan, entre otras obras suyas, la *Crónica del Emperador Carlos V*, modelo de gracia y de satírico estilo.

—¿Quién te irrita de esa manera, mi buen Don Francés?—dijo jovialmente Don Carlos.

—¿Quién ha de ser, sino esa bellaquería de servidores tuyos, que debían estar remando en tus galeras?

¡Ah!—¿tenemos un pájaro nuevo?—dijo cambiando de tono Don Francés, mirando á Don Luis.—Me alegro mucho, así tendré un pájaro más con quien conversar; porque yo me muero por trabar conversación con todo el mundo.

—Te presento—dijo el Emperador—á Don Luis Gutiérrez Navarro, Coronel del nuevo regimiento de Austria.

—Vamos—dijo Don Francés—pronto ha empezado á chupar mi señor Don Luis.

Recibe mi enhorabuena, camarada.

El Emperador soltó una carcajada al oír á

Don Francés, y dijo al jóven Coronel, que había arrugado el gesto al oír al bufón.

—No hagais caso á mi *Decidor*, amigo mio, pues gracias á mi carácter bondadoso le tolero algunas faltas de cortesanía.

Don Francés no hizo caso de las palabras del Emperador, y se acercó al grupo que formaban Doña Germana, Doña Leonor y el Arzobispo, é inclinándose grotescamente ante las damas dijo:

—Bésoos los pies, señoras mías. ¿Cómo consentís á vuestro lado á este Arzobispo de mis pecados, que parece lobo asado ó labrador espantado en fiesta de catedral?

—Mal me quieres—dijo el aludido sonriente.

—Te diré, Alonsilló.—No es que yo te quiera mal; pero como aprecio mucho más á Carlos porque todos sois á darle disgustos y ninguno á complacerle, por eso soy únicamente quien le da señaladas muestras de afecto y sanos consejos, que él no toma, por supuesto...

Alí tienes si no á mi señora Doña Germana, que no me dejará mentir.

Don Francés siguió conversando, y D. Luis, considerando que la entrevista con S. M. se había prolongado demasiado, solicitó retirarse. Besó la mano del Emperador, hizo lo mismo con las augustas damas, y se retiró acompañado del Obispo de Badajoz.

Quando llegó á la hostería, donde Esteban le esperaba impaciente, contó á éste detalladamente todo lo sucedido.

Al enterarse el veterano de las mercedes concedidas por el Emperador, entregóse á trasportes de alegría, tiró el sombrero al aire y gritó entusiasmado:—¡Viva el Emperador!

—¡Ya vereis—decía el viejo soldado—qué batidas vamos á dar en Alonsalvas! No va á quedar un jabalí en todos los montes cercanos, que no presentemos como sabrosa ofrenda á la Condesa, mi señora.

Y luego... cuando tengais un pequeñuelo, le sentaré sobre mis rodillas como á vos, cuando érais niño, contándole las consejas del lugar; y cuando vaya creciendo, en la vieja sala de armas de la casa solariega, le enseñaré á esgrimirlas para que sea un esforzado caballero como su padre y su abuelo.

Don Luis se reía oyendo las elucubraciones de su escudero.

—¡Y cómo se van á alegrar vuestros padres, vuestro hermano, Doña María y Doña Isabel! ¡Nada, nada, todos alegres, todos felices!

Y el viejo escudero comenzó á hacer piruetas por el aposento.

CAPÍTULO LII

Una cita y un encuentro

La gente palaciega enteróse bien pronto de los títulos otorgados á Don Luis y su futura consorte; y cuando los compañeros de hostería de nuestro héroe llegaron á cenar, felicitáronle con gran algazara y regocijo.

Al día siguiente, muy de mañana, recibió Don Luis, cuando aun estaba en el lecho, una misiva.

Leyó inmediatamente su contenido, que era el siguiente:

«Si Don Luis Gutiérrez Navarro no tiene inconvenientes ni temores y quiere acudir esta noche después de las doce á la alameda situada detrás del palacio arzobispal, podrá conversar con una persona de quien ha recibido señalados favores.»

El Coronel hizo menudos pedazos la carta, cuya procedencia sospechaba, y se guardó mucho de dar cuenta á Esteban.

Don Luis estuvo aquella tarde en palacio á cumplimentar á las reales personas, recibiendo nuevas muestras de deferencia del Emperador.

Con Doña Germana y la Infanta Leonor conversó brevemente, limitándose á alabar la obra de bordado de las augustas damas.

Don Luis, á la hora conveniente, mandó retirar á Esteban, y cerca ya de las doce, envolvióse en su capa, tomó su tizona y se dirigió con gran sigilo á la puerta de la hostería, detrás de la que dormía un mozo de caballos.

Despertóle Don Luis, y como era cosa común que los caballeros saliesen á altas horas de galanteos, el mozo, sin replicar, abrió la puerta, y nuestro héroe se dirigió al lugar de la cita por las desiertas calles.

Dió la vuelta por detrás del palacio arzobispal, y apoyándose en un árbol esperó.

Sonaron las doce en el reloj del edificio; algunos instantes después Don Luis vió que en el fondo oscuro del palacio, iluminado á trechos por la luz de la luna, se destacaban dos bultos que avanzaban apresuradamente.

Cuando la distancia se acortó, nuestro héroe conoció que dos mujeres se acercaban. Una de

ellas se adelantó, y encarándose con el Coronel dijo con voz tenue:

—Don Luis...

—Servidor de V. A., señora.

—Callad, por Dios; pudieran oiros—dijo la dama, poniendo la mano en la boca de Don Luis.

—Señora, estoy á vuestras órdenes.

—Pues bien—dijo la tapada—permitidme que me apoye en vuestro brazo; así podremos hablar sin temor y sin necesidad de alzar la voz. Don Luis, os he amado, os amo aún, porque vos abristeis mi alma á la luz hermosa del amor.

Por circunstancias especiales voy á unirme en breve con un hombre modelo de caballerosidad y de hidalguía. Yo invoco la vuestra para que deis al olvido nuestro pasado, para que me jureis por vuestro honor dar al olvido á mis locos desvaríos del ayer.

Vos no podeis tener queja de mí. El Emperador ha oído de mis labios los más cumplidos elogios respecto de vos, y eso que me sobran motivos para odiaros, pues para mí habeis sido ingrato en demasía.

—¿Es decir, señora—repuso con acento sarcástico Don Luis—que el premio de mi silencio son las ejecutorias de nobleza que ayer me entregó S. M.? Siendo así, podrías haberlas excu-

sado, pues jamás pasó por mi mente vender ni pregonar vuestros secretos de amor.

Además, señora, demasiado sabeis que yo también tengo sobrados motivos para odiaros, porque vos me arrebatásteis violentamente á Doña María.

—¿Lo creéis vos así?—repuso vivamente Doña Germana.

—¡Oh!—dijo el joven Coronel mintiendo osadamente.—Preguntádselo sino á Maese Roquejo y os sacará de dudas.

—¡Miserable!—murmuró Doña Germana.—Pues sí, es cierto: perdonadme y no os vengueis de mí.

—¡Ah! señora, ya me he vengado. El día de torneo me vengué venciendo á vuestro prometido.

—¿Luego vos aceptásteis la lucha con ese objeto determinado?...

Llegaban á este punto de la conversación cuando la otra acompañante de Doña Germana acercóse á ellos y les dijo aceleradamente:

—Retiraos, por Dios; se acercan hácia aquí dos embozados.

—Aun volveremos á vernos; quiero despedirme de vos sabiendo que no me guardais rencor, murmuró la Reina viuda.

—Adiós, Don Luis.

—Adiós, señora.

Doña Germana y su acompañante se encaminaron á palacio con ligero paso, y nuestro amigo se recató detrás de un árbol, pronto á acudir al socorro de las damas, si los desconocidos se atrevían á impedirles el paso.

Los que nuevamente llegaban marchaban hablando animadamente; apresuraron el paso y se colocaron al lado de las tapadas.

Una de ellas, á quien por la distancia no le fué posible reconocer Don Luis, lanzó un grito:

Rápido como el pensamiento éste desenvainó la espada, y dirigiéndose al grupo gritó:
— ¡Caballeros! paso franco á las damas.

Volviéronse los desconocidos á la voz de Don Luis, y al verle en guardia desnudaron sus aceros.

Uno de ellos, mientras el otro resguardábase el rostro con el embozo de su capa, replicó á Don Luis con marcado acento extranjero:

— ¡Pardiez! ¿Y con qué derecho intentais estorbarnos el paso?

— Con el que me dan la punta de mi espada y una voluntad de hierro.

— ¿Y si no quisiéramos complaceros?

— Tendríais que buscar mi pecho.

— Pues en guardia.

El desembozado atacó vivamente á Don Luis; y éste, observando que el otro incógnito no perdía de vista á las damas, que se alejaban á

buen paso, se tiró á fondo, teniendo el agredido que ponerse en guardia.

—Defendedos vos también, que á los dos me atrevo.

Don Luis no pensaba otra cosa que sostenerse á la defensiva para dar tiempo á que las damas desapareciesen de la escena; había reconocido á sus adversarios; pero decidido á salvar la honra de Doña Germana, aceptaba hasta el extremo de ser herido ó muerto.

¡Sublime ejemplo de abnegación, de que ha dado tantas pruebas el caballeresco pueblo español!

Nuestro amigo volvió un instante la vista y observó que las damas habían desaparecido.

Entonces, bajando la espada y dirigiéndose al que no había desplegado los labios, exclamó con acento respetuoso:

—Señor, aquí está mi pecho. Si V. M. cree que he sido un mal caballero, atravesadme.

Pero considero, señor, que ni de V. M. fuera digno descubrir el incógnito de la dama, que fiada en mi hidalguía, se ampara de mi acero; ni yo fuera acreedor de las mercedes que V. M. se ha servido otorgarme.

La dama que V. M. perseguía está ya á salvo. Venía buscando, no al amante, sino al amigo. Ahora disponga V. M. de mi vida,

El Emperador alargó la mano al joven Coronel, y le dijo afectuosamente:

—Teneis razón. Iba á acometer una villanía, y tanto monsieur de Laxao como yo, os agradecemos la lección, que no olvidaremos nunca.

Don Carlos saludó á nuestro amigo; y seguido de monsieur de Laxao se perdió entre la arboleda, mientras Don Luis se encaminó á su hostería, muy satisfecho de la buena acción que había llevado á cabo.

El baile de los Consejeres

CAPÍTULO LIII

El baile de los Conselleres

Dos días más tarde salía la Corte para Barcelona á donde llegó con toda felicidad.

Don Luis se hospedó en el mismo alojamiento de S. M., pues el Emperador no quiso separarle de su lado.

Demostrábale el Soberano grande afecto; pues acostumbrado á ese servilismo de los palaciegos, del cual ya estaba harto, le complacía en sumo grado la franca rudeza, no exenta de cortesanía, que era el fondo del carácter de Don Luis.

La Reina Germana, que había tenido ocasión de conversar con Don Luis, le había demostrado su agradecimiento.

Con motivo de haber sido jurado Rey Don

Carlos, celebrábase en el palacio de Conselle-
res un gran baile, al que S. M. se dignó asis-
tir, acompañado de las damas de su familia y
altos dignatarios.

Don Luis discurría por los salones con el
pensamiento puesto en Madrid, en el convento
de Santa María, donde la que aún ignoraba ser
Condesa de Alventosa, acaso pensaba en él al
mismo tiempo.

— Cuando más distraído se hallaba, sintió que
la concurrencia se movía abriendo paso; S. M.,
acompañado de Doña Germana y Doña Leonor,
atravesaba el salón.

La primera, al ver á Don Luis, que se había
inclinado respetuosamente ante el Emperador,
dijo al joven Coronel:

— ¿Sereis tan amable que me concedais vues-
tro brazo? Hace aquí un calor insoportable y
deseo refrescar mi frente con la brisa de la
noche.

El Conde de Alonsalvas se apresuró á com-
placer á la augusta dama, mientras los concu-
rrentes miraban con curiosidad y hasta con
envidia á aquel *advenedizo*, como algunos de-
cían, que tan pronto se había sabido conquistar
el afecto de la real familia.

Doña Germana y Don Luis fueron á colocar-
se en una galería que daba á un extenso
jardín.

—Don Luis—dijo con voz baja la Reina viuda.—¿Sois ambicioso?

El interpelado sorprendióse ante la inesperada pregunta de la dama, pero reponiéndose en seguida, contestó:

—Noblemente ambicioso, señora.

—¿Y qué entendéis por ambición noble?

—Señora, aquella que estriba en ser premiado por mis servicios en pro de la patria.

—Pues bien—dijo misteriosamente la dama—se os presenta ocasión de servir á la patria, hoy dominada por el despotismo.

Rápidamente vino á las mientes de Don Luis la idea de que Doña Germana se había convertido en conspiradora en pro de la causa de las comunidades, que se agitaban sordamente en la mayor parte de España. Una oleada de sangre subió al rostro de Don Luis, pensando que la Reina viuda le había juzgado capaz de ser traidor á su Rey, y refrenando la ira, que pugnaba por desbordarse de sus labios, dijo á Doña Germana:

—Señora; sabía que V. A. era mudable en sus afectos; pero nunca creí que fuera ingrata.

No hace aún muchos días exponía mi vida para que no fuerais reconocida por S. M., y era que entonces el vasallo se convertía en caballero; pero tenga V. A. muy presente que hoy toca á su vez tornarse al caballero en súb-

dito, y que daré cuenta á S. M. de la felonía que V. A. comete.

Un movimiento de despecho, que no pasó desapercibido para Don Luis, le dió á entender que la viuda de D. Fernando había sido cogida de improviso.

—Aún es tiempo, señora—siguió Don Luis—de que V. A. se detenga en el escabroso camino; pero tened entendido que vivo alerta, y que sabré entregar á los traidores al poder de la justicia real.

A partir de aquel momento, la conversación cesó. Doña Germana, irritada en extremo por haber sido tan imprudente, que había dejado á medias escapar su secreto, se entretenía en estrujar su pañizuelo entre las pequeñas y finísimas manos.

Don Luis, con la vista fija en el cielo, miraba cruzar las pequeñas nubecillas que preceden á la salida de la luna, cuyo rojo disco iluminaba la copa de los árboles.

—Dadme vuestro brazo, y volvamos al salón—dijo la Reina.

El Conde, sin oponer frase alguna, obedeció á la augusta dama, y al volverse para penetrar en la habitación, encontróse con un caballero, vestido de riquísimo traje negro.

Aquel hombre miraba fijamente á la Reina Germana, y el Coronel creyó sorprender entre

ambos una mirada de inteligencia. Al fijarse en el desconocido acudió á su mente un recuerdo confuso.

Aquella cara, cuidadosamente afeitada, la había visto en alguna parte.

Fijo en su idea, atravesó, llevando á Doña Germana por el salón, hasta que ésta divisó entre los concurrentes al Marqués de Brandeburgo, su futuro esposo.

Entonces la augusta dama desprendióse del brazo del Coronel, y tomando el del noble alemán, dijo al primero sonriéndose amablemente:

—Adiós, mi galante caballero. Hasta la vista.

CAPÍTULO LIV

Las investigaciones de Don Antonio Agustín

No se separaba de la mente de Don Luis el recuerdo del enlutado caballero. Al fin, después de torturar el magín, creyó ver extraordinaria semejanza entre el semblante del desconocido y el del labriego, que en compañía de un fraile estaba en la hostería de Toledo.

Desde el momento en que sus dudas se disiparon en parte, decidió no perderle de vista.

Cuando se hallaba ocupado en expiarle, cruzó por delante de Don Luis nuestro antiguo conocido Don Antonio Agustín, que había venido á Barcelona con objeto de embarcarse con rumbo á Nápoles, donde tomaría el mando de su regimiento.

El Conde vió en el ex Canciller un poderoso auxiliar, y llamándole aparte le dijo:

—Don Antonio, ¿vos sois un leal servidor de S. M., no es cierto?

—Hasta dar mi vida por él— replicó el interpelado.—Ya veis, me ha devuelto la libertad, y además me ha encomendado en Italia un cargo honrosísimo. ¿Podría serle desleal?

—Pues los dos, de común acuerdo, podemos prestar un señalado servicio encaminado al mejor cumplimiento de los deseos de S. M. ¿Veis aquel caballero que se recata cuidadosamente en la sombra?—dijo señalando al incógnito.

—Sí.

—Pues precisa que no le perdais de vista. Yo os encomiendo este encargo porque se sospecha indudablemente de mí. Vos le seguireis hasta su domicilio cuando se retire del baile.

Mientras tanto yo voy á expiar á otra persona, que acaso consiga reunir poderes bastantes para hacer vacilar y aun derrocar el trono de Don Carlos de Austria. Terminada vuestra comisión me buscareis y luego obraremos de consuno.

—Adiós, pues, Don Luis.

—Adiós, mi buen amigo.

Separáronse ambos, y Don Luis no perdió de vista en toda la noche á la Reina Germana,

que sospechando era expiada, sólo se ocupó en departir alegremente con su futuro esposo.

S. M. se retiró á hora muy avanzada de la noche. El Coronel buscó por todas partes al incógnito enlutado, no hallándole por ninguna, así como tampoco á Agustín, que sin duda había ido en seguimiento del primero.

Cuando marchaba por el corredor donde estaba su habitación, sintió pasos tras de sí; volvióse y vió á Don Antonio Agustín que iba á su encuentro.

—Os traigo noticias detalladas, y de tal importancia, como vos no esperabais.

—Sepamos, amigo mío—repuso alegremente Don Luis.

—En primer lugar os diré que seguí al desconocido hasta una posada inmediata al puerto, donde entró.

Dejéle que se internara, y algunos momentos más tarde seguí su mismo camino. Cuando penetré en el ancho portalón una fornida moza, de ojos soñolientos, se estiraba perezosa, bostezando ruidosamente, y me dijo:

—¿Qué quiere su merced? ¿Algún aposento? Ya es un poco tarde para poder serviros á satisfacción; sin embargo, vereis los que hay desocupados.

—Con poco me contento, buena moza. Necesito un cuartó al lado, si es posible, de ese

caballero que acaba de entrar. Has de saber, hija mía, que el buen señor es hermano mío, y vengo buscándole desde Madrid para no perderle de vista, porque el pobre está demente y temo que haga cualquier desaguizado.

—Justamente hay una habitación que nadie ocupa al lado de esa, pero no tiene cama, ni mueble alguno—dijo la moza.

—No importa, hija mía; dame una silla donde pasar la noche, pues mañana yo te aseguro que ni él ni yo estaremos aquí.

—Siendo así, venid.

Llevóme la maritornes al aposento consabido, y cuando estuve en él la dije poniéndola un ducado en la mano:

—Toma y calla, pues nadie tiene necesidad de saber nada.

—Descuide vuesa merced, que seré muda—exclamó la muchacha mirando con codicia la moneda que relucía en su mano.

—Ahora, si me lo permitís, vóime á dormir; y si me necesitais llamadme desde el pajar. Buenas noches.

Quando me quedé solo y á favor del velón que me habían dejado, reconocí la habitación.

No había en ella puerta, ventana, ni agujero alguno por donde observar á mis vecinos.

Quando el silencio reinó en torno mío, porque los pasos de la moza ya no se oían; escu-

ché hacia mi derecha una voz de hombre, á la que en breve contestó otra, no tan bronca.

Pensando cómo podría yo ver lo que pasaba en la habitación inmediata, me acordé de mi puñal de buena hoja toledana, y empecé á horadar con mucho cuidado la pared.

Felizmente ésta era de tierra y ladrillo sin cocer, y cedía fácilmente al empuje de mi acero.

Las voces iban cada vez sintiéndose más distintas: comencé á trabajar con más cuidado y muy despacio, hasta que al fin un rayo muy ténue de claridad penetró por un agujero, que aun cuando invisible para los que expiaba, era bastante capaz, para que acercando un ojo pudiera ver lo que allí pasase.

Púseme á observar y ví al anciano á quien había seguido y á otro desconocido más joven, de negra y poblada barba.

—Esta noche—decía el anciano—se decidirá la cuestión; están congregados todos los hermanos y es preciso dar el golpe decisivo.

La criada encargada de abrir de noche la puerta está comprada y deja entornada ésta para que puedan entrar los conjurados sin que nadie se aperciba.

La mayor parte de las provincias responderán al alzamiento y la Casa de Austria perderá el trono de España.

No quise escuchar más, y con gran sigilo he salido del cuarto para venir á buscaros. ¿Qué hacemos?

—Vos—repuso Don Luis—volvéos á escape á la posada; cuidado, si podeis, de que la puerta siga abierta y esperad.

—¿Hacia donde está vuestra habitación?—añadió Don Luis.

—Cuando entreis en la posada, seguid por el corredor de la izquierda; después contad la tercera puerta de la derecha y esa es la mía. Ahora ¿qué pensais hacer?

—Ya lo vereis. Partid y hasta muy pronto.

—Adiós.

CAPÍTULO LV

La sorpresa

Don Luis quedóse sumergido en sus reflexiones, y después adoptó una resolución decisiva.

Encaminóse á las habitaciones de S. M., y acercándose al soldado que daba guardia en la antecámara, preguntó:

—¿El gentilhombre de guardia?

El centinela interpelado dió un golpe con su lanza en el pavimento saludando al joven coronel, y le contestó:

—Condestable de Castilla, pasad, mi señor.

Traspuso la puerta de la antecámara, encontrando al Condestable en compañía del Marqués de Villena y jugando á los dados.

—¡Don Luis!—repuso afectuosamente el de Castilla.—¿Qué os trae á hora tan avanzada por aquí?

—Ver á S. M.

—¡Cómo!

—Como lo oís; y es tal la urgencia del asunto, que acaso, aún estando en el lecho, se viera precisado á dejarlo. Haced, pues, la merced de anunciarme.

El Condestable se levantó, y levantando el portier que ocultaba la entrada del dormitorio regio, desapareció.

A poco volvió á salir, diciendo:

—S. M. aún no se ha acostado. Hállase despachando con el Cardenal Adriano algunos asuntos. Podeis pasar.

Don Luis no se hizo repetir el aviso y penetró á la presencia del Emperador.

—¿Qué asunto de tan capital interés—dijo S. M.—me proporciona el placer de veros á esta hora?

El Conde explicó al Emperador lo que le había manifestado Don Antonio Agustín, ocultando, por supuesto, sus sospechas con respecto á Doña Germana.

Cuando acabó de hablar S. M. se levantó, cogió su capa, que sehallaba encima de una silla, y su espada, y dijo con acento breve y seco:

—Venid conmigo. Confío en vuestro brazo y en el de Agustín. Los tres solos bastamos para hacer comprender á esos malvados el respeto que se me debe.

Y seguido de Don Luis salió de la habitación.

Cuando pasaron por la antecámara, el Condestable y el Marqués de Villena se sonrieron maliciosamente, creyendo que el augusto joven y su acompañante iban de aventuras amorosas.

El centinela, colocado á la puerta, quedóse al pasar S. M. firme sobre su lanza. El Emperador se embozó hasta los ojos y se perdió bien pronto por los largos corredores.

El joven Monarca marchaba á buen paso por las solitarias calles, cuyo silencio era interrumpido tan sólo por el grito lejano de los centinelas que guarnecían el recinto amurallado de la ciudad.

Bien pronto llegaron á la posada, y Don Luis se adelantó para empujar la puerta, que continuaba abierta.

El joven Coronel tomó la mano de S. M. y le condujo á tientas á través de los oscuros corredores, recatando las pisadas.

Llegaron por fin al cuarto ocupado por Agustín, que se hallaba á la puerta.

Con gran sigilo penetraron los tres en la habitación completamente á oscuras, pues Don Antonio había matado la luz por precaución.

Don Carlos se acercó al ex Vicecanciller, y con voz contenida le dijo:

—¿Me conocéis?

Don Antonio, que á la escasa claridad que penetraba por el agujero abierto en la pared había, más bien adivinado que conocido al Emperador, repuso:

—Señor, estoy á las órdenes de V. M.

—Pues bien, vosotros dos, mis buenos servidores, colocaos á la puerta para avisarme si viene alguien; yo voy á ver y á escuchar por ese agujero.

El joven Monarca se acercó al punto de observación.

En la habitación contigua se hallaban reunidos hasta doce conjurados. El anciano que ya conocemos decía en aquel momento:

—Ya lo sabeis, hermanos: Zamora, cuya diócesis regento, es nuestra; Toledo seguirá á Padilla, y Madrid se alzará á la voz de Zapata. Es preciso, no obstante, probar el último esfuerzo y exigirá Carlos de Austria la concesión de algunos privilegios.

Dentro de poco deben llegar dos conjurados más, que son los que faltan. Uno de ellos es persona de notoria influencia y puede aprovecharnos mucho.

En aquel momento, Don Luis acercóse al Emperador, y le dijo:

—Señor, dos personas llegan; una de ellas mujer.

—Tan luego como entren en esa habitación —repuso imperiosamente Don Carlos— cerrareis la puerta de la calle. Después os preparareis espada en mano á todo, hasta á morir. ¿Lo oís?

—Señor, una vida tenemos y esa es de V. M. —dijeron á un tiempo los dos caballeros.

Los dos últimos conjurados se acercaban; llegaron á la puerta donde estaban los demás conspiradores, y una voz femenina, con ligero acento extranjero, dijo:

—¡Toledo y libertad!

La puerta se abrió silenciosamente y se volvió á cerrar.

En el mismo momento, Don Antonio Agustín se encaminó á cumplir el mandato del Emperador.

Mientras tanto, S. M. miraba atentamente por su atalaya. De pronto un rugido se escapó del pecho de Don Carlos. Había visto á la dama recién llegada levantarse el velo que ocultaba su semblante, descubriendo la expresiva fisonomía de Doña Germana de Foix.

El Emperador, que sin duda había oído las palabras de consigna «Toledo y libertad», dijo á sus leales servidores:

—Seguidme, señores.

Oyóse el rechinar del acero al salir de la vaina y el vivo centelleo de las hojas heridas

por el rayo de luz que atravesaba la pequeña hendidura abierta en la pared.

Carlos de Austria dijo llamando á la puerta con voz clara y serena:

— ¡Toledo y libertad!

Sintióse en el interior repentino silencio hasta que una voz dijo:

— Abrid. Acaso sea el Marqués de Mondéjar, cuya llegada esperábamos.

La puerta se abrió y un grito resonó en la estancia al reconocer al Emperador, que pálido y trémulo de cólera prorrumpió:

— Gracias, señores; aquí teneis al último conjurado, que no esperábais. Lo imprevisto tiene su parte interesante y mi presencia aquí os debe inspirar sumo interés.

Ahora, nada tenéis que esperar. La víctima está delante, ó si os parece mejor, el tirano; la ocasión es propicia para dar cima feliz á vuestra empresa. Matadme y habéis concluído; pero tened presente que venderé cara mi vida; porque afortunadamente aun tengo algunos buenos servidores, que lucharán á mi lado.

La Reina Germana se ocultaba el rostro con las manos, mientras los demás conspiradores, con el ceño torvo y fruncido escuchaban silenciosamente al Soberano.

— Y vos, señora — siguió Don Carlos de Austria, dirigiéndose á la viuda de su abuelo. —

¿Qué hacéis que nada me decís? ¿Es que la vergüenza no os deja alzar la voz? ¿Es que tenéis queja de mi conducta? ¿No he sido con vos sumiso y respetuoso?

— ¡Señor! — replicó en tono suplicante Doña Germana.

— ¡Silencio, señora! Hacedos á un lado, y dejadme dar mi vida á estos señores.

Y el Emperador valiente y animoso, penetró en medio de la estancia con la espada desenvainada, teniendo á su lado dispuestos también á luchar á Don Luis y Don Antonio.

Una mano empujó violentamente y de improviso el colosal velón que alumbraba la estancia, quedando todo sumido en la mayor oscuridad.

—Señor; descargad sobre mí toda vuestra indignación y perdonad á los demás.

—Haceos atrás, señora, y dejadme desahogar con la sangre de esos villanos mi justa cólera.

Don Antonio Agustín fué al corredor de entrada y descolgó un farolillo que lo alumbraba débilmente.

Apenas lo trajo, el Emperador separó á Doña Germana y penetró en el aposento.

CAPÍTULO LVI

Carlos y Germana

Los muebles rodaron con extraordinario estrépito en medio de las tinieblas. El Emperador y sus dos fieles servidores se aprestaron á la defensa; pero la Reina Germana, colocándose delante de Carlos de Austria y empujándole suavemente hacia fuera, exclamó:

—Señor; descargad sobre mí toda vuestra indignación y perdonad á los demás.

—Haceos atrás, señora, y dejadme desahogar con la sangre de esos villanos mi justa cólera.

Don Antonio Agustín fué al corredor de entrada y descolgó un farolillo que lo alumbraba débilmente.

Apenas lo trajo, el Emperador separó á Doña Germana y penetró en el aposento.

Este estaba vacío. Una ventana abierta que daba á un oscuro patio, indicaba que los enemigos del trono habían volado por allí.

Carlos de Austria lanzó una imprecación horrible y saltó por la ventana seguido de sus amigos. El patio estaba desierto y una pequeña puerta que daba á una callejuela, abierta también.

Fué preciso volver por el mismo camino y entrar otra vez en la habitación consabida, de donde había desaparecido Doña Germana, regresando á palacio los tres personajes.

S. M., que no habló en todo el camino con sus servidores, al llegar á su alojamiento, pálido y tembloroso de rabia, hizo pasar recado á Doña Germana, para que se dignase recibirle, á pesar de ser ya cerca de la madrugada.

Como es de presumir, la Reina viuda recibió á S. M. en seguida, de pie y con el semblante demudado, pues esperaba una escena borrascosa, tanto más cuanto que S. M. la había distinguido siempre, llamándola madre y haciéndola toda clase de distinciones.

Don Carlos detúvose un momento; clavó los azules ojos iluminados por un fulgor extraño en Doña Germana, y luego exclamó con una calma más temible que el mayor raptó de cólera:

—Señora, había creído que erais algo volu-

ble en vuestros afectos, pero nunca una hipocrita. Hasta aquí creyendo que honraba la buena memoria de mi augusto abuelo os he respetado y mirado como á mi segunda madre; desde hoy no habrá entre vos y yo más relaciones que las que median de la dama augusta al cumplido caballero. Y cuenta, señora, con que gracias á que intervenís en el asunto, no hago público este desacato que se me infiere.

Haced, empero sabed á vuestros amigos que no quiero saber de ellos; que no quiero recibirlos en ocasión alguna, que seré inexorable con el que censure mis actos.

Mañana salgo de Barcelona para embarcarme en la Coruña con rumbo á Flandes. Vos me acompañareis con vuestro futuro esposo con objeto de casaros en Aquisgran; en el bien entendido de que os prohibo pisar para siempre el suelo de España. ¿Me habeis entendido, señora?

La Reina hizo una inclinación de cabeza en señal de asentimiento; S. M. la saludó friamente y abandonó la habitación.

Al día siguiente Don Carlos daba órdenes terminantes para preparar su viaje, que emprendía aquella misma tarde.

Don Carlos mandó llamar á Agustín y á Don Luis, y les dijo:

— Sé que es casi inútil hacer os una adver-

tencia. Lo pasado anoche debe ser olvidado; media en el asunto una dama á quien á pesar mío no puedo castigar. Vosotros solamente sabéis lo ocurrido, y os ruego guardéis el más profundo silencio, dándoos las gracias por la lealtad que me habeis demostrado.

Don Antonio, tengo el sentimiento de separarme de vos, pues los buenos servidores son escasos; sin embargo, aunque os encamineis á Italia y yo á Flandes por opuestos caminos, no os olvidaré nunca, y por eso os envío á aquel pedazo de mi corona que necesita para ser defendido de Capitanes valientes y leales.

Despidióse de Agustín, que á su vez lo hizo del Emperador y de D. Luis, y luego dirigiéndose á este último, añadió:

—A vos también os estoy agradecido y os lo probaré. Me acompañareis hasta la Coruña, desde donde en compañía del Condestable de Castilla podeis atender al cumplimiento de nuestros más caros deseos.

CAPÍTULO LVII

El motin de Tordesillas

Aquella tarde, y cuando ya se hacían los últimos preparativos de marcha, Don Luis recibió una carta de manos de Esteban.

—Creo que es de nuestros padres; añadió éste.

Don Luis rasgó el sobre y comenzó á recorrer las líneas, pintándose á medida que avanzaba en la lectura una tristeza intensa.

—¡Muerto!—exclamó.

—¿Cómo muerto?—preguntó ansiosamente Esteban.

—Sí, amigo mío, está escrito que Dios pone cerca de las alegrías los pesares para probar á sus criaturas. Mi hermano Fernando no ha podido vencer su dolencia y ha entregado su alma á Dios.

Esteban y su amo no hablaron ya una palabra. ¿Para qué? Ambos se acordaban del pobre enfermo, tan querido y tan desdichado, que había pasado por este valle de lágrimas sin disfrutar apenas de los deleznales goces de la vida.

Una hora después se emprendía la marcha. El Emperador notó en el semblante de Don Luis algo extraño, preguntándole la causa, y al saberla prodigó al joven Coronel todo género de consuelos.

Algunos días más tarde, cuando ya el Rey salía de Zaragoza para Valladolid, el Cardenal Adriano de Utrech, que había sido nombrado por S. M. Regente del Reino para gobernar la nación durante su ausencia, le hizo importantes revelaciones:

—Señor—dijo:— Es preciso que V. M. tome enérgicas medidas para atajar el mal que cunde de un modo asombroso.

Dícese que V. M. no vuelve; que va á imponer nuevas contribuciones; y estas conversaciones se tienen en privado en las altas y bajas esferas, á no ser en Toledo, en donde según las últimas noticias, Padilla, Lasso de la Vega y Hernando Avalos, Regidores de dicha ciudad, han acordado convocar á todas las demás para impedir que V. M. parta.

En Valladolid esperan á V. M. dos emisa-

rios para hacerlos saber el acuerdo de la Santa Junta.

—No los recibiré—dijo el Emperador—estoy decidido á no escucharlos ni una sola vez. Yo hubiera sido bueno y tolerante y hubiese procurado concederles las mayores franquicias posibles; pero han agotado mi paciencia y en lugar del padre encontrarán el juez.

Cuando la corte llegó á Valladolid, los emisarios de la Santa Junta solicitaron ver á S. M., que efectivamente se negó.

Desde este último punto fueron los expedicionarios para Tordesillas con objeto de ver el Emperador á su madre.

Esta estaba desconocida, pues el mejor trato y su inteligencia, que tenía frecuentes momentos de lucidez, habían devuelto á la Augusta demente parte de los antiguos encantos.

Estando en el citado pueblo, llegaron nuevos enviados de Toledo solicitando ser recibidos por Don Carlos; sin embargo, tuvieron tan mala suerte como sus antecesores.

Disgustados aquellos por la negativa del Soberano, trabajaron animosamente para exacerbar los ánimos del pueblo, que impresionable de suyo, se amotinó, rodeando la fortaleza donde habitaban la madre y el hijo, en ademán tumultuoso.

El Emperador escuchaba desde el aposento

de su madre ese rumor de las grandes masas, tan parecido al lejano mugido del torrente.

Por sus delgados labios asomaba una sarcástica sonrisa, y decía á Don Luis, que como siempre, en los momentos difíciles, se hallaba á su lado:

—¿Creeis, amigo mío, que el ser Rey no tiene sus amarguras? ¡Ah! Vivir rodeado de ingratos, recibir homenajes aduladores, y luego aquellos mismos que se postraron á vuestras plantas trabajan sordamente para arrebatáros la herencia sagrada que os legaron vuestros mayores!

Acababa el Emperador de pronunciar estas palabras, cuando llegó hasta la estancia más atronador, más imponente el rugido de la multitud.

La Reina Doña Juana se acercó á su hijo, estrechándose contra él, asustada y temerosa.

—Hijo mío—dijo — ¿qué quieren esas gentes? ¿No están contentas de tí?

—Madre mía—articuló Don Carlos cogiendo con ambas manos la cabeza de su madre y besándola amorosamente en la frente.—Hubiera sido bueno con ellos, pero me han ofendido, y desde ahora les prometo que seré inexorable.

—Nó, nó, hijo mío — contestóle angustiósamente Doña Juana.—Perdón para ellos. Recibe á los que te envíen para conferenciar, te lo

ruego por mí, por la memoria de tu padre.

El Emperador hizo un ademán con la cabeza como resistiéndose á las súplicas de la Reina. Pero ésta cogiendo las manos de su hijo, siguió afanosamente:

—No me lo niegues; es el primer favor que te pido.

Vaciló un momento Don Carlos, pero al fin repuso como haciéndose una gran violencia:

—Pues bien, sea, madre mía; por vos accederé á recibirlos, pero nó en Tordesillas sino en el camino. Esta noche salgo de aquí porque no quiero retirar la palabra que os he dado, y si veo que el pueblo no se tranquiliza olvidaré mi natural bondadoso.

El Emperador hizo saber al pueblo, por medio de pregón, que al día siguiente, camino de Villalpando daría oídos á los enviados de Toledo.

Aquella noche, y cuando descargaba sobre la villa una recia tormenta, Don Carlos, seguido de sus servidores y acompañado de Doña Germana y el Marqués de Brandeburgo, pues Doña Leonor se quedaba en compañía de su madre, abandonaba á Tordesillas.

El pueblo, que se apercibió de la marcha del Soberano, se amotinó, y bien pronto la campana de San Miguel, tocando á rebato, hacía poner en armas á unos seis mil hombres,

que se apoderaron de las puertas de la muralla.

Hubo uno, que más atrevido ó menos respetuoso, se atrevió á asir el diestro del caballo del Emperador.

Éste, bramando de coraje, encabritó violentamente su corcel, que empujó con rudeza al osado, lanzándole contra el suelo.

Visto esto por el pueblo, presentóse más agresivo; pero el Emperador dió orden de cargar á sus lanzas, que con irresistible empuje despejaron el camino á la comitiva.

Las puertas de la villa se abrieron al paso del Soberano, que escuchaba á lo lejos el ta-
bleteo espantable del trueno, pensando en que el estado de la naturaleza era exactamente
igual al de su alma.

CAPÍTULO LVIII

La despedida

Cerca de Villalpando incorporáronse á la comitiva los enviados de Toledo y Salamanca para hablar con S. M. Este, que aún guardaba en su alma una sorda cólera, no les quiso oír hasta Benavente, acordándose de lo que había ofrecido á su madre.

Los enviados desenvolvieron su programa é hicieron sus peticiones al Emperador; pero éste los reprendió severamente, ordenándoles le acompañasen hásta Santiago de Compostela, en cuyas Cortes le prestarían juramento de acatamiento y fidelidad.

En la citada población, el Emperador supo que los comuneros se negaban á acatarle, por lo que los desterró, haciéndoles salir inmediatamente de la Corte.

Para el 20 de Mayo S. M. estaba en la Co-ruña, pronto á embarcarse.

Recomendó la mayor energía durante su ausencia al Cardenal Adriano, así como al Presidente del Consejo de Regencia Don Antonio de Rojas, Arzobispo de Granada; diciéndole al primero que si se veía en circunstancias difíciles no se olvidase de Don Luis, allí presente; y á este último le estrechó afectuosamente la mano con que cogía la suya para besarla, diciéndole:

—Adiós, Don Luis: no sé lo que el porvenir me reserva; pero sabed que os deseo en la vida la mayor suma de felicidad.

Las salvas de artillería atronaban el espacio, mientras una ligera lancha, en cuya proa se destacaba majestuosa la arrogante figura de Su Majestad, puesto de pie, se alejaba del embarcadero con dirección á la nave capitana, en cuyo palo mayor ondeaba el pabellón real.

En otra lancha iban Doña Germana y demás personajes del acompañamiento, sin olvidar á Don Luis, que no perdonó medio hasta el último momento de acompañar á su valioso protector.

Don Luis, que iba colocado enfrente de Doña Germana, vió á ésta palidecer de repente, y con la espantada vista fija en un punto. Volvióse nuestro amigo y vió entre los individuos

de la chustma que remaban con gran vigor, á nuestro antiguo conocido Maese Requejo, que con expresión sardónica miraba á Doña Germana. Como las cosas así, Don Luis comprendió que era preciso poner coto á la osadía del galeote, pronto acaso á hacer declaraciones comprometedoras para la futura Marquesa de Brandeburgo.

Así, pues, acercóse á Maese Requejo y con tranquilo, pero enérgico acento, le dijo: —¿Me conoces? — ¡Pardiez! — repuso descaradamente el penado. ¡Ya lo creo! Pero aún me acuerdo más de otra persona.

—Pues bien — exclamó Don Luis hablándole en voz baja. — No me conoces bastante; pero te advierto que soy capaz si veo alzar tu vista siquiera, mandar que te aten á los pies diez lingotes de hierro para que te vayas á hacer compañía á los tiburones. Si quieres conocerme haz la prueba y te convencerás de ello.

Era tan amenazador el acento del Coronel, que Maese Requejo, tascó el freno y se quedó silencioso.

Por fin llegó la lancha al costado del navío. Don Luis ofreció galantemente la mano á Doña Germana, para trepar por la movable escala, siendo aceptada con reconocimiento.

Una vez sobre cubierta, la Reina viuda dijo á Don Luis, con voz conmovida:

—Vamos á separarnos acaso para siempre. Os pido perdón por todo lo que os he hecho sufrir, que no ha sido poco; pero vos sois generoso, y buena prueba de ello ha sido el favor que me habeis prestado recientemente, atemorizando á ese hombre, dispuesto quizá á descubrir mi pecado.

Nada tengo que deciros, Don Luis, sino que deseo, si me guardais rencor, deis al olvido mis pasados extravíos... y que acepteis este medallón con la imagen de la Santísima Virgen.

Y la Reina Germana sacó de su pecho un precioso relicario, que ofreció á Don Luis.

Este recuerdo—siguió la dama—le tengo en mucha estima, pues no se ha separado de mí hace muchos años. Os le ofreció como regalo de boda, no para vos, sino para vuestra esposa, que seguramente será feliz, muy feliz.

Y al pronunciar estas últimas palabras, una lágrima furtiva y solitaria rodó por las mejillas de la viuda de Don Fernando. Acaso la primera sincera que había vertido aquella mujer.

Don Luis fijó en ella sus ojos, vió que el semblante de la dama retrataba una tristeza infinita, así es que aceptó el medallón, murmurando:

—Creo á V. A., señora, y doy al olvido lo que me habeis hecho sufrir; acepto reconocido el presente que me hace V. A. para mi futura esposa.

—Yo, á mi vez, deseo á V. A. la dicha más colmada. Ahora... adiós, señora; adiós para siempre.

La Reina viuda estrechó por última vez la mano que Don Luis besaba respetuosamente.

Después el Coronel pasó á dirigir el postrer saludo á S. M.; y por último, bajó á la lancha y apartóse del navío real á tiempo que las lombardas de las naves de la Armada rugían con pavoroso estruendo y el sol poniente luchaba con la luz de las gigantescas farolas colocadas en la proa de los arrogantes navíos.

CAPÍTULO LIX

Un día feliz

Ha transcurrido un mes desde los últimos acontecimientos.

El pueblo de Alonsalvas se engalana, no como para una espléndida fiesta, sino con esa animación especial de un acontecimiento sencillo y conmovedor.

Los aldeanos, vestidos con sus mejores galas, llevando los más ramos de flores, se encaminan á la sencilla y antigua iglesia del pueblo.

Otros se ocupan en alfombrar de hojarasca y florecillas el camino que va desde la casa solariega de Alonsalvas al templo del Señor.

En una palabra: ha llegado el día de que nuestro amigo Don Luis y su prometida realicen sus más caros deseos.

Los futuros cónyuges no quieren que su boda

vaya acompañada de espléndidos festejos; está muy reciente la pérdida, sino inesperada, muy sentida del pobre Don Fernando.

Y por cierto que á no haber ocurrido tan triste suceso, el Condestable de Castilla tenía orden de S. M. de celebrar con tal esplendidez las bodas, que hubiera dejado recuerdo por muchos años en diez leguas al contorno.

Para servir de madrina había llegado el día antes de Madrid, acompañando á la joven Condesa, su madre adoptiva Doña Isabel, cuya cabeza ya comienza á blanquear sin robar nada por eso á la esplendidez de su belleza.

Los padres de Don Luis están ya muy achacosos, que no pasan en balde los años y los sufrimientos; sin embargo, la más decaída es Doña Clara, cuyo sensible corazón se halla hondamente afectado por la pérdida de su adorado hijo.

El día de la boda ha borrado algo de la melancolía que de ordinario entristece los semblantes de los viejos señores de Alonsalvas; y es que piensan en que con el nuevo acontecimiento adquieren un ángel de candor, encarnado en la esbelta y deliciosa figura de la Condesa de Alventosa.

Y hasta por la mente de Don Enrique pasan como en tropel multitud de cabecitas rubias de ojos azules, que acaso en tiempo no lejano

verá reproducidas en otros tantos nietezuelos traviosos y sonrientes, que irán á sentarse en sus rodillas, entreteniéndose en desenmarañar las revueltas guedejas de su blanca y luenga barba.

Y como todo llega en este vallé de lágrimas, llegó también el instante de partir para la iglesia.

Todos los individuos de la familia van de riguroso luto; desde la encantadora Doña María hasta Doña Isabel. Unicamente van ricamente vestidos el Condestable de Castilla, que representa á S. M.; y algunos ilustres caballeros amigos de Don Luis, que han querido participar de su felicidad.

Esteban también se ha engalanado; ha limpiado con esmero su vieja coraza y sus probadas armas.

Lleva muy rétorcidas las largas puntas de su poblado y canoso bigote; y con la siniestra mano, á apoyada en la empuñadura de su espada, parece decir á los que le contemplan:

—¡Miradme! soy el servidor favorito de los Condes de Alonsalvas y Alventosa, y Dios mediante he de educar á sus hijos en el manejo de las armas.

—¡Mirádme! Yo soy el que devolví á Don Luis la prenda más querida de su alma; sino hubiera sido por mí, no serían ahora tan felices.

20 Cuando llegó la comitiva á la iglesia, las campanas comenzaron á repicar alegremente, saludando á los que iban á unirse para siempre.

El anciano sacerdote de Alonsalvas, el mismo que bautizó á Don Luis y á Don Fernando, es el que va á consagrar con su bendición el amor de aquellas dos almas.

Y cuando sus venerables manos, alzándose al cielo invocaron la protección divina sobre los amantes, estos con las suyas unidas cayeron de rodillas.

Un instante después todo estaba concluído. Don Luis y Doña María eran completamente felices; habían conseguido la realización de sus más caros deseos, eran esposos al fin.

Terminada la ceremonia, los sencillos aldeanos ofrecieron á sus señores los modestos ramos de flores que llevaban, deseándoles muchos años de vida y de felicidad.

Aquel acto tenía para los recién casados irresistible encanto.

Doña María, con voz dulce y conmovida, les dirigió la palabra en estos términos:

— Amigos míos, os agradezco infinito este obsequio que me haceis, pero os ruego me permitais dedicarlo á otra persona para todos muy querida.

Detrás de la santa iglesia está el sencillo ce-

menterio del lugar. Venid, pues, con nosotros; dos muchachos podrán conducir todas esas flores hasta la tumba de Don Fernando, que indudablemente desde el cielo sonríe al ver nuestra felicidad.

Todos escucharon conmovidos las palabras de Doña María y se encaminaron al lugar designado. Al llegar á él, la Condesa mandó traer las flores y por su propia mano esparció-las sobre la losa que ocultaba los restos del primogénito de Alonsalvas.

—Ahora, amigo mío— siguió la esposa de Don Luis— recemos por su alma. Lo que más agradecen los pobres muertos son plegarias y flores.

Todos cayeron de rodillas; todos, casi todos lloraron sobre aquellas flores; y cuando al alejarse la comitiva, alguno volvió la vista atrás, pudo ver que el sol espléndido reflejaba como en líquidas perlas sobre las lágrimas no há mucho derramadas; y hasta parecía que las flores habían ganado en lozanía.

Y bien mirado ¿qué tenía aquello de particular? Las lágrimas no son otra cosa que el rocío bienhechor que riega las flores más preciadas del alma; las del sentimiento.

Sirvióse una espléndida comida en el espacioso comedor de la casa solariega, y en otra mesa, colocada en una habitación inmediata,

Doña María, por su propia mano, dió de comer á los veinte aldeanos más pobres de Alonsalvas.

Todos los comensales estaban encantados con Doña María, que les decía sonriéndose bondadosamente:

—¿Qué medio mejor de celebrar nuestra dicha que consolando á los que son más desgraciados que nosotros?

Al día siguiente, el Condestable, que por los deberes de su importante cargo no podía estar ausente mucho tiempo de Valladolid, adonde se había trasladado el Consejo desde la partida de Don Carlos, antes de marchar presentó á Doña María una riquísima diadema de Condesa, guarnecida de diamantes.

—Este es—le dijo—el regalo que la Infanta Doña Leonor me ha encargado para vos; aceptarlo como prueba de su afecto.

—Yo agradezco en el alma á S. A. esta muestra de simpatía; podeis decirla, señor Condestable, que la quedo reconocida, así como á Doña Germana, cuyo obsequio llevo sobre mi pecho.

Y descubrió bajo los finísimos encajes el medallón que un mes antes había recibido Don Luis de manos de Doña Germana.

Pasados los primeros días todo volvió á la antigua quietud.

Doña María tenía encantados á los padres de su esposo, pues con gran asiduidad se esmeraba en hacerles olvidar los tristes recuerdos que con harta frecuencia hacían plegarse su frente con un fruncimiento de amargura.

Don Luis, cada día más enamorado de su esposa, sólo se ocupaba en demostrarla su amor, qué lejos de entibiarse era más vehemente cada día.

El Conde de Alónsalvas no paraba mientes apenas en los acontecimientos políticos, por más de un concepto importantes, de que le daban noticia de cuando en cuando.

Y era que ansiaba cobrarse en aquellos días de los que había estado separado de la dueña de su corazón.

Con harta frecuencia se encaminaban, montados en briosos corceles, al monte, donde pasaban gran parte del día jurándose con afán insaciable amarse eternamente y fundir sus almas en una.

Llegó un día en que la Condesa, sintióse muy fatigada; su semblante iba adquiriendo una palidez particular, que lejos de perjudicarla la prestaba nuevo encanto; al fin las sospechas se convirtieron en certezas; Doña María estaba en cinta.

Aquél acontecimiento alegró á todos los moradores de la casa solariega; Doña Clara hacía

ricas envolturas para el futuro vizconde, y hasta Esteban se frotaba las manos alegremente proyectando hacer grandes fiestas con motivo del natalicio del heredero.

La vida transcurría plácida y tranquila, en aquel inmenso caserón con honores de fortaleza.

La presencia de la joven Condesa y de su madre adoptiva Doña Isabel prestaban animación al cuadro de familia; la primera con su carácter angelical y la segunda con su sabrosa y animada plática.

Dejemos, pues, á nuestros amigos vivir tranquilos y felices, y vamos á otra parte, donde nos llaman nuevos é importantes acontecimientos.

CAPÍTULO LX

Un poco de historia

Después de los trabajos de insurrección que se habían hecho en Toledo, siguieron tan pernicioso marcha las ciudades de Zamora y Segovia, en cuyo último punto las turbas amotinadas ahorcaron á un regidor y dos hombres más. Burgos y Madrid siguieron á los codiciosos, levantándose en armas al grito de libertad.

El Consejo que estaba en Valladolid, en vista del giro que tomaban las cosas, había mandado para sujetar la gente de Segovia, al licenciado Ronquillo, Alcalde de Corte, al mando de mil hombres.

Los segovianos, que habían sido castigados en algunas salidas, pidieron socorro á las de-

más ciudades mancomunadas, enviándole Toledo mil cien hombres al mando de Padilla y Madrid cuatrocientos cincuenta, capitaneados por Zapata.

Tal incremento tomaban las comunidades, que Adriano de Utrech ordenó á Don Antonio Fonseca, señor de Coca y Alaejos, para que, ayudando á Ronquillo, se fuesen á Medina del Campo y tomasen allí la artillería que tuviesen.

Ante tal noticia Valladolid se alborotó, acudiendo á la morada del Cardenal en ademán tumultuoso pidiendo á gritos que las tropas no fueran sobre Medina.

Adriano titubeó y hasta se decidió por complacer á los amotinados; pero Fonseca se salió de la ciudad y á marchas forzadas llegó hasta Arévalo, donde se le juntó Ronquillo.

Encamináronse juntos á Medina; y como los del pueblo se resistiesen hasta el punto de hacer descargas sobre los leales, determinaron éstos prender fuego á la villa, que bien pronto comenzó á arder por diferentes sitios; hecho lo cual se retiraron á Arévalo.

La noticia del incendio de Medina llegó bien presto á Valladolid, cuya población se puso en armas, incendiando las casas de varios magnates, entre ellas la de Antonio de Fonseca.

El Consejo, atemorizado con tales desmanes,

llegó en su cobardía hasta el punto de ordenar á las tropas de Fonseca y Ronquillo que se fuesen á sus hogares, licenciando á las más de ellas.

Abandonados los dos Capitanes, se pasaron á Portugal, embarcándose para Flandes en busca de S. M.

Los comuneros, envalentonados con esta primera prueba, llegaron en su atrevimiento hasta entrarse en Tordesillas, so pretexto de que Doña Juana les había llamado.

Con osadía inaudita se presentaron á la pobre demente, hablándola en términos durísimos de su hijo. Afortunadamente, en medio de las sombras de su locura, la Reina se negó á firmar todo género de cartas y provisiones contestando á los comuneros con gran mesura y recomendándoles paz y concordia.

Aquéllos, ya que no podían hacer otra cosa, relevaron del cargo que de guardianes de Doña Juana tenían, á los Marqueses de Denia, poniendo en su lugar á Juan de Quintanilla y á su mujer Doña Catalina de Figueroa.

Casi toda España, excepto alguna que otra ciudad de Andalucía, se había alzado en comunidad.

Los del Consejo enviaron cartas al Emperador suplicándole encarecidamente proveyese contra tanto desacato.

No se hizo esperar la contestación, nombrando á nuestro conocido el Condestable de Castilla Don Pedro de Velasco, Virrey y Gobernador de estos Reinos, que en aquel entonces se hallaba en Cataluña.

Al saber la noticia, no desperdiciaron el tiempo los comuneros, que nombraron á Francisco de Anaya, Procurador de Salamanca y á otros Procuradores, con poderes de la Santa Junta, para ordenar á Adriano cesase en la gobernación de los Reinos y eligiese sitio donde retirarse para ejercer solamente de Inquisidor general.

Intimidado el Cardenal, intentó evadirse, acompañado de algunos de sus leales, pero las gentes de Valladolid se lo impidieron; de manera que ni podía ejercer ni abandonar el poder á los comuneros; no así los demás señores del Consejo, que se fugaron á tiempo.

Los de la Santa Junta enviaron comisionados á Portugal, solicitando del Rey Don Manuel su alianza, á cambio de la cual le daban la mano de Doña Catalina, Infanta de Castilla, para el Príncipe heredero Don Juan.

El Soberano de Portugal les contestó agríamente, pues era buen amigo de Don Carlos, negándose en absoluto á entenderse con ellos.

Mientras tanto, el Condestable reunía á toda prisa gran número de soldados, la mayor parte

venidos recientemente de Italia y de las Gelves.

Los comuneros nombraron por Capitán general suyo á Don Pedro Girón, lo que apesadumbró en gran manera á Don Juan de Padilla, que se retiró á Toledo.

Y ya que hemos dado esta ojeada á la historia, volvamos á Alonsalvas.

CAPÍTULO LXXI

¡Alonsalvas por el Emperador!

Todo sigue allí lo mismo, es decir, Doña María en un estado ya muy avanzado, no puede hacer sus excursiones al monte y al llano en compañía de su rendido esposo. Doña Isabel ha partido.

Don Luis recibe alguna carta del Emperador, que no le olvida, y que hasta le manifiesta deseos de apadrinar en la pila bautismal al futuro heredero.

Estas cartas regocijan á toda la familia, y da tema á las conversaciones de una semana.

Mas ¡ay! Que aquella tranquilidad, aquella Arcadia encerrada en el seno de los montes de Toledo, iba á presenciar en breve tristes é inesperados sucesos.

Toda la gente de la casa solariega se acostaba temprano, porque el alba á todos los hallaba en pie.

Una noche Esteban, que de todos los moradores era el de sueño más ligero, despertó á los roncós ladridos que daba Loth, que aunque ya muy viejo para correr por el monte tras los jabalíes, aun servía para guardar la casa.

Los ladridos del perro se sucedían sin interrupción, hasta que resonó en el ancho zaguán un pesado y fuerte aldabonazo.

Entonces ya no le cupo duda ninguna á Esteban de que alguien deseaba entrar. Vistióse apresuradamente, cogió un candil y se encaminó hacia una tronera que daba encima del portón.

Asomó la cabeza por aquella, y vió ante la casa dos hombres, mejor dicho dos labriegos, uno de los cuales era casi un niño.

—¿Qué quereis?—les gritó Esteban.

—Ver á Don Luis Gutiérrez, Conde de Alonsalvas. ¿No vive aquí?—dijo el más joven de los recién llegados.

—Sí, por cierto.

—Pues entonces hacedme la merced de decirle que desean hablar con él dos enviados del Consejo de Castilla.

—¿Tan urgente es lo que teneis que decirle que habrá que despertarlo?

—Sí, sí—añadió el más joven de los labriegos—avisadle sin tardanza.

—Esperad, pues, entonces.

Esteban se encaminó al dormitorio de los Condes de Alonsalvas, llamó á la puerta, y gritó á Don Luis, que preguntaba quién era:

—Señor, dos enviados del Consejo de Castilla desean ver sin tardanza á vuesa merced.

—Hazles entrar, y que esperen—respondió el joven Coronel.

El viejo escudero se encaminó al zaguán, dejó el candil colgado en un hierro clavado en la pared, y abrió la ferrada puerta, que rechinó poderosamente.

—Entrad—dijo á los de fuera.

Estos no se hicieron repetir la orden, y tirando de las mulas que le servían de cabalgaduras, se internaron en la casa.

Rápida cruzó por la mente del veterano la idea de si aquellos desconocidos serían dos enviados de la Santa Junta, comisionados para quitar de enmedio á Don Luis, muy señalado por sus ideas imperialistas. En evento de lo que pudiera ocurrir, decidió no apartarse del sitio donde hubiera de ser la conferencia para acudir en socorro de su señor, si era preciso.

Bien pronto Don Luis bajó para enterarse de lo que la Junta del Gobierno de la Regencia quería de él.

Así es, que cuando se halló en presencia de los recién llegados, quedóse silencioso, contemplándolos y esperando lo que quisiesen manifestarle.

Uno de los labriegos era un mozalbete de rostro expresivo y vivaracho; el otro era un anciano de larga barba.

¡Pero cuál no sería la sorpresa del Conde, cuando vió al más anciano despojarse de aquella estratajema que le desfiguraba el semblante, apareciendo la entonces pálida y demudada faz de Adriano de Utrech.

—¡Señor Cardenal!—repuso asombrado el Conde—besando respetosamente la diestra del antiguo preceptor de Don Carlos.

—Sí, Don Luis, aquí teneis—repuso tristemente el prelado—al Regente del Reino, fugitivo y perseguido por los comuneros. He podido escapar de Valladolid, gracias á la lealtad é inteligencia de éste mi paje de cámara—añadió señalando al que le acompañaba.

Y disfrazado de labriego y ocultando mi semblante con una barba postiza, he atravesado en cinco días ambas Castillas, durmiendo en el monte, comiendo en despoblado; y rehusando encontrarme con toda clase de gentes, he llegado hasta vuestro escondido retiro, donde espero hallar tranquilidad al menos por algunos días.

—¿Y quién lo duda, señor Cardenal? Vuestra Eminencia está seguro en mi morada, pues para que llegasen hasta nos sería preciso que antes Alonsalvas no tuviese un sólo defesor.

—Nó, Don Luis—siguió Adriano—espero que dentro de pocos días el Condestable de Castilla reuna numerosas gentes, con dinero que da el Rey de Portugal, y con el contingente de tropas que llevarán no pocos caballeros fieles á S. M.

¡Ay, amigo mio!—siguió el Cardenal Regente.—España es un volcán, y hace falta una energía á toda prueba para apagar el fuego de la insurrección.

—Vuestra Eminencia puede aquí descansar algunos días y luego no faltará ocasión de llevaros custodiado hasta Medina de Rioseco; por aquí pasan de cuando en cuando algunos caballeros, que con los hombres que sostienen á sueldo, van á incorporarse al ejército del Condestable.

El Cardenal rogó á Don Luis que le dejasen descansar, pues venía sumamente fatigado—y sobre todo dijo—haced vigilar los alrededores, y poned guardias de noche para estar á cubierto de toda sorpresa.

Quando al día siguiente los señores de Alonsalvas se hallaron con el Cardenal, esmeráronse en agasajarle y complacerle.

Ya llevaba el ilustre huesped ocho días de

relativa tranquilidad; por las noches alternaban en el servicio de vela dos servidores del Conde para estar dispuestos á resistir el ataque de los comuneros.

Una de aquellas, fría y oscura, pues el mes de Octubre azotaba con sus vendabales y con su polvo de nieve los altos picachos de la sierra, el centinela que estaba de servicio creyó oír á lo lejos un ruido especial, como si muchas personas se acercasen cautelosamente.

Trató de inquirir la causa, pero la noche era tan oscura, tan tenebrosa, que no se veían los árboles que rodeaban la vieja mansión.

Sin embargo, puso tirante su ballesta, colocó en ella un dardo y esperó con el oído atento. Al fin no tuvo dudas; alrededor de la casa había una masa negra y movable que se extendía en larga y ondulante cola hasta la llanura.

Para cerciorarse entonces de si los que rondaban en la sombra eran amigos ó adversarios, soltó el arco y el dardo fué á perderse en las tinieblas; casi en el momento llegó claro y distinto á su oído un grito, y seguidamente pasaron silbando sobre su cabeza multitud de venablos.

Persuadido entonces de que un enemigo desconocido sitiaba la casa, dió el grito de alarma, haciendo levantar á los defensores de ella. Afortunadamente Don Luis había hecho dormir

repartidos por la espaciosa mansión, hasta cincuenta individuos, unos armados con lanzas, otros con flechas y dardos, no faltando algunos que disponían de escopetas.

Bien pronto llenóse la almenada azotea de gente decidida á sostenerse hasta perder la vida. Repartiéronse unos por la parte trasera de la semi-fortaleza, que era uno de los puntos más vulnerables; y mientras tanto no se perdía ocasión de hacer el daño posible en los sitiadores lanzando piedras y demás armas arrojadizas.

Don Luis, en los sitios de más peligro, animaba á los suyos, mientras su anciano padre por otro lado se disponía á vender cara su vida.

Dominando la gritería de sitiados y sitiadores, pues desde los primeros momentos del combate se rompió el silencio, llegó fuerte y atronadora hasta los oídos del Coronel una voz que dijo:

— ¡Alonsalvas por los comuneros! y sois libres.

— ¡Alonsalvas por el Emperador! — respondió animosamente el Conde.

Aún no había acabado de pronunciar nuestro amigo estas palabras, cuando las tinieblas se disiparon un momento por el resplandor de un fogonazo seguido de fuerte estampido. Los comuneros comenzaban á hacer uso de su artillería. Don Luis dió orden de contestar con las armas de fuego de que disponían.

CAPÍTULO LXII

El juramento de Don Luis

Mientras esto pasaba en la azotea, en el interior de la casa la esposa y la madre de Don Luis, acompañadas del Cardenal, rezaban fervorosamente.

Por fin el alba vino con su luz indecisa á dar nueva animación á aquél cuadro de horrores. Pudo verse entonces que por una y otra parte había numerosas pérdidas.

Delante de los sitiadores estaba un jinete de edad avanzada y que Don Luis reconoció en seguida: era el labriego de la hostería de Toledo; el incógnito y enlutado caballero de Barcelona; en una palabra, era el Obispo de Zamora Don Antonio de Acuña.

Toda la fuerza que aquel belicoso comunero

mandaba, estaba compuesta en su mayor parte de clérigos de su diócesis y de las circunvecinas. Auxiliándole con mil doscientos hombres, la mayor parte jinetes, estaba detenido en la llanura Juan Bravo, Capitán de la gente de Segovia.

Los comuneros comprendieron que era preciso decidirse á tomar en un esfuerzo desesperado la casa de los Condes de Alonsalvas; conferenciaron los caudillos y adoptaron las disposiciones convenientes al mejor logro de su empresa; así es, que mientras unos se aprestaban al asalto colocando las escalas, otros aproximaban la artillería para batir la pesada puerta.

Bien pronto abrióse en ella un ancho boquete, por el cual los sitiados lanzaban en tropel dardos y piedras.

Desde las almenas, Don Luis y Esteban hacían mortíferas descargas sobre los que más osados ó menos prudentes habían colocado las escalas, que apenas ponían la planta en ellas, caían pesadamente, rebotando sobre los salientes del muro; confundiéndose al pié en confuso montón los muertos y los heridos.

Esteban, con la faz demudada, con los pocos y blancos cabellos que cubrían su cabeza, herizados, veía por momentos decidirse la victoria en favor de los comuneros.

De repente, allá á lo lejos, vió que en el ejército de los comuneros se iniciaba un movimiento de desbandada; bién pronto llegaron lo mismo á los oídos de Esteban que á los de Don Luis, estas palabras:

—¡Las tropas imperiales!

El fuego cesó como por encanto; los comuneros se replegaron y emprendieron un movimiento de retirada por la sierra, mientras allá en el límite de la llanura, veíase una extensa nube de polvo de la cual salía un fulgurante resplandor, seguido de un estampido. Las tropas leales avisaban á los heróicos defensores de Alonsalvas.

Don Luis, con la faz contraída, miraba alejarse á los de la Santa Junta, mientras Esteban le decía:

—Desengaños, señor, que se calumnia á los comuneros. Yo bien sé que no es esta la mejor ocasión de hacer su defensa, cuando acaban de levantar el sitio. Los comuneros tienen razón; lo que piden es justo.

Me direis que para sostener sus derechos no habían menester de tanto suceso sangriento. Pero ¿qué movimiento popular no ha tenido sus desórdenes? ¿Qué disciplina puede vuesa merced exigir al que en su derecho soberano tiene la facultad de alzar un trono y convertirlo en un cadalso?

El pueblo se levanta en armas indignado porque su Monarca, ni agradecido ni español, sacude con el pesado látigo al dócil rebaño, pasto hoy de los insaciables flamencos.

—¡Esteban!—repuso severamente Don Luis.—Perdonadme, sino participo de vuestras ideas—siguió diciendo acaloradamente el viejo escudero—pero esta es la verdad.

Los comuneros serán vencidos, porque Castilla, la vieja Castilla, se ve abandonada por su hermano el orgulloso Aragón; y las libertades castellanas se ahogarán sin remedio en sangre de inocentes.

Pero no temáis—continuó cambiando de tono—no temáis que yo deserte de vuestro lado. Esteban no sabe más que esgrimir el viejo y mellado acero en defensa de su amo, sea cualquiera el enemigo.

—¡Dios quiera!—exclamó el Conde—que ese enemigo á quien tú defiendes no nos haga sufrir alguna prueba de su poder. El Emperador hubiera sido el primero en acceder á sus peticiones si fuesen razonables.

Ahora ya no queda otro remedio que luchar poder contra poder; ya veremos quién vence en la contienda.

Cuando nuestros amigos se persuadieron de que por la parte de la llanura no había nada que temer, encamináronse; Esteban hacia la

parte posterior de la casa, donde el padre de Don Luis habíase sostenido bizarramente; y el Coronel á ver á su esposa y á su madre que, con razón, suponía muertas de terror en compañía del atribulado Cardenal.

Las dos damas estuvieron bien pronto en los brazos del Coronel, que procuró consolarlas y tranquilizarlas diciendo:

—¡Qué demonio! Ya no hay nada que temer. Esos villanos escapan por la sierra al verse perseguidos por las gentes de S. M.

—¿Y tu padre?—exclamó ansiosamente Doña Clara.

—Vamos á buscarle—contestó Don Luis.— Todos salieron de la habitación; pero al asomarse á la espaciosa escalera, vieron á Esteban que se apoyaba en el ancho barandal para no caer.

—¿Qué es eso, mi buen Esteban? ¿Estás herido?—gritó el Coronel cariñosamente acudiendo á sostenerle.

El viejo escudero, por toda respuesta, apoyó la cabeza en el pecho de su joven señor y rompió á sollozár convulsivamente.

—¡Dios mío!—siguió el Coronel—¿Qué te ocurre? Responde.

Pero el viejo escudero en lugar de dar respuesta, se deslizó de los brazos de su amo y cayó sobre los escalones sin conocimiento.

En lo alto de la escalera, formando interesante grupo, el Cardenal, Doña Clara y Doña María contemplaban todo aquello sin atreverse á pronunciar palabra.

Don Luis fijóse entonces en que muchos de los que habían defendido la casa al mando de Don Enrique, se hallaban al pie de la escalera; y todos mostraban el semblante consternado ó sombrío.

Acudió á la mente del Coronel una idea siniestra. ¿Y su padre? ¿Dónde se hallaba? ¿Qué hacía que no venía á los brazos de su esposa y de sus hijos?

Fijo en esta idea, descendió; y asiendo del brazo á uno de sus leales servidores, le preguntó sacudiéndole violentamente.

—¿Y mi padre?

—Señor Conde—le dijo el interpelado con voz entrecortada—Vuestro padre... muerto... allá junto al muro.

Al oír estas palabras Don Luis, como un loco precipitóse hacia el sitio indicado.

Una vez allí, ya no tuvo duda: sobre un montón de cadáveres de sus servidores, yacía Don Enrique, que tenía en el pecho clavado un puñal, del cual pendía un papel.

El Conde se arrodilló junto á su padre; vió sus ojos mates y fijos, su boca horribilmente contraída, su rigidez espantosa, y prorrumpió

en larga y atronadora carcajada. El dolor que llenaba su alma, había pugnado por convertirse en llanto, pero éste se había alejado de sus ojos, yendo á oprimir su corazón con un peso espantoso; el hijo amante necesitaba dar rienda suelta á su inmensa pena, que se había resuelto en esa risa convulsiva y sardónica, mil veces más horrible que el llanto más desgarrador.

El eco estridente de aquella explosión de dolor, llegó á oídos de Doña Clara y de la Condesa, que seguidas de Adriano, se presentaron en el lugar del suceso.

No bien fijaron los desencajados ojos en el cadáver de Don Enrique, sintieron que las fuerzas les abandonaban, y cayeron desvanecidas en los brazos de algunos servidores que las seguían.

Don Luis cogió el papel que, á modo de cartel pendía del puñal, y leyó en él estas palabras:

«Este puñal es de Maese Requejo.»

Aquello acabó de anonadarle. Pero temiendo que algo así como las sombras de la demencia invadieran su inteligencia, trató de hacerse superior á su inmenso dolor. Se puso en pie y extendiendo su diestra sobre el inanimado cuerpo de su padre, exclamó:

—Hubiera luchado con los comuneros por

defender la causa del Emperador; ahora, padre mío, yo te juro que lucharé por vengar tu muerte.

Luego volvióse hacia sus servidores, y les dijo con una tranquilidad terrible:

—Conducid el cuerpo de mi padre al salón de linajes.

CAPÍTULO LXIII

El heredero

Mientras esto pasaba en el interior de la mansión condal, oíase ya cercano el alegre son de los clarines, que en ondas de belicosa armonía penetraban por la destrozada puerta, deshecha por las descargas de la artillería y por los golpes de maza.

—Ahora, exclamó D. Luis—vamos á recibir á los que llegan, como saben hacerlo los valientes; rodeados de cadáveres y de sangre.

Y Don Luis, sin hacer caso de las desmayadas damas, ni del atribulado Regente, con la cabeza descubierta, y con el rostro pálido, pero hermoso de arrogancia y de serenidad, salió seguido de sus servidores á la extensa planicie que había ante la casa solariega.

Yá por las pendientes calles del pueblo, en abigarrado y alegre tropel subían numerosas tropas mandadas (según se supo despues) por Don Francisco de Zúñiga, Conde de Miranda, y Don Bernardino de Rojas, Marqués de Denia, que iban á incorporarse á Medina de Rioseco con las del Condestable.

El Marqués, antiguo amigo de Don Luis, se halló bien pronto en los brazos de éste.

—¡Vive el cielo!—le dijo Don Bernardino de Rojas—que os habéis batido como unos héroes; nosotros hemos apresurado la marcha haciendo al mismo tiempo descargas para intimidar y hacer alejar á esos locos, que otro nombre no merecen.

—¡Ah!—dijo amargamente Don Luis— preciso es reconocer, ya que locos les llamáis, que es la suya una locura de sangre. Venid conmigo y os convenceréis.

Los nobles Capitanes siguieron al Coronel hasta la sala de linajes; donde hallaron en un sillón sentado el cadáver de Don Enrique, rígido y ensangrentado, y al otro extremo, en otro sillón, tan rígida casi como su esposo, aunque no muerta, á Doña Clara.

En aquel momento, en que los recién llegados contemplaban entristecidos aquel cuadro de horror, que con espantable sangre fría les mostraba el Conde de Alonsalvas, una donce-

lla de la Condesa llegó toda agitada y dijo á Don Luis:

—¡Señor!... la señora Condesa... está grave, gravísima... el susto... acaso...

—Acaba, imbécil— le gritó Don Luis perdiendo la calma.— ¿Qué le ocurre á la señora? ¿Ha muerto también? Ya no temo á nada. Dímelo y no vaciles.

—¡Oh! nó — articuló la joven. — Tranquilizáos... vuestra esposa... vuestro hijo...

—Señores, con vuestro permiso— gritó Don Luis, y echó á correr como un loco.

Por la habitación contigua á la alcoba de Doña María, se paseaba Esteban, mudo y sombrío, y que al ver entrar al Conde en aquel estado, le estorbó el paso diciéndole:

—¿Adónde vais, señor?

—A apurar nuevas amarguras.

—Nó; bastantes habéis apurado ya.

—Déjame, déjame ver á mi esposa.

En aquel momento la cortina, que ocultaba la alcoba se levantó, saliendo una vieja criada de la casa con un niño envuelto en un blanco lienzo.

—Señor Conde— exclamó gravemente la anciana— la Condesa, mi señora, acaba de dar á luz á vuestro primogénito.

El recién nacido se revolvía entre su envoltura, lanzando débiles vagidos.

El Conde estampó un beso, el primero, sobre la frente de su hijo, y murmuró:

—¡Pobre niño! ¡Naces bajo un signo nefasto y sangriento! Que Dios te ampare y aparte de tí este cáliz de amargura.

Después entró en la alcoba y halló á su esposa sin conocimiento por efecto del terrible trance que habían provocado las escenas sangrientas de aquel día.

Don Luis contempló á su bella esposa en silencio; acercó luego su rostro al de la enferma, y cubriéndolo de besos exclamo:

—Tu bondad, pobre angel, ha traído sobre nosotros tantas amarguras; si no hubieras dado entrada en tu corazón á la misericordia, ese villano de Requejo hubiera entregado, hace ya tiempo, su alma al diablo; pero no importa, el asesino se ampara de la bandera de la comunidad, y hago el solemne juramento de cobrarme con creces la muerte de mi padre en sangre de comuneros.

El Conde dió el postrer beso á su esposa, y salió de la estancia.

Llamó luego á Esteban, y le dijo:

—Parto inmediatamente á incorporarme con el ejército del Condestable; voy á luchar por el Emperador, y ¡ay! del comunero que caiga bajo el filo de mi espada.

—Me voy con vos.—Repuso Esteban.

—No; tú quedarás aquí, porque yo te lo mando. Necesito un amigo leal que vele por la vida de mi esposa, de mi hijo y de mi madre; necesito, si por mala ventura mía muriese en la demanda, un corazón esforzado que eduque á mi heredero, enseñándole á ser un cumplido caballero.

Ruégote, mi bueno y leal amigo, que des cristiana sepultura á mi padre con el respeto á que sus merecimientos son acreedores.

Ahora que me ensillen mi corcel de batalla.

Don Luis fuese en seguida á buscar á su desolada madre que, al verle, cayó en sus brazos presa de amarguísimo llanto.

* —¡Oh! no llores, madre mía.—le decía el Conde, estrechando á la anciana contra su corazón.—No llores, que los héroes que pierden la vida nacen para la inmortalidad.

Resígnate á esa dolorosa pérdida, y reza por mí, que ahora mismo parto á vengar la muerte de mi padre.

—¡Oh! nó, hijo mío—prorrumpió ansiosamente Doña Clara—perdón para los verdugos.

Jesucristo perdonó á los suyos; sigue tú su ejemplo.

—No me hables de perdón—exclamó Don Luis—en tales circunstancias; tengo sed de sangre; ánsia de luchar matando; quiero olvi-

darme de que soy un hombre para convertirme en una fiera.

Adiós, madre de mi alma, apártome de tu lado, porque no quiero ablandarme á tus súplicas. Reza por mi padre, vela por mi esposa y por mi hijo, los dos pedazos más queridos de mis entrañas.

Y el Conde, en un supremo esfuerzo apartóse de su madre, cuyos convulsivos sollozos iban perdiéndose á lo lejos.

Mientras habían tenido lugar estas escenas, los soldados de Zúñiga y Rojas no habían estado ociosos, conduciendo los muertos durante la refriega al cercano cementerio.

Cuando el Conde bajó al ancho zaguán ya estaba en él su viejo escudero con el corcel de batalla y con la armadura del Coronel.

Vistióse apresuradamente Don Luis; ciñóse la espada, y subiendo á su bridón dijo á los dos caballeros y al Cardenal Adriano, que presenciaban esta escena:

—Señores, en marcha.

Esteban se abrazó llorando á una pierna de su señor, y éste le apartó dulcemente, murmurando:

—Adiós, pobre viejo. No olvides mis encargos.

Y estrechó la mano de Esteban por última vez, clavando las espuelas en el vientre de su corcel.

Cuando la marcial comitiva cruzaba las calles de Alonsalvas, las gentes del pueblo descubriéndose respetuosamente ante el Coronel, cuya faz sombría y amargamente contraída retrataba la tempestad que rugía en su alma.

CAPÍTULO LXIV

Al Conde de Alonsalvas se incorporaron tres-
ta cincuenta hombres de aquel pueblo, la ma-
yor parte de ellos hijos que con sus padres
durante el último año se habían con-
ducido al campo de la Comandancia y otros sol-
dos licenciados que se hallaban á placer
sino en la vida retirada de campaña.

Algunos de ellos pertenecían á los nobles
que mandaban la expedición que el Obispo de
Lima, Don Antonio de Arana, se había diri-
gido á Toledo, donde estaba concurrido toda
clase de doctores y escrivanos, para ser ex-
aminado el favor de la orden de San Juan de

CAPÍTULO LXIV

Torre-Lobatón

Al Conde de Alonsalvas se incorporaron hasta cincuenta hombres de aquel pueblo, la mayor parte de ellos jinetes que Don Luis tomó á sueldo.

Durante el camino agregábanse con mucha frecuencia no pocos individuos, unos desertores del campo de la Comunidad y otros soldados licenciados que no se hallaban á placer sino en la vida agitada de campaña.

Algunos de ellos manifestaron á los nobles que mandaban la expedición que el Obispo de Zamora, Don Antonio de Acuña, se había dirigido á Toledo, donde estaba cometiendo toda clase de desmanes y sacrilegios, habiendo expulsado al Prior de la Orden de San Juan, de

la inexpugnable ciudad que pensaba elegirle por Arzobispo Primado.

Para endulzar lo amargo de esta noticia, supose en cambio que los imperiales habíanse apoderado felizmente de Tordesillas, gracias á las negociaciones secretas entabladas con Don Pedro Girón, Capitán general de los comuneros, que habíase retirado á Villalpando, dejando paso franco á las tropas del Emperador.

Que Don Juan de Padilla se había encargado con este motivo del mando supremo de la Santa Junta, fijando su residencia en Valladolid, cabeza de la insurrección, y que contaba dentro de los muros de la ciudad con un ejército de diez mil combatientes.

Por último, que el Conde de Haro, Capitán general de los leales, había establecido sus reales en Tordesillas, esperando nuevos refuerzos para dar comienzo, con gran ímpetu, á las operaciones.

Después de cinco días de agitada marcha, el Coronel y sus amigos daban vista á Tordesillas.

La villa estaba alborotada en sumo grado.

Don Juan de Padilla sitiaba á Torre-Lobatón hacía dos días, sin que los imperiales se atreviesen á atacarle por no tener arriba de 3.500 hombres, habiendo pedido refuerzos á Portillo y Simancas.

Torre-Lobatón estaba situada á tres leguas de Tordesillas y defendida por buenas fortificaciones. Don García Osorio, Gobernador de la plaza, se defendía bizarramente, dispuesto á sostenerse hasta el último extremo.

Llegados los refuerzos que se esperaban de Portillo y Simancas, el Conde de Haro dió orden de emprender el ataque.

Convínose en que mientras por una parte del arrabal se tocaba á rebato, Don Francisco Osorio, al frente de dos compañías de arcabuceros, se fuese por la otra parte, y por medio de escalas se entrase en Torre-Lobatón.

La vanguardia de los comuneros hacía un nutrido fuego oculto tras de los matorrales que rodeaban la villa.

Don Francisco Osorio, sin embargo, emprendió la marcha en buen orden, dando una extensa vuelta para acercarse por detrás á la plaza sitiada.

Y así lo hubiera conseguido si una orden del Almirante Don Fadrique no hubiera dispuesto retirarse el ejército, replegándose á Tordesillas.

Esta disposición produjo el mayor disgusto entre los distinguidos Capitanes, que ansiaban la batalla.

Súpose después que esta orden la había dado el Almirante, resentido de que el Conde de

Haro no hubiese aceptado la idea [de meter en la plaza hombres de armas, por creer hacía más falta la caballería en el exterior.

Aquel arrebató orgulloso del Almirante fué causa de que, desamparada la villa, cayese aquella noche en poder de Padilla y de los suyos, que se entregaron á todo género de desmanes.

La noticia de este descalabro encendió los ánimos del ejército imperial.

El Conde de Haro y el Almirante pidieron nuevos refuerzos. Don Pedro Lasso, otro de los caudillos de la comunidad, andaba en tratos para arreglar una tregua; pero la indisciplina y malas artes de las tropas de Padilla hicieron inútiles los esfuerzos hechos en pro de la paz. Los comuneros hacían frecuentes salidas de Torre-Lobatón y robaban y asesinaban los bastimentos y mercaderes que venían por el camino de Simancas.

El Conde de Haro determinó escarmentar de una vez tantas osadías; pidió, pues, al Condestable, que estaba en Burgos, se viniese para Tordesillas con toda la gente que hubiese.

Don Luis fué mandado en descubierta con cien lanzas para reconocer el camino. Ya cerca de Becerril, notó á lo lejos brillar, al ser heridas por los rayos del sol, las lanzas y las armaduras de muchos soldados.

Desde luego supuso que no podían ser las avanzadas del Condestable, pues aún no era tiempo de que hubiesen llegado; y juzgó con razón que las fuerzas que á su vista se hallaban no eran sino comuneros, pues al acercarse distinguió las cruces encarnadas que como enseña llevaban colgadas sobre el pecho.

Era indudable: Padilla había enviado aquellas fuerzas á Becerril para estorbar el paso al Condestable.

Don Luis calculó que podía luchar con ventaja y lanza en ristre, y á escape se lanzó sobre los descuidados comuneros, que no tuvieron tiempo para aprestarse á la defensa; y aunque algunos se sostuvieron por breve tiempo, no hallaron más remedio que rendirse, quedando prisionero con otros muchos el caudillo que los mandaba, Don Juan de Figueroa, hermano del Duque de Arcos.

Al día siguiente llegaba el Condestable con su gente y mil hombres más, que á última hora le envió el Duque de Nágera, Virrey de Navarra.

CAPÍTULO LXV

¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Como se ve, los imperiales no se descuidaban en allegar refuerzos para dar la batalla decisiva.

No así Padilla, que nuevo Aníbal, reposaba en Torre-Lobatón, aquella para él Capua de Castilla. Este empeño fué la causa que motivó la muerte de las comunidades. Padilla se durmió sobre sus laureles creyendo que Torre-Lobatón era punto menos que inexpugnable; y cuando quiso el león castellano erizar la melena y sacudir el letargo dentro de su espelunca, las redes estaban tendidas, las trampas preparadas y fué preciso resignarse á morir.

Padilla acudió, aunque tarde, al consejo de los suyos, y éstos fueron de parecer que se

abandonase á Torre-Lobatón, dirigiéndose con gran priesa y sigilo á Toro, importante plaza fortificada, que reunía la gran ventaja de tener cerca á Zamora y Salamanca, poblaciones decididamente de los comuneros.

Las circunstancias eran críticas é inadmisibles las vacilaciones; así es que Padilla ordenó que el ejército saliese de madrugada, yendo delante la artillería y la infantería y á retaguardia la caballería.

El día siguiente, 23 de Abril, amaneció lluvioso y muy encapotado; esto no arredró á los comuneros, que casi de noche y en orden cerrado abandonaron á Torre-Lobatón.

La artillería era mandada por Don Juan Bravo, Capitán de Segovia; la infantería, por Don Francisco Maldonado, Jefe de la gente de Salamanca; y por último, la caballería, como se ha dicho, por su Capitán general Padilla.

En total: llevaba éste unos seis mil hombres, pues con las deserciones y las pérdidas obtenidas en las frecuentes escaramuzas ocurridas últimamente se había mermado mucho el ejército.

Caminábase con gran priesa para llegar aquella noche á Toro, no consintiendo que los soldados se detuviesen á comer la menor cosa.

Esto fué origen á que no pocos comenzaran

á murmurar lamentándose de haber salido de Torre-Lobatón, donde se comía y se pasaba la vida tranquilamente; que siempre la gente aviesa y desorganizada, fué dispuesta á murmurar de los suyos, mostrándose de continuo descontentadiza.

Ya era pasada la hora de mediodía cuando dió orden Padilla de que el ejército se detuviese. Todos, ó la mayor parte, creyeron que sería para dar algún descanso á los soldados; pero cuál no sería su asombro cuando se supo que la detención no reconocía otra causa que ponerse de acuerdo los caudillos sobre si se aceptaría la batalla; pues los imperiales les iban al alcance. Un silencio de muerte reinó en las filas; porque cuando el Conde de Haro les provocaba, era preciso que viniese con tropas numerosas y escogidas.

Allá lejos, muy lejos, oíase el rápido galopar de muchos caballos, á los que no se podía ver, porque el sol no había podido romper la densa niebla que por todas partes cerraba el horizonte.

—Creo—decía Padilla con voz sombría—que debemos aceptar la batalla.

—Eso es aventurado—replicaron á la par Bravo y Maldonado:—Mejor será que aceleremos la marcha para llegar cuanto antes á Toro.

—Sea como vosotros decís—dijo Padilla haciendo un gesto de disgusto.

Dióse, pues, orden de marchar más aprisa; se abandonaron las acémilas y todo lo que no siendo absolutamente preciso, fuera estorbo para la marcha.

Pero todo fué inútil. Ya cerca de un pueblecillo llamado Villalar, situado en lo alto de un extenso prado, los comuneros divisaron tras de sí la brillante masa de la caballería imperial que lanza en ristre, caladas las viseras y al escape de sus caballos se venía encima.

No era ocasión de discutir.

Padilla se detuvo, y una amarga sonrisa bordeó sus labios, mientras murmuraba:

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!

CAPÍTULO LXVI

La batalla de Villalar

Veamos nosotros lo que había pasado.

Un desertor, de los muchos que todos los días se apartaban de los sublevados para irse á las filas de los imperiales, tuvo noticia de la marcha secreta de Padilla; y mientras los comuneros abandonaban á Torre-Lobatón él salía por el lado contrario de la villa, y á la carrera se dirigía á Tordesillas.

Encontróse un mercader en el camino, suplicándole le llevase á la grupa con la mayor diligencia posible.

Apenas llegaron á Tordesillas, fuese á ver al Conde de Haro, dándole noticia detallada de todo.

Enteróse el Capitán general de si había al-

gún medio de cortar el camino para darles alcance, pues de otro modo no era posible, atendido á la delantera que los enemigos llevaban.

Contestósele afirmativamente y ordenó que se tocase alarma.

Bien presto el ejército, de seis mil hombres próximamente, estuvo pronto á marchar; pero como la infantería no pudiera caminar tan deprisa, dispuso que ésta se quedase atrás dejando el paso franco á la caballería y á la artillería, que por ser de campo esta última, podía ir tirada por caballos.

Marchaba á la vanguardia con cien lanzas escogidas el Conde de Alonsalvas, que había solicitado este honor.

Ya cerca de mediodía, cuando los caballos iban cubiertos de espuma y jadeantes de fatiga, dióse vista á las gentes de Padilla.

Apretóse la marcha, los arneses chocaban con horrísono estruendo; los pretales de muchos corceles saltaban hechos pedazos, porque el pecho de los animales se había dilatado con la vertiginosa carrera; los rendajes iban sueltos por completo.

En suma, aquel era un espectáculo terrible pero magnífico, á quien no faltaba más que un sol esplendente para que alumbrase el campo.

Los arcabuceros del ejército imperial iban

tendidos sobre los caballos con las mechas encendidas; y cuando Don Luis, calculando que la distancia era suficiente dió la voz de fuego, las concavidades del valle retumbaron con el fuerte estampido.

Algunos comuneros cayeron al suelo.

—¡Los imperiales nos pican la retaguardia!—se oyó por las filas de los fugitivos, que no por esto se descompusieron ni desordenaron.

Padilla, en aquel instante supremo, decidió que la artillería y la infantería siguiese su camino, quedándose él con la caballería para proteger la retirada, pensando, en caso de apuro, refugiarse en las calles de Villalar, y allí vender caras sus vidas.

El ejército imperial se componía de la siguiente manera:

VANGUARDIA

Regimiento caballería de Austria, mandado por el Conde de Alonsalvas.

Doscientas lanzas escogidas, mandadas por el Conde de Miranda.

Trescientos hombres de armas, regidos por Don Beltrán de la Cueva y su hermano Don Luis.

Trescientos arcabuceros de á caballo, al

mando de Don Antonio de Velasco y sus dos hijos.

Cuatrocientas lanzas, capitaneadas por el Marqués de Denia y Don Luis de Rojas, su hijo.

CENTRO

Doscientas piezas de artillería de campo, con sus correspondientes dotaciones, mandadas por Don Dionisio de Deza, caballero navarro.

Trescientos cincuenta arcabuceros á caballo, á las órdenes del Conde de Luna.

RETAGUARDIA

Mil infantes, la mayor parte de ellos aragoneses, á las órdenes del Duque de Medinaceli y Don Luis de la Cerda, su hijo.

Quinientos ballesteros, capitaneados por el Conde de Castro.

Mil seiscientos cincuenta infantes, entre ellos doscientos arcabuceros de á pie á las órdenes del Conde de Chinchón, y

Seiscientos infantes, ballesteros y honderos procedentes de Valencia y Mallorca, mandados por Don Bernardino de Cárdenas.

A esto había que añadir numeroso séquito formado por la servidumbre de los nobles y grandes señores, sin olvidar á multitud de hidalgos, que pobres para sostener á sueldo una

sola lanza, se habian presentado á ofrecer su brazo al Capitán general, Conde de Haro.

Este tenía por segundo al Condestable para el caso de muerte é herida grave, que le impidiese seguir mandando el ejército.

Ya habíamos dicho que la vanguardia del campo imperial había hecho las primeras descargas sobre los soldados de Padilla.

Este midió sus fuerzas; vió que el terreno no le favorecía y que el ejército enemigo se extendía como una larga culebra para cerrarle el paso por el camino de Toro.

Bravo y Maldonado, al enterarse del movimiento, volviéronse con su gente hacia Villalar, donde metieron la artillería.

Mientras tanto el general de los comuneros se aprestaba á luchar con el valor de la desesperación; pues el Conde de Haro había dispuesto, como ya hemos dicho, que el centro y la retaguardia de las tropas se extendiesen por la parte de la izquierda impidiendo el paso á los comuneros, en caso de huida.

Con lo restante del ejército imperial dispuso el Capitán general que se dividieran en dos alas; la de la izquierda formada por la vanguardia, toda de caballería, para que diese la carga; y la derecha, formada de los hidalgos, escuderos y gentes de la escolta, en reserva, para un momento de apuro.

Bien pronto los caballos de la vanguardia imperial se precipitaban sobre Padilla, y los suyos, que con un valor digno de mejor suerte, resistieron el violento ataque y otros dos que le siguieron.

Los de la comunidad no cejaban ni un punto, por lo que el Conde de Haro dispuso que la artillería de campo comenzase á trabajar.

Los sublevados, que ya tenían que sufrir por dos lados las iras del enemigo, comenzaron á desordenarse.

Padilla, empero, los animaba con la voz, dándoles el ejemplo. ¡Esfuerzo inútil! La caballería de la comunidad se desbandaba y corría por el camino de Toro, donde la infantería y artillería imperial las esperaban.

Viendo esto Juan Bravo, adelantó su infantería, mientras que Maldonado comenzaba á hacer descargas con las piezas de que disponía.

Y mal lo hubieran pasado los imperiales, si una bala no fuera á dar en la pierna derecha á Juan de Padilla, porque esta fué la señal de la desbandada.

Padilla conoció que todo estaba perdido; que su sentencia estaba firmada con la derrota, y quiso matarse antes que caer prisionero; ya su mano asía el pistolete, colgado del arzón, para levantarse la tapa de los sesos, cuando Dios dispuso las cosas de otro modo.

Don Alonso de la Cueva sorprendió el movimiento, y al violentísimo empuje de su lanza, le hizo caer del caballo.

Padilla miró al cielo lanzando una imprecación horrible, y se entregó; era ya imposible luchar.

Sin embargo, Bravo y Maldonado resistieron aun bastante tiempo dentro de Villalar, aunque inútilmente, porque el ejército imperial, desplegándose en ancho círculo, se acercaba rodeando el pueblecillo y esparciendo la matanza.

Casi todos los defensores de la Santa Junta cayeron prisioneros; solamente algunos que habían quedado en el campo procuraban librarse del castigo arrancando las cruces blancas que los imperiales muertos llevaban sobre el pecho, y con las que sustituían á las suyas rojas.

Entre los que se valían de este medio, cogióse uno que, para no desperdiciar en modo alguno la ocasión, registraba los cadáveres con intención de apropiarse lo que de valor les hallase encima.

Aquel hombre era Maese Requejo.

Cuando declinaba la tarde, la insurrección se hallaba dominada por completo. Y el sol, que había estado encapotado todo el día, asomó su ensangrentado disco tras las lejanas

cumbres para alumbrar el campo de batalla.

Allí, sobre el verde cesped, hollado ya por los pies de los caballos y por las ruedas de los cañones, yacían juntos, como dándose un abrazo, el de la muerte, comuneros é imperiales, todos con cruces rojas; las unas porque lo eran, las otras porque estaban teñidas con sangre.

.....

.....

.....

Comenzaba á amanecer. Los tambores batían marcha, destemplados, en señal de duelo.

En la plaza principal de Villalar alzábase siniestro tablado cubierto con un paño negro; y alrededor de aquél trono levantado para la muerte, se agitaba una muchedumbre, toda ella de guerra, que se extendía lejos, muy lejos, hasta perderse de vista.

Un poco más allá se levantaba una horca. El uno y la otra estaban allí para hacer sangrienta y ejemplar justicia en las cabezas de la sublevación.

La muchedumbre se agitó abriendo paso, porque los sentenciados á muerte se acercaban.

Padilla, Bravo y Maldonado, tranquilos y sonrientes, pero sin jactancia, aparecieron con esa serenidad que presta el heroismo. A su lado marchaban tres frailes exhortándolos á bien morir.

El pregón, que iba precediéndolos á son de tambor, leía la sentencia diciendo:

—¡Esta es la justicia que manda hacer el Rey, nuestro señor, en estos caballeros por traidores!

Juan Bravo, que marchaba delante, palideció de cólera, y dijo al pregonero con voz reconcentrada:

—¡Mientes tú y quien te lo mandó decir!

A lo que Padilla le replicó dulcemente:

—Señor, Juan Bravo, ayer era día de pelear como caballeros, pero hoy no es sino de morir como cristianos.

Por fin llegaron al cadalso; el verdugo dijo á Padilla que se desabrochase la ropilla para dejar libre el cuello. Pero Juan Bravo se adelantó, y, haciendo atrás al jefe de los comuneros, gritó al ejecutor de la justicia:

—Mátame á mí primero, para que no vea la muerte de tan buen caballero.

Accedióse á lo que solicitaba, y algunos minutos después, tres cabezas habían rodado sobre el cadalso.

Un poco más allá, en la horca, se agitaban en las convulsiones de la ágonía seis villanos; uno de ellos era Maese Requejo, que, reconocido por Don Luis, había sido sentenciado, pagando de una vez sus muchos crímenes.

La noticia de la derrota de Villalar entibió

los ánimos en las ciudades sublevadas, que se sometieron al Emperador. Unicamente Toledo, donde se hallaba el Obispo Acuña, se resistió; pero de la manera que algunas aves, que al presentir la tormenta se ponen al abrigo, así el turbulento prelado conoció que la causa de la comunidad estaba muerta, y se fugó de la ciudad camino de Francia.

Dios, cuya omnipotencia se extiende á todas partes, no permitió que las maldades de aquel tan buen guerrero como mal sacerdote quedaran impunes, y en Logroño cayó prisionero, siendo ejecutado dos días después.

EPÍLOGO

Don Luis Gutiérrez Navarro, Conde de Alonsalvas, fué nombrado General de los Ejércitos Imperiales, por S. M., en recompensa del brillante hecho de armas de Villalar. Más tarde, cuando Don Carlos de Austria volvió á España fijando su residencia en Toledo, trasladóse Don Luis con su esposa á dicho punto, pues S. M. no quiso prescindir de sus servicios.

Doña Clara no consintió en salir de Alonsalvas, prefiriendo quedarse en aquellos sitios llenos de recuerdos tristísimos.

Algunas veces se disipaba su melancolía, cuando los tres nietos que su hijo primogénito le había dado pasaban con ella algunos meses.

Esteban, ya muy viejo y achacoso, vivió en compañía de sus señores, que son sumamente felices.

Doña Isabel, la madre adoptiva de Doña María, no quiso abandonar su casita de Madrid.

Para terminar: Don Luis, en sus ratos de ocio, después de haber acompañado al Emperador á sus campañas de Italia y Flandes, se dedicó á escribir sus memorias, que acaso algún día demos á conocer á nuestros lectores.

Septiembre.—1887.

FIN DE LA OBRA

LIBRERIA

CI

DE VENTA

EN LAS VENTAS DE LIBRERIA

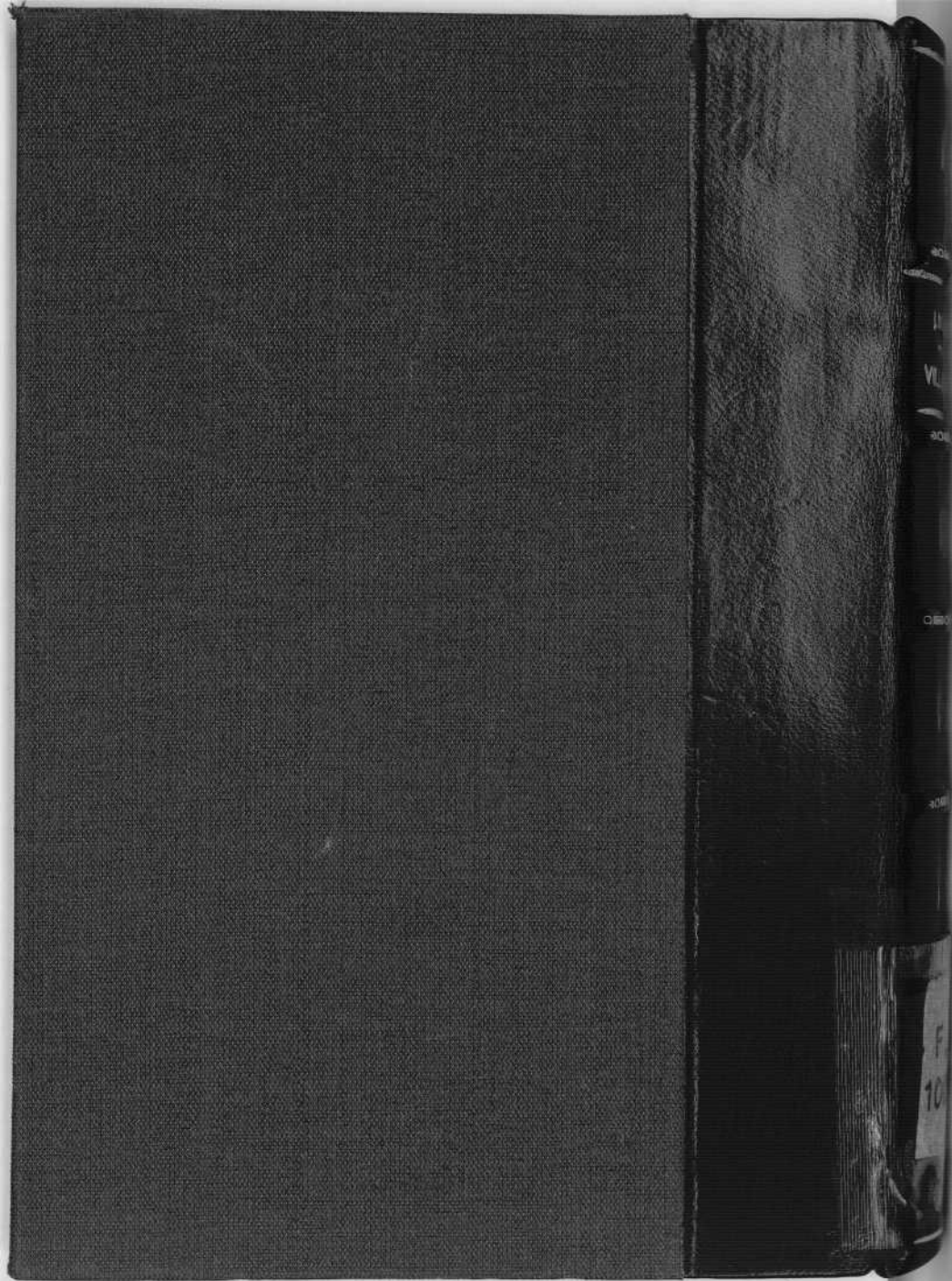
121

A decorative floral frame with symmetrical scrollwork and floral motifs, enclosing the text.

DE VENTA
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS









LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

J. BALBIANI

—

VILLALAR

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO



LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO



LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO



F. 10 19